



A solas con la libertad

Carlos Abellán López

INDICE

Capítulo uno. Paritorio y legado.....	1-9
Capítulo dos. Inocencia cuatrera.....	10-19
Capítulo tres. Hecatombe.....	20-30
Capítulo cuatro. Cambios para nadie.....	31-42
Capítulo cinco. El visionario virtual.....	43-53
Capítulo seis. El ideólogo mandarín.....	54-65
Capítulo siete. Viandas octogenarias.....	66-74
Capítulo ocho. La ciudad prodigiosa.....	75-89
Capítulo nueve. Abundancia.....	90-105
Capítulo diez. Camino recto.....	106-125

Capítulo uno. Paritorio y legado

Vienen de la sierra, de Puntillas, Los Almendros y otros rincones en hordas para aclamar al dios del chateo profesional. La gente va agolpándose en una calle salón mirando a un quinto piso con un balcón solitario, esperando a que asome su cabeza para lanzar piropos. Un tumulto empieza a hacerse molesto para quienes quieren subir primero, y las discusiones se ven, oyen y sufren desde un lado a otro de la calle. Hay un clamor popular para que salga a saludar y empiece a distribuir turnos de subida a la cueva del amor o el consejo sentimental. Cuando la situación parece que va a descontrolarse, llegan dos furgones de la policía para acordonar la zona y poner orden, estableciendo una línea de seguridad y creando una cola cívica. En la cocina del protagonista hay un teléfono móvil sobre la encimera a punto de arder, pidiendo tiempo muerto, vibrando a saltos desde bien entrada la mañana. La manifestación con pancartas y cartelería improvisada se hace agobiante en el vecindario. Los agentes son bien recios de complexión para imponer buenas palabras o saber estar; los han traído de otra ciudad, porque en esta donde está pasando lo narrado, no hay aniquiladores del desorden. Sus habitantes solían vivir pacíficamente sin apenas altercados ni delincuencia que los preocupara, hasta que llegó este individuo a alterarles la existencia. Se llama Porfidio Valentoso, aguerrido maestro del manejo de la redes de contactos por internet. Todo empezó con la visita de un vecino soltero, que según el primo de un conocido suyo, no daba abasto con las citas, consiguiendo conocer el alma humana como nadie en el universo, llegando a ser invitado a comer o cenar en los mejores restaurantes, por simplemente escuchar a la gente deseosa de soltar lo que llaman problemas. Pero a él le da lo mismo, porque con todo lo que le habían contado se propuso ser el mejor de la categoría con un apodo apropiado, además de cosido a un pico de oro listo para servir a espíritus solitarios y acompañados, aunque también muy solos los últimos. Ha vendido sus cortinas para poder tener algo en el bolsillo e invitar si es preciso, que debe darle por lo menos para una infusión de aguas místicas o lo que se tercie. No se le espera en ninguna oficina los días de semana, pues este trabajo requiere entrega vocacional. A la vista está el trajín montado en la calle con altavoces y luces de coches patrulla:

—Por favor, póngase en fila ordenada y esperen a su turno por mensaje al móvil; muévanse por favor y guarden cola; servicios sociales vendrá con comida caliente para quienes hagan noche aquí.

Así está la cosa de seria y pública en el barrio, con un ajetreo nunca conocido hasta entonces. Llega el momento del saludo desde el balcón de su casa, con vítores, silbidos así como algún comentario subido de tono para la hora que era:

—¡Ya te voy a dar pasión cuando suba, que vas a ver a tus ancestros!

Qué delirio para Porfidio ver a una marabunta de gente peleando por estar con él para compartir confesiones, u otras cosas del montón de la sábana y el calor corporal. Su apellido no aparenta caché que valga, y el linaje familiar por su lado paterno ha hecho el resto, al pertenecer a una saga de terratenientes desinflados en honor a la nefasta gestión de su abuelo, el inmenso Ambrosio Valentoso, un hombre con una cabeza enorme para todo menos la administración eficiente de sus bienes. Eso sí, de cintura más caliente que la brasa de olivo, con la abuela aguantando lo que le viniera. Ambrosio tuvo que arreglárselas para desprenderse de unos terrenos bien grandes a precio que insulta al más tontaina, aunque gracias a su sufrida esposa pudo conservar algo, no sin antes creerse el más espabilado de la tierra que los rodeaba, insalubre y penosa. El orgullo lo mataba, siendo la mismísima vida la que lo castigaba con cada una de sus fanfarronerías. Amantes tuvo las que el hombre quiso debido a su aspecto; el nieto va por el mismo camino pero con otra fachada, ya que de pecho ancho es, armado con un cerebro anormal, piernas de esprínter, y brazos de mecanógrafo neumónico; le falla el trasero cuando se altera, pues más bien parece una metralleta, y eso no es erótico: cosas peores se han visto y olido. Las cuentas del abuelo eran perfectas hasta que la Señora Pirilia servilmente pedía que se las enseñara, dando con la fatalidad o error de cálculo del infame campesino, que no admitía fallos:

—¡Calla mujer, que tú no sabes de esto!

Cítricos, frutales y animales de granja sustentaban el falso poderío de Don Valentoso, con sus ingles en posición de disparo siempre que la ocasión se lo permitió. Para él todo fue a base de pelotas sin pedir consejo a su intuición, y cuando la mente no se trabaja, ¿hacia dónde va el cuerpo?: al terraplén de las desgracias. No pasa nada, como él solía decir:

—¡Aquí estoy yo para lo que se presente!

Herencia de su abuelo, como no podía ser de otra manera en una aldea cercana a la ciudad, donde el nieto pretende construir gestas de la misma índole. Ambrosio era conocido por su planta bien pasado el metro ochenta, y una altivez que desprendía desde que salía el sol hasta que se marchaba, para reírse de otros hombres como este. Tenía nada más que una amistad, Francisco el Pausado; lo era por pena hacia su amigo; los demás, ninguna. A quien sí valoraban era a Doña Pirilia, su entereza y clase, soportando como una señora de enorme categoría las idas y venidas del poseedor de la verdad absoluta. Era una mujer menuda, con una melena castaña que dejaba a sus vecinos sin habla. Siempre con una sonrisa, guardando dentro de sus tripas una frustración enorme al no ser escuchada por el esposo prepotente. Todavía se recuerda en el pueblo el entierro de Ambrosio, con su viuda sin soltar una sola gota de pena suspirando de alivio:

—Anda hijo, descansa que ahí estás bien

Porfidio era muy niño cuando toda esta realidad ocurrió; quería a su abuelo con la ignorancia comprensible de una criatura inocente, siendo encima el único nieto que tenían. Ambrosio y Pirilia crearon un vástago, Pingralio el Cachondo. Su madre le inculcó el trabajo muy bien hecho con extrema humildad, porque el gran padre permanecía casi siempre ocupado, amasando ridiculeces llamadas tratos, adelgazando lo que pudo haber multiplicado por cien, para finalmente dividirlo por toda la aldea sabe cuánto. De este modo, el papá de Porfidio junto a unos pocos ahorros que su madre escondió, marchó de joven a la ciudad para estudiar gestión comercial en una academia que tenía fama de colocación segura. Pirilia se sintió completa al hacerlo, evitando que su único ser tomara los derroteros del insignificante padre. Las declaraciones de Ambrosio respecto a este asunto ahondaban su poca inteligencia, algo que su hijo supo muy tempranamente:

—¡No sé para qué estudia Pirilia, un Valentoso no lo necesita, yo puedo enseñarle de todo!

No le salió la jugada bien gracias al cielo. Esta vez no logró estropear a la segunda generación. La tercera parece acarrear la misma genética, de huevos por encima de todo e igual de soñador y creyente en su destino, con la salvedad de poder tener una formación académica adecuada, con los tiempos que corren. Es la única verdad sobre lo que puede acontecer al muchacho, que no se amilana de momento, pero ya vendrán duras teniendo que afrontar su existencia de una forma más humana y natural. Aún así, el recuerdo de su abuelo le marca, pretendiendo honrarle por caminos que no le convienen. Conociendo ya la verdad sobre el caso Porfidio, su nacimiento fue una fiesta para las dos familias, con tintes de escándalo, pues la criatura salió al mundo real ejerciendo de manoseador temprano con los ojos bien abiertos, tal y como advirtió la comadrona entre risas, acompañada siempre en cada parto por el equipo de sacacabezones, y una radio colgada de la pared que daba las noticias para hacer amenos los dolores de las parturientas:

—Si se está tocando la cuca el pillastre; tome Fligida, aquí tiene a su pistolero.

La madre casi muere del disgusto:

—¡Ay señor, la de problemas que va a darme!

Tenía tres años y no dejaba de sobar su pilila (ni de mirar el trasero y las pantorrillas de la que le parió), unido a su esfínter que era una máquina de soltar inmundicias de carácter radioactivo, hasta el punto de provocar vómitos a la pobre señora en cada cambio de pañales. Tuvieron que pedir auxilio en la aldea de los padres de Pingralio,

porque Fligida, por más que se esmeraba, no podía con sus espectáculos escatológicos adornados con manoseo de partes nobles. El culo de Porfidillo era un gasoducto de producción alarmante, con su mamá teniendo que abrir las ventanas de la casa a todo momento para no asfixiarse ni perturbar el medio ambiente. La hora de comer, otra odisea con más de cuarenta minutos de entretenimiento para tres cucharadas de papilla; el monillo ni comía, ni bebía ni dejaba vivir con sus nervios. Terminada la hazaña del cebado, este cachorro dormía en el salón comedor del piso del matrimonio, que entonces podía disfrutar de una delicia de olla. Era la década de los setenta y no les iba mal ni a Pingralio ni a Fligida, viviendo en una ciudad perteneciente a un país que salía del oscurantismo, camino del despelote moral. Pingralio se construía en esos tiempos como un promotor comercial de productos de bricolaje, muy serio y querido en el gremio. Tenía su propia representación de varias fábricas del norte del país, gente fiel donde se busque. Empezó en un bajo alquilado a su padre que estaba casi en la ruina, y que sirvió para una jubilación con una pizca de decencia, a pesar que Ambrosio seguía pregonando que nunca metía la pata. Todos los meses llegaba el dinero a casa de los abuelos, llamando la madre al hijo para agradecerse, como si cada día uno le salvara la vida:

—¡Gracias hijo mío, si no estuvieras tú!

—A ver mamá, deja de llorar. Yo lo hago con gusto, que tú me has ayudado siempre

Pero Pirilia se consolaba con él por no haber tenido un marido normal; y Pingralio lo sabía:

—Hijo, tú no sabes lo que tu padre me ha hecho pasar y lo tonta que he sido yo por consentirlo.

El papá de Porfidio era un devoto de su madre, practicando respeto muy en la distancia hacia el sumo sacerdote (“sabio” Ambrosio). No quería que su mujer y su hijo pasaran por lo que Santa Pirilia padeció, y con toda justicia, Pingralio consultaba cada gestión de su negocio con su esposa, que a pesar de no haber hecho el bachiller, poseía un doctorado en intuición femenina sin fallar. Se alojaban en la Avenida de la Prosperidad, en un edificio de siete plantas conocido como el Bloque de los Únicos, al vivir en él matrimonios con una sola criatura o algún que otro vecino sin hijos que valieran o se conocieran. Este mamotreto alojaba trabajadores, médicos y otros funcionarios tanto del estado como de la recién estrenada región. La patria despertaba de una anestesia muy potente, estando en sus primeros pasos, camino a un cachondeo que tardaría unas décadas en cuajar. No querían los creadores de Porfidio y otros padres que la tan necesitada libertad se echara a perder bajo el paraguas del todo vale, tratando de preservar el orden, obligando a sus hijos a hablar correctamente. Porfidio Valentoso tenía un don: no llegaba a los cuatro años y leía los

periódicos con la erudición de un catedrático. Su portentoso cerebro era acompañado por una cabeza gigante, pegada un cuerpo de chiste; parecía un caramelo de palo compensado por una gracia natural que hacía las delicias de sus compañeros de edificio, sacando siempre sonrisas a mandíbula abierta. Uno de los vecinos de su misma planta siempre le lanzaba una pregunta:

—A ver Porfidio, ¿qué son las monjas?

—¡Unas amargadas y reprimidas!

Fligida se escandalizaba enrojecida como un tomate, dando palos en el culo al mono que no entendía el castigo:

—¿Por qué me pegas mami, si a lo mejor estoy en lo cierto?

—¡Porque esas cosas no se dicen, maleducado, que vas a matarme a disgustos!

Nada frívolo recorría la gigantesca cabeza del niño, fijándose en cómo iban vestidos sus compañeros de pupitre, a la vez que atinaba con precisión cirujana al componer frases y realizar cuentas sin inmutarse; sus nervios lo traicionaban más de la cuenta y los maestros ya lo conocían:

—Señor, ¿puedo ir a hacer pis?

—Sí Porfidio, ve hijo, ve.

A su favor estaba la pasión por la higiene personal; ni falta hacía insinuarle que el baño estaba listo para ir corriendo a disfrutar del agua con espuma y gel, mientras la madre rascaba su cabeza buscando ahuyentar a la posible legión de piojos. Él se recreaba con unos juguetes sin alma, flotando sobre un agua azul que protegía a un cuerpo minúsculo, sujetado por una mente poderosa e incansable en pensamientos guarros pero muy hondos. Su padre entraba cada noche en casa, harto de hacer números tras comprobar la llegada de la mercancía diaria; dejaba su abrigo en el perchero de la entrada al gran piso que con tanta ilusión disfrutaba; era como estar de vacaciones por obra y gracia de Fligida. Antes de dirigirse a la cocina y dar un beso a su mujer, iba a la habitación del demonio para verlo dormir pero no soñar, porque mejor era no saberlo. Después se sentaba con la dueña de su casa para despachar asuntos del día, escuchando ella muy serenamente; la tortilla de patatas con cebolla y el vaso de vino comprado en la Bodega el Beodo eran mano de santo para los dos. Una mujer tan sosegada como Fligida no podía obtener un marido más agradecido que Pingralio. Natural de la aldea de Los Blancos, Fligida Fernández Pérez venía de una familia apodada los Tranquilos. Conoció a Pingralio en la verbena de las fiestas del pueblo, celebradas en Abril, cuando la arboleda que presidía la calle principal

producía un color realmente mágico, haciendo de este lugar un sitio hermoso sobre el que pararse a mirar con quietud. Fligida era experta en costura y sabiduría de mujer, con la educación no como bandera, sino por forma de ser: callada, sufrida, elegante y fina, con una melena repleta de poderío, que con frecuencia recogía en un moño para evitar pasiones que ni loca de amor pretendía desatar. Sus padres, Herminio Fernández y Blasa Pérez venían de otra aldea todavía más pequeña pegada a la falda de Sierra Blanca; regentaban una tienda de ultramarinos, que la gente aclamaba por el trato exquisito hacia su clientela. A diferencia de Ambrosio, Herminio era humilde y recto en la gestión de su pequeño negocio. No se fiaba salvo a una familia de pobres que pagaba tarde pero muy bien, haciendo matanza semanal para luego despachar con mucho agrado, cuadrando unas cuentas lo suficientemente buenas para mandar a su hija única al taller de confección de Villa Gallarda, lugar al que acudía la jovencita con puntualidad prusiana y sin lamentos. La joven desprendía cariño y respeto al unísono, lo que hizo despertar el interés de la jefa del taller, Doña Anunciación Alvarado o la sobriedad en persona. A Fligida la tuvo como la hija que jamás llegó a arropar, pues soltera se quedó tras un descalabro amoroso, al ser abandonada el mes antes de su boda. Fligida pasó de aprendiz a costurera en tiempo récord, escalando de hacer arreglos a la mercería de Doña Anuncia. Ya ganaba un poco de dinero en su tránsito de chica a mujer sin atender al público, porque no era lo suyo; prefería coser, arreglar embastando telas al igual que llevar la caja de la pequeña empresa con la eficiencia de un contable experto, sin necesidad de tener el título de economista. Tenía la total confianza de la dueña cuando proponía ideas propias de una ejecutiva de ventas:

—Doña Anuncia, ¿cómo ve usted que ofrezcamos descuentos por cliente a mayor número de prendas que nos traigan?; tengo las cifras de lo que podemos ganar.

—¡Hazlo hija, muy bien!; lo dejo en tus manos para que las dependientas lo pongan en marcha.

Fligida corría a la mesa de madera que había junto a la de costura, abarrotada de alfileres, trozos de tela, alguna falda a medio terminar y cinta métrica. Sobre esa tabla estaban ya las cifras hechas de lo que se podía ganar en cada prenda que se trabajara, con Griselda y Jacinta de fieles dependientas, siguiendo sus directrices. Aparecía en casa de sus padres al anochecer con la tienda ya cerrada al público; cenaba sin hacer ruido al masticar o sorber, para después meterse en su habitación, cerrar los ojos y no pensar en lo que pasará el mes que viene; lista como ella sola le valía el hoy y el ahora, ya que para tener una buena perspectiva de futuro, le importaba el presente bien simple. Pero la moza hallaba en sus sueños la ilusión de encontrar a un chico que la quisiera a corazón abierto, con esa sinceridad que cala en las médulas al recibir un beso tras otro, nada más poner los pies en el hogar que los dos construirían con cimientos

indestructibles, no dando demasiada rienda suelta a sus instintos. De señorita a dama el paso fue sin sentir, yendo de las verbenas al altar mayor del Ministerio de Dios, al lado de un señor grabando en sus sesos el deber como hombre que ama, enseñado por su madre: ser amable, muy cariñoso con su esposa y un escuchador de primera, para no caer en los pozos de Ambrosio. No era cuestión de sentirse menospreciado, tal y como le decía Santa Pirilia:

—Hijo, no eres menos hombre por escuchar y ceder cuando te toque; dejas de ser hombre cuando no lo haces; reconoce su valía y te hará feliz como a nadie.

La memoria venía en sus ratos de soledad al hacer gestiones comerciales. Fligida le preguntaba cada noche en la cena cómo le había ido el día, y Pingralio como de costumbre respondía con franqueza:

—Muy bien; la verdad es que las ventas van muy bien. Te he traído los pedidos y los pagos por si pudieras echarles un vistazo; ¿y el nene, cómo se ha portado hoy?

—Me va a matar, no puedo con él; parece un hombre obsesionado con las mujeres que habla mal de las monjas, ¿tú crees?

Pingralio se reía sabiendo que la crianza es un suplicio digno de admiración. El materialismo no campaba a sus anchas, y la tecnología tardaría un poco en llegar para embrutecer lenguaje y las cabezas. Villa Gallarda, la pequeñita ciudad, se estiraba con desparpajo: el barrio en no muchos años pasaría a ser conocido como pleno centro. El tiempo como juez implacable haría pasar a la sociedad gallardiana, de la sencillez a la opulencia, o lo que es lo mismo, de la cordura a la estupidez. Los padres de familia que podían permitírselo creían sin dudar en la educación religiosa, mandando a colegios católicos a sus hijos a costa de horas extra de trabajo. La represión impuesta en la sociedad mucho tiempo atrás, dejó incrustada una seguridad en las calles aún sentida, algo que permitió que Porfidillo el Salidillo con sus vecinos Anselmo y Juan Carlos, fueran andando al Colegio Hermanos del Sagrado Calvario (infantil). Ya tenía cada uno de los religiosos su mote, como no podía ser de otra forma, y Porfi junto a sus compañeros de clase, disfrutaba hablando por lo bajini entre lección y lección. Una mañana cualquiera, el Hermano Estreñimiento, Don Jose Antonio Echevarría López, empezó a repartir las notas del último control de Ciencias Sociales, soltando en el turno del cabezón del grupo:

—Porfidio Valentoso, un tres; por ahí vas requetebién hijo mío.

Respuesta de Porfi:

—Jo, encima de suspenso hijo ilegítimo; qué disgusto.

La que se lió en clase, con más de treinta chiquillos riendo y jaleando al respondón, fue propia de una comedia de locos, con el religioso gritando a diestro y siniestro. Dos niños bailando encima de las mesas, con otros tantos correteando para celebrar el descaro del delincuente, dieron con una llamada a casa de Fligida para que fuera a recoger al crío, previa charla con el director del centro, el Hermano Colitis. El niño cabizbajo al lado de la madre que le clavaba puñales con la mirada, escuchando el sermón de un hombre que hablaba y observaba contenido las piernas de la mujer:

—Señora, su hijo no se comporta como debe; es muy inquieto, molesta a sus compañeros y se proclama el jefe de la clase para hacer trastadas.

—Es que yo creía que mi papá era Pingralio, y ahora es el Hermano... ¡Jose Antonio!

Fligida le suelta un capón caliente y rápido; el director Don Pedro Álvarez Quintana, Doctor en Filosofía, imagina a esta gran señora en ropa interior, y siendo acariciada por sus manos creyentes en el más acá que allá. Aguanta la mirada un momento para dar un aviso serio, rogando corregir la actitud de su hijo. Se marchan con el cogote del niño color cerezo japonés por no hacer una a derechas, sin poder aparecer por clase en lo que queda de día, a la vez que atiborrado de deberes. Es obligado a comer un plato de lentejas con chorizo y tocino ya frías, y de siesta nada de nada, que tiene que hacer todas las tareas para la clase siguiente. Porfidio no pide ayuda a la jefa que bastante cabreada la tiene, harta de repetirle que si tiene dudas que pregunte a sus maestros que para eso están, y atienda un poco más:

—Mamá ya he terminado, ¿puedo ver un poco la tele?

—¡Vas a ver el guantazo que te voy a dar!, ¡te metes en tu habitación y a leer!

Esa tarde fue una tragedia, siendo las clases sin él un funeral de Estado, con la comidilla en su momento cumbre. Para evitar problemas futuros, el hermano que no suelta lastre empezó a tomar pastillas para la tensión, sintiendo que la guerra no había hecho más que comenzar.

Capítulo dos. Inocencia cuatrera.

Con el sol ya encima, una pandilla de niños iba en sendero recto a su obligación de aprender, para tras su madurez y en teoría, ser felices. El honrado panadero dejaba las barras acompañadas de bollos en las bolsas que colgaban de las puertas de muchos pisos del vecindario, y tanto esta como otras bandas de mocosos llevaban en sus mochilas embutidos que engullirían después:

—¿Lo llevas todo hijo? —preguntaba una madre.

—Sí mamá, está todo —respondía dócil el niño.

Porfidio iba solamente a veces de la mano de su madre, observando los culos de las de sus amigos, dando alas a la imaginación del querer y no poder que todavía es un infante; la hora del recreo se daba para comer y aprender vocabulario ofensivo o sexual. Fligida saludaba a sus compañeras de preocupaciones sin quedarse al café mañanero, porque su interés estaba en una casa con un marido y un insumiso uniformado de gris y azul marino. Los profesores se dejaban la garganta explicando sus asignaturas, para ver por qué no era tan necesario desgañitarse frente a una jauría de piratas expoliadores de la paciencia, aparte de tener en cuenta el sueldo tan bajo que por esa época se pagaba a estos sufridores. A cinco minutos del sonido del timbre, el murmullo se hacía notar, y Don Alfonso Jiménez apodado el Compás movía sus piernas de un extremo a otro de la tarima, poniendo deberes de matracas, con Valentoso Fernández escuchando sin abrir la boca: le chiflaba el cálculo. Pero al sonar la sirena, un enjambre incontrolable sacude las puertas y salen las fieras a desfogarse mientras comen bocadillos y beben zumos de frutas o de la única fuente que hay en el patio del cole; hay que coger fuerzas para el siguiente sermón. Anselmo, Porfidio, Juan Carlos y el recién incorporado Silvio (llegó hace dos días al edificio) sientan sus posaderas en una esquina del patio sin fin para pasar desapercibidos. Silvio el pelirrojo con los ojos malvados empieza la conversación:

—¡Mirad lo que tengo!

—¡Hala, una mujer sin ropa! —exclamaba Juan Carlos.

—¿Y qué es eso que tiene entre las piernas? —preguntó Anselmo.

—¡Es la entrada de la vida! —sentenció Porfidio.

Silvio explica:

—Yo se lo he quitado a un primo mío mayor; le he oído decir una palabra rara.

—Mi tito que es médico me ha dicho que se llama vagina. Y mi padre lo llama chisme; mi madre me soltó un cocotazo por decirlo, y le dijo a mi padre que iba a pasarse un mes a pan y agua. Pobrecito, con lo bien que guisa mi mamá — explicaba Anselmo.

—Creo que los maleducados lo llaman chocho, ¡tengo que investigarlo! —dijo Porfidio.

—Pues yo he oído por ahí que si te quedas mirando fijamente una revista de estas y te tocas la pilila, te sale un líquido como el gel de baño y da un gusto que no veas —dijo Silvio.

—¡Hala, qué asco! —respuesta de Juan Carlos.

De pronto se percatan que Porfi está con las manos temblorosas y muy pajizo, con su bocata y su zumo por el suelo. La llamada de vuelta a sus aulas les dio un respiro, aunque tramaban algo peor a la salida. En clase de naturales, los aspirantes a tocones con avaricia no dejaban de rascarse las ingles, hasta que uno de ellos tuvo que ir al retrete para no orinarse encima. Cosas así podrían estar ocurriendo en cualquier colegio del país; el Estado pasaba de ser omnipresente a condescendiente con el verdadero poder, mientras estos pobres infelices trabajaban su curiosidad sin malicia. La mañana pasaba sin excentricidades, con el timbre sonando de nuevo para soltarlos de vuelta a sus casas. Salió el grupo deseoso de pasar el vallado de cipreses que da entrada al colegio. El camino hacia sus pisos y el resto de bloques era casi directo, pero querían hacer una parada en el quiosco de Don Enrique, un rechoncho cincuentón bastante salado, casado con Doña Virgilia, que iba a echarle una mano cuando dejaba hecha la comida. Un matrimonio de sabios sin hijos por culpa de la esterilidad, guiando dicho infortunio al mimo de su clientela, formada a esa hora del día por un aluvión de mocosos que compraban chucherías y cromos de sus jugadores de fútbol favoritos. Don Enrique los esperaba impaciente, con su camisa planchada al milímetro por él mismo, deseando atender a sus hijos que se amontonaban dejando monedas. Ya sabía de memoria lo que cada uno de ellos quería, y los enanos lo que tenían que pagar. Su quiosco es un muestrario único en el barrio, quizás por aquello del despertar de las mentes liberales, dejando en la peor esquina las primeras revistas pornográficas llegadas a la calle. Quienes se las pedían lo hacían mirando al suelo, diciendo el nombre del producto o último número del mes casi susurrando. Enrique y su pelo otoñal empezaban a impacientarse, al ver que los críos tardaban un poco en llegar, como bandadas de palomas a la caza del pan duro machacado. De pronto ve acercarse al genio Porfidio y unos cuantos más que se unían a la pandilla:

—¡Don Enrique, Don Enrique!, ¿le quedan estampas y chicles de menta?

El quiosquero despachaba emocionado por la educación de estos niños de colegio un poco caro; unos se aguantaban para después de la comida, otros tenían el aguante de viaje, y empezaban a moler azúcar como depredadores hambrientos, para llevarse luego la bronca de la madre y ser adictos a otras cosas que los llevarían a una desgracia. El enjambre aumentaba hasta adueñarse del puesto de prensa, con niños sumidos en una locura nerviosa, mandando a tomar viento al orden, hasta que un chaparrón de silencio se desata en una esquina de la caseta. Hay cuatro individuos mirando las portadas impactados. Porfidio, Anselmo, Silvio y Juan Carlos observan con la baba caída las imágenes del vicio:

—¡Mira Porfidio, está desnuda y con las piernas abiertas! —murmuraba Anselmo descolocado.

—¡Y tiene pelo en la cueva! —Juan Carlos intentando no caerse del síncope.

—¡Parece que nos invita a meternos para ver qué hay, es asqueroso; yo no puedo haber salido de ese sitio! —soltaba Silvio medio noqueado.

El que queda por hablar no se manifiesta, al encontrarse al borde del colapso ante inexplicable espectáculo, con los ojos vidriosos, las cejas agarrotadas y la baba serpenteando su mentón, por no decir de su corazón a punto de estallar:

—¡Porfidio, ¿estás bien?!, ¡Porfidio, que te caes! —gritaba Anselmo.

El inocente cae con su frente sudada, mientras Silvio da la voz de alarma pidiendo ayuda:

—¡Don Enrique, mi amigo se ha desmayado!

El hombre sale hecho una exhalación para ver lo ocurrido e intentar poner un poco de calma, ya que la escena pinta regular:

—¡Niño, despierta, venga, despierta!, ¿qué estabais haciendo? —pregunta a los otros tres.

—Nada Don Enrique; es que nuestro amigo se ha quedado mirando esas revistas de señoras sin nada que ponerse, y le ha dado un mareo —explica Juan Carlos.

Sientan a la víctima en la acera para que tome un poco de aire, con Don Enrique corriendo al quiosco a sacar una botella de agua que le echa en la cara; bebe un trago comenzando a volver en sí. Poco a poco va recuperando color el monicaco, y empieza a diferenciar la silueta de sus colegas sonriendo. Don Enrique pensó en llamar a una ambulancia desde la cabina que hay pegada a su puesto de

periódicos, ya que como previsor tiene una libreta con números de teléfono, por si pasara algo con alguno de los nenes y un botiquín por si las moscas. Hablando de moscones, el primer capítulo de la fama porfidiana ya es un hecho consumado, que será consumido en habladurías por todo el barrio. Se largan a sus pisos hechos de hormigón imbatible, deambulando como almas pecadoras y a paso de anciano, por si al protagonista de su vida le diera de nuevo el bajón. Llegan al portal del edificio, teniendo la gran suerte de encontrarse con Don Diego Miguel, el vecino del último piso, un exitoso visitador médico abriendo la puerta. Diego es de muy buena altura, y de un sarcasmo que casa perfectamente con su trabajo; juega a preocupar a los bandidos con sus comentarios jocosos, para él mismo comprobar la reacción de cada uno. Posee la sabia habilidad de no llevar sus problemas laborales a casa con su mujer, que se parte de risa cada vez que le cuenta lo que le dice a los enanos, y las caras que estos ponen. Es muy bien conocido en el bloque por un vestir sencillo pero impecable (van todos los hombres del edificio más o menos así), logrando casi la mitad de las ventas que necesitan de un empujón final, con esa socarronería que dan lugar al derrumbe de los guardianes de la salud, riendo y pidiendo cada vez más medicamentos. Se gana hasta a los doctores más amargados, que no han tenido el valor de enfrentarse al destino familiar para hacer con sus vidas lo que les apeteciera. Diego Miguel es su medicina perfecta, sabiendo nada más mirarles a los ojos lo que necesitan oír, cocinando la corta negociación con una salsa de chuparse los dedos, llamada palabra justa y chiste adecuado, subiéndolos y bajándolos con una maestría bien digna; su padre, Don Diego el Largo, era un chistoso comerciante de mercadillos, por lo que de casta le viene al galgo. Y está esperando al niño de sus ojos:

—¡Ay mi Porfidillo!, ¿qué te pasa que vienes muy blanco?

—Que me ha dado un vahído Señor Diego Miguel.

—Pues lleva cuidado y tira para tu casita rápido, que hay hombres malos por ahí que a los niños los capan.

—¿Qué es capar Don Diego?

—Les cortan las bolitas; así que tú siempre con tus amigos, y si te gusta alguna chica, el pajarito siempre abierto, ¿vale?

Porfidio empieza otra vez a sufrir de sudores helados tapando su bragueta con las dos manitas, para no dejar al libre albedrío su herencia más preciada. Mira desangelado a Don Diego pensando, ¡me has abandonado, vecino!, y no comprende la risa del hombre que suelta su maletín, vencido por la chispa del mono que baila con ansiedad. Porfi se desespera, las tripas le piden retrete con urgencia y se despide del vecino, corriendo hacia su puerta para dar saltos

tocando el timbre. Abre su madre un poco asustada y se encuentra al pordiosero del amor:

—Hijo mío, ¿qué te pasa?

—¡Quieren quitarme la dignidad, mamá!

—Pero, ¿qué dices?

—¡Ahora después te lo explico, voy a evacuar!, ¡van a eliminar mi ser!

Fligida ha traído a este mundo a un genio sin parangón, que vaga con sus tormentos por un mundo irreal, viniendo a su mente el nombre de Diego; está haciendo muy buena amistad con Ana, su mujer, que no puede tener hijos; toman café juntas un par de veces por semana sin sentir envidia ni comparar estilos, una conexión inmediata que forjaría algo más que simpatía mutua. De momento, las dos disfrutaban de las cosas que Diego dice a Porfidio, y de las reacciones del punto filipino. Paralelismo había en esos tiempos, entre la aspirante a gran ciudad Villa Gallarda, y el crecimiento porfidiano. El capitalismo se instalaba medio a escondidas no para quedarse, sino para asfixiar a algunos de sus paisanos, viviendo a crédito. Una hermosa planicie comenzaba a afearse con grúas y cemento, creando un bosque gris repleto de vida a cualquier hora. Las buenas formas seguían abanderando el civismo, y poder aspirar a una vida conforme lo necesario mantenía a Fligida, Pingralio, Diego Miguel, el quiosquero Don Enrique y demás fauna humana, vivos y expectantes ante los cambios. Porfidio no se despegaba de sus amigos, sus tres reyes salvo cuando jugaba con las niñas a beso, atrevimiento o verdad. En ese caso los dejaba en la estacada a mitad de partido, demostrando la debilidad masculina. Se les unió al grupo Joselito, un niño un tanto apocado de maneras excesivamente finas, con su homosexualidad tan escondida por temor al acoso psicológico, que salía poco de casa (vivía en un edificio contiguo). Porfidio se arrimaba a él para saludarle con cariño:

—¡Joselito, tenía ganas de verte!, ¿te vienes a jugar con mis amigos?

Joselito accedía una poco horrorizado al sentir que lo maltratarían sin misericordia:

—Porfi, ¿por qué te traes al mariquita? —preguntaba Silvio con maldad.

—Es mi amigo y nuestro vecino; si no os gusta, me voy.

—¡No te cabrees tío! —respuesta de Anselmo intentando poner calma.

Los muy bichos ponían a Joselito de portero y lo cosían a pelotazos, acabando con la paciencia de Porfidio Superstar:

—Vamos Joselito; con las chicas lo pasaremos mejor.

El ejercicio de mala leche de Silvio especialmente sacaba a Porfi de sus casillas, haciendo que se decantara por jugar con sus vecinas; la maldad conlleva un pago con creces. Volvían con las crías que al ver llegar a los dos con cara de sufrimiento, acudían para consolarlos e invitarles a jugar a qué quieres ser de mayor:

—A ver Porfi, ¿qué quieres ser de mayor? —preguntaba una de ellas muy ingenua.

—Ginecólogo.

—¿Y qué es eso?

—Es un médico que ve todo lo que tenéis entre las piernas, y yo quiero ver muchas cosas de esas.

El griterío se transformaba enseguida en una espantada de antílopes, con la presencia del descarado frente a ellas, y con su Joselito rebozándose en el suelo llorando de la risa, estando Porfidio otra vez solo como tantas veces; eso sí, orgulloso al decir lo que sentía a solas con su libertad, habiendo hecho una magnífica obra sin percatarse: sacar a su amigo de la tristeza para darle unos minutos de alegría. Fligida estaba planchando unas camisas de su marido cuando llamaron a su puerta, y abrió para escuchar a dos niñas contarle la jugada de su hijo; bajó hecha una pantera menopáusica, para llevarse al monstruo con un tirón de orejas, sin ganas de escuchar clemencia:

—¡Pero mamá, lo he dicho sin querer; son mis ganas de conocimiento!

Joselito detrás de ellos rogando el perdón de la señora:

—¡Señora Fligida, no es culpa suya; además me ha sacado de la maldad de Silvio!

No hubo nada que lo remediara, ¿o sí? Fligida dejó a los dos jugar al parchís en la habitación, pero que se olvidara de ir al patio con sus amigos del alma por unos días. Terminaron merendando tortilla a la francesa en un panecillo para cada uno, un zumo de naranja y manzana cortada a trozos. Maria Rosa, la madre de Joselito, recogió a su hijo con el semblante de preocupación que acostumbra, ¿por lo que hizo Porfidio?: ni allá lejos:

—¡Fligida, muchas gracias!

—De nada mujer, para eso estamos las vecinas.

Entonces, la dama castaña de ojos negros y estatura corriente suelta unas lágrimas en la mesa de la cocina de Fligida: Mari Rosi, que así es como se le conoce en el barrio, no soporta el sufrimiento familiar debido a las mal llamadas “rarezas” de su hijito:

—¡No podemos más!; se meten con mi niño en el colegio todos los días; le dicen mariquita, niña, repipi, y muchas más cosas. Mi marido está fatal, no sabemos qué hacer, ¿qué hemos hecho?

—Tener un sol de niño. Es muy educado y a mi me da que llorarás de alegría dentro de unos años. Tu hijo va a llegar muy lejos y será un hombre muy feliz

—¿Un hombre?

—Sí; un hombre que tendrá a alguien que lo quiera mucho y un trabajo estupendo; debéis ayudarle en todo lo que podáis tu marido y tú. Mira en cambio a mi delincuente, que me lleva desquiciada con su obsesión por las mujeres; lo he pillado sacando mis sujetadores y mis medias, ¡y se queda embobado mirándolos!. Yo sí que tengo un problema, ¿pero tú?; lo que hay es mucha tontuna de los demás. No te preocupes mujer, y cuenta conmigo para lo que puedas necesitar; el nene está cenado.

—¡Gracias Fligida!; mañana hablamos.

Joselito se despidió de su amigo y dio las gracias a Fligida por la cena. Le preguntó a su madre si ver las bragas de una mujer es estar mal de la cabeza, a lo que Mari Rosi tiró de la oreja izquierda del curioso directo a su cuarto; otra razón más de peso para que Joselito pensara:

—Si al final voy a tener razón; me gustan más los chicos que las chicas; si lo que me espera es un tirón de orejas cada vez que quiera saber algo de psicología, me cambio de bando. Porfidio es mi amigo pero no me gusta porque está loco; ¡Porfidio está loco!

Pasan las estaciones en Villa Gallarda, pudiendo convertirse en un desierto a no mucho tardar, ¡pero todavía hay tiempo para dar marcha atrás! Otoños e inviernos con relente y lluvia generosa limpian a base de dulzura las calles y avenidas, y la tromba de niños continuando su marcha a los colegios, con la moral bien atada por siglos de alienación, manteniendo a raya la caradura y el libertinaje. Aunque ya se oyen cosas feas por el edificio. Un matrimonio formado por Fina y Pepín no paran de discutir por una niña retraída, que bautizaron como Blanca por su piel nácar, heredada de su abuela materna Felisa; una princesa de ojos castaños, candidata a reina de la bondad y el intelecto, que sus padres manchan sin perdón; la culpan de la mala marcha de su matrimonio, perdiéndose el respecto a gritos

y palabras que la infancia no tiene que oír. La verdadera razón de la pena de esta niña está en las vocaciones frustradas de papá y mamá, trabajando él como supervisor de una fábrica de plásticos, cuando soñaba con ser pastelero, y ella en un laboratorio, habiendo querido opositar a fiscal. Discuten hasta casi la media noche con medio edificio escuchando sus barbaridades:

—¡Estoy hasta los cojones de ti!

—¡Pues ya somos dos, Pepín!

La cría se mete en su cama, tapándose de cuerpo entero y empapando la almohada, afectando a su rendimiento en la escuela; ni come bien ni descansa como debiera, acrecentando el desastre venidero de seguir así la cosa, en una adolescencia inestable: Blanca la Descarriada. La nena se refugia en sus muñecas y sus compañeras de pupitre; muchos padres con Diego Miguel a la cabeza querrían adoptarla para darle una mejor vida a este ángel, pudiendo hacer poco de momento, salvo esperar a ver si Fina y Pepín reflexionan, algo improbable; ¿podría alguien salvarla?; si Porfidio y su escudero Joselito se empeñaran, lo conseguirían: ¡y lo hicieron! Convencieron a Blanca para que jugara con ellos; después habló con su trío de ases, advirtiéndoles de un desprecio irreparable si volvían a meterse con su compañero del alma y su recién estrenada amiga. Blanca no regateaba en los partidos de fútbol, pero se la pasaba muy bien a Porfidio y Joselito. Porfi estaba que no cabía de gozo con sus dos nuevos fichajes, llegando Blanca a adquirir una seguridad tal, que una noche de pelea entre sus padres salió de la cama, fue a la cocina y poniéndose delante de los dos inconscientes les soltó:

—Como sigáis así, me voy con Ana y Diego; ellos me querrán más que vosotros —con una muñeca en sus brazos.

El mazazo sirvió para parar la trifulca en seco y dar paso al silencio; Pepín quiso subir a terminar de descargar su ira con su vecino visitador, pero sabía que se jugaba el tipo ante un armario empotrado, que sin haberla hecho amaba a esa niña como se puede amar a alguien verdaderamente:

—¡Bajo ya Ana!

—¡Espera Diego, deja que venga el problema que vendrá, y lo solucionamos nosotros!

Desde esa noche, Fina y Pepín acordaron respetarse un poco y llevar cada uno su vida con la máxima discreción. Blanca llegaría a cumplir los dieciocho siendo toda una mujer, casada más tarde con una joya de persona que pasaba los treinta y cinco con parte del edificio como testigos de esa unión, siendo Diego Miguel y Ana sus padrinos cuando todo esto pasó. Tuvo el coraje la entonces niña, de no entregarse a la

experiencia de la juventud con la ayuda permanente de sus padres adoptivos, ya que los que la trajeron al mundo se separaron, desaparecieron del mapa y de la vida de Blanquita. Pero hasta que la boda ocurriera, Diego Miguel la compartía con su mujer, dándose los dos cuenta que algún tipo de Dios tenía que existir, ya que les había tocado la lotería con la niña. Al llegar la primavera, las reinas de las casas empezaban a mover la ropa de sus armarios. Cambiaron de nombre la ciudad los nuevos señores del ayuntamiento, impacientes por poner las manos en el poder que nunca cambia, pues la estrategia a través de los siglos es la misma, salvo en este lugar: robar a manos llenas con el pretexto de cambiar la ciudad para bien. Esta lección era recibida por Porfidio y sus amigos en el colegio cuando en una clase de lengua, el profesor ni corto ni perezoso dejó una perla:

—Da poder a un hombre que Dios se avergonzará de él, por las atrocidades que cometerá en su nombre.

A los críos ni les iba ni les venía toda esta parrafada. Ellos no paraban de dar vueltas a la ropa interior femenina, ¡bueno él, el súper cochino! Sus socios tenían sus estampas de coches y futbolistas, hasta que la informática básica irrumpió en sus vidas, ¿para qué?, para aislarlos casi a lo bestia. Era el no va más de la época, un ordenador negro para Anselmo, con juegos de estrategia militar; los que tenían Pingralio y Diego les hacían el trabajo muy llevadero, haciendo su compra a plazos merecida. Porfi con los otros tres jugando a la guerra espacial bastante enganchados:

—¡Vamos a jugar otra partida Anselmo!

—No, que mi madre no me deja.

Entonces aparecía Doña Fernanda la voluptuosa, con unos bollos con chocolate para el cuarteto, que devoraban a toda prisa menos Porfidín. Estaba embelesado con los pechos de la mujer, dejando caer el azúcar por la comisura de sus labios. Los demás se daban cuenta del alucine, y el rapapolvos no se hacía esperar; tenía que regresar al mundo de los marcianos:

—¡Porfidio espabila!

—Perdona Anselmo; es que no me he dado cuenta.

Retomaban el asunto que les interesaba: matar al enemigo con cañones láser. La partida terminaba y Fernanda los largaba de su piso, tan cargado de muebles que daba dolor de cabeza a todos lo que lo visitaban, ¡pero más limpios que una patena!; con ese asunto no se discutía, sino que se competía. Esposas, maridos e hijos sin dejar una mancha a la vista de las criticonas, que por descontado las había, ¿y los nenes proyectos de mozos? Había que verlos,

pareciendo estrellas de cine americano, repeinados al extremo para salir preciosos en la foto de su clase. Porfidio en la media de niños inquietos, con el brillo en la puntera de sus zapatos modelo todo-terreno. Todos a excepción de Joselito, volvían a comer con la ropa casi inservible; parecía que venían de una guerra, con rodajes y arañazos por todos sitios. Los árboles florecían, y estos nenes oyeron un día una palabra que les causó máxima curiosidad: masturbación. Silvio escuchó a su padre decir algo como...meneársela. Todos fueron a la consulta de Don Porfidio: menudo desastre.

Capítulo tres. Hecatombe

Pasando el tiempo, las mangas cortas eran parte de la moda que imperaba en cada esquina o plaza por la que pasear, y los niños sudaban como cantantes de rock, al jugar sin desprender hedor. Porfidio se descentraba en los partidos por su obsesión con la maldita palabra. Esa semana tocaba misa en el colegio con el Padre Tostón, un bisonte de nariz aguileña que sujetaba unas gafas de culo de vaso, y unas manos capaces de romper una tabla de madera maciza de un solo golpe. De familia más que pobre, fue enviado al seminario, truncando su ansiado sueño de llegar a lo más alto dentro de la cirugía. Gracias a su frustración, se hizo confesor y ejecutor de ritos por la alabanza hacia Dios Nuestro Señor; castraba las perversiones de los ya no tan chiquitines con la pregunta fatídica:

—A ver chico, ¿tú cometes actos impuros?

—¡No padre; yo no hago esas cosas!

¿Cómo lo iban a hacer si eran mocitos, con la única aspiración de poder dar un beso en la mejilla a la prima o a la vecina de? Al sacerdote le importaba un bledo, dejando a los críos con las pupilas mojadas, jaquecas o sin ganas de cenar. Hubieron quejas de un grupo de padres, que fueron solucionadas con “si no te gusta mi casa, hay otras”, y como bien sabían las familias que ese colegio era de lo mejor para instruir a sus hijos, a callar y punto. Podía verse cualquier jueves, a más de veinticinco promesas sentadas en los bancos de la iglesia que tenía el colegio, esperando el turno del matarife, lloriqueando por haber pecado, ¡un drama humano! La confesión era rápida, con el verdugo poniendo a todos como beatos rezando padres nuestros. Porfidio, Anselmo, Juan Carlos y Silvio esperaban; salía cada uno de ellos atormentado por la pena capital impuesta, ¡y no habían hecho nada sucio! Pero se mascaba una revolución pasada en un trozo de papel que decía: a las órdenes de Porfidio:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida padre.

—Dime hijo mío.

—A ver padre, ¿usted se la menea? —soltó Porfi sin titubeos.

—¿Qué?

—Que si usted se la menea; porque yo tengo curiosidad por saberlo, ¿cómo se hace?.

No dio tiempo a hacerle más preguntas, cuando un alma en pena salía del confesionario vociferando:

—¡Sinvergüenzas, herejes, sois unos demonios!

El ministro del más allá corriendo por toda la iglesia y mirando a los chiquillos con un odio propio de asesinos inconfesos. ¿Se asustaron los zagales?, empezaron a reírse y nombrar a Porfidio el rey de la homilía. Porfi salió de su escondite, levantó los brazos en señal de victoria y fue corriendo al altar para dirigirse a todos como un director de orquesta; el Padre Tostón se había bebido todo el vino en un par de tragos, sumido en la locura tras hablar con su calvario apellidado Valentoso Fernández, que dirige el estribillo que los pecadores cantaban con fervor:

—¡Menéese la, menéese la! —recitaban todos perfectamente sincronizados.

Llevaron a hombros a Porfidio desfilando de camino al patio, cuando el director del colegio entraba y exclamaba:

—¡Virgen de los ajusticiados! —quitándose las gafas.

Al Padre Tostón y Don Director les unían sus estudios en el seminario y la huida de la miseria; estaba dando una vuelta, comprobando la limpieza de las papeleras, cuando le atrajo el bullicio que podía escucharse desde fuera del recinto sagrado. Don Silverio Tostado quedaba ese día postrado en la cama de su habitación, siendo asistido por dos hermanos que no conseguían tranquilizarlo:

—¡Ya está hermano, todo ha pasado!

—¡Los clavos de Cristo; son unos endemoniados!

No supieron qué hacer para remediar su angustia, pero él sí. Se fugó al día siguiente de la tragedia con el coche de los recados, al único burdel de la ciudad que se encontraba a unos veinticinco kilómetros por orden del ayuntamiento. Unos militares que habían escapado de unas maniobras llamaron al colegio, para que alguien fuera a recogerlo, a lo que él se negó. Lo encontraron en una de las habitaciones, acostado con nunca se sabría cuántas compañías, sus ojos desenchajados de éxtasis pagano, alabando las virtudes de la carne, que encima le salió gratis por tanto tiempo de contención. A los pocos días salió la noticia en el periódico local, narrando el hallazgo vergonzoso para la congregación con el siguiente suceso: un fornido obrero del todopoderoso, escapa de sus obligaciones espirituales y es hallado en un bar de encuentros renegando de la fe. No volvió a saberse nada más de este alma tan impía. El causante de semejante locura, provocó el día de autos que su madre se apasionara por el anisete la noche que dormía, creyéndose fuera de

todo castigo. El bonachón de Pingralio abrió la puerta y se encontró a su mujer beoda perdida:

—El niño está durmiendo en su cuarto.

—¡Fligida, mujer!, ¿qué te has tomado? —quitándole el vaso con pasmo en su cara.

Se lavó las manos para volver al salón y escuchar la explicación de una esposa embriagada de sufrimiento. Tuvo que ponerle el camisón y acostarla en la cama. Cenó tortilla fría sin vaso de vino, reflexionando sobre su pasado familiar, las lágrimas de Pirilia por los desmanes de Ambrosio Sabelotodo, espolvoreados por los vecinos de la aldea:

—Ni a mi ni a mi hijo nos pasará.

Fue al colegio a la mañana siguiente sin que Porfidio se enterara, decidido a prometer al director no recibir más disgustos de este calibre. No quiso sacar el carácter, porque recuerda en su difunto padre los estragos que produjo, aunque castigó severamente al elemento calmando las aguas. Fligida se lo agradeció haciendo más el amor con su marido, sin gemir y a escondidas, como todo el vecindario, y Porfi pagó su exceso de caradura, saliendo a jugar al patio bastante menos con sus amigos para leer mucho más; ¿sirvió de algo?; cuando estaba en la escuela o acompañado de Joselito y Blanca, sí, cuando estaba en casa incrementando sus dotes lingüísticas, no. Un ambiente apacible durante un tiempo vino bien a todos. Porfidio estaba callado de más, hecho que Joselito, Blanca y especialmente las niñas del barrio agradecieron, con un niño que mostraba la herencia materna de su buen hacer. Toda la nueva generación pasaba los cursos con notas estupendas o aceptables excepto Silvio, que pagaba su debilidad de carácter con esa mala leche, propiedad de la saga familiar y pagadera en vida. Anselmo sacaba las cartas que lo definían como el querer para no poder, al igual que Juan Carlos, un extremo obediente en la autoridad. No dejaron de ir al quiosco por sus chucherías cada mediodía al salir de clase; Porfidio iba sujetado por sus amigos para no escapar a la esquina sucia. Una gran parte de estas familias pasaban los veranos en las casas de los abuelos en los pueblos; Blanca se marchaba con Diego Miguel y Ana para ser cuidada a cuerpo de reina. La adolescencia llamaba a la puerta, y la tecnología la acompañaba sin resistencia. Porfidio se fue con literatura de Lope de Vega y Quevedo; más comedia, que busquen.

Las vacaciones eran un no parar de trabajar para los matrimonios, y una melancolía profunda para los hijos cuando se acababan, teniendo que dejar a sus amistades de poco más de dos meses, y regresar con las del curso entero; era complicado mantener un vínculo con alguien en tan poco tiempo, trabajo solamente apto para malabaristas

emocionales: trabajo de Porfidio. Hizo buenas migas con un niño de su edad que venía del norte del país; Isidro era muy ancho de pecho y con una cabeza de diámetro parecido al porfidiano, pero el chaval la usaba mejor, pues dejaba anonadado a Porfi al hablar su lengua sin cometer errores; Isidro le explicaba que en su tierra se habla así, ahondando más la pasión que Porfidio estaba tomando por los narradores y poetas de otros siglos en su Isidro, e Isidro tomando cariño especial por el alfeñique de su amigo, desde la primera presentación:

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Yo Porfidio, ¿y tú?

—Yo Isidro; estoy aquí pasando el verano con mi madre y mis abuelos, ¿tú tienes amigos?

—Sí claro, te tengo a ti, porque las chicas no me hacen caso, así que si quieres podemos hacernos amigos este verano sin besarnos.

—Vale, ¿y veraneas aquí siempre?

—Normalmente sí; una vez fui a la playa con mis padres, y cuando vi a tantas mujeres tumbadas en biquini tomando el sol, me puse tan nervioso que me tiré a dar palmadas en el culo de una de ellas; las demás se reían, pero mi mamá que es muy guapa se enfadó mucho; yo solo quería tocar un trasero.

Isidro se ahogaba con su risa en la acera evocando a Joselito. A partir de esa tarde tras cada siesta, todo fue miel sobre hojuelas. Juntos a todas partes, compartiendo ocio con recitales poéticos de Porfidio, para alucine de Isidro. La sorpresa más grata que pudo tener el crío fue la visita de su Joselito, como premio por buen comportamiento; Fligida lo había arreglado a espaldas del niño para formar el trío de ases; sus madres los vieron una vez abrazados, yendo al final de la calle donde solían jugar como tres vaqueros que se perdían en el horizonte a la caída del sol, hablando de lo importante que es la amistad o el amor. Isidro daría con esto último en la universidad, Joselito en el taller de confección, ¿y Porfidio en un vis a vis? Los tres eran una fortaleza inexpugnable, asaltada por el final de las vacaciones, haciendo el sagrado juramento de volver a verse cientos de veces más. Porfidio hacía pucheros por la marcha de su amigo Isidro:

— Mamá; ¿por qué tiene que irse Isidro ahora que me lo estoy pasando tan bien?

—Porque tiene que volver a cole como tú, cielo. Pero vas a mandarle muchas cartas, ¿verdad?

—¡Sí sí, en cuanto vuelva; y voy a contarle lo grandes que son las bombas de la Señora Fernanda!

Porfidio lloraba de nuevo por el cocotazo de Fligida:

—Pero, ¿por qué me pegas si he dicho una obviedad?

Iba a atizarle otro pero se lo pensó mejor y se marchó a la cocina a desatarse de risa. Cuando se lo contó a su Pingralio tuvieron que taparse las bocas estando ya en la cama, para que Porfi no los oyera; obran igual cada vez que intiman. Como en cada verano, los padres ejercían de Rodríguez haciendo compañía al Ministerio del Alquitrán. Las madres esperaban a sus hombres los fines de semana como agua de Mayo, y los que podían, hacían incursiones a las casas de veraneo entre semana con o sin bolsas de ropa para lavar; solía ser los miércoles y se conocía en la ciudad como “el efecto falta de cónyuge”. Muchos matrimonios daban muestras de cariño y complicidad al verse, mientras una minoría esperaba con ilusión esta parte del año para atreverse a ejercer la infidelidad, trayendo venganza meses después: traición pagada con justa maldad. Ninguno de los vecinos era conocido por sus correrías nocturnas, o por lo menos no se sabía. Los hombres que vivían en los edificios de al lado no lo confesaban, y el que lo hacía practicaba el vacío de poder del hogar en esos dos meses críticos: falsedad en toda regla.

Fligida tenía confianza absoluta en su marido, y él la echaba de menos, acercándose siempre que terminaba a media tarde en la oficina, compensando su gasto en gasolina al ver a su mujer y su hijo veraneando en la casa de sus padres. Tenían una conexión instantánea con simplemente mirarse, y un nexo de unión que les hacía quererse más cada día, no queriendo tener más hijos. La madurez del moño de Fligida era un punto a su favor, con una sensualidad olorosa que no podía ser robada por otro hombre, aunque las pasiones ocultas de los caballeros del pueblo, bien que despertaban al verla pasar directa a cualquiera de los comercios que hacían su agosto. Iban marido y mujer juntos a todos sitios, anulando deseos de otros, y el juicio de las vecinas al verlos salir de casa con el niño se hacía certero:

—Estos van a estar casados toda la vida.

A Fligida nunca se le olvida el comentario de su madre, la noche anterior a la subida al altar:

—Es un buen hombre hija; entrégate sin miedo, serás muy feliz.

Como lo estaban siendo de momento los otros vecinos. Gracias a esta solidez en sus uniones, los hijos crecerían para ser unos adultos juiciosos, buscando el mismo sendero de vida en las posibles parejas. Las separaciones no se veían con buenos ojos en la generación de

Pingrallio; serían más frecuentes cuando Porfidio y sus vecinos estuvieran en edad de trabajar. Las casas de vacaciones listas para hibernar cuando hace nada bullían de casi adolescentes merendando pan con atún o jamón serrano con tomate y aceite, camisetas hasta el cuello de sudor y negrura de la calle. Los que se quedaban todo el año se sentían huérfanos, imaginando a sus chiquillos más altos el verano siguiente; estos pueblos de campo y playa rejuvenecían de Junio a Septiembre. El ajetreo era incesante en las escaleras del edificio de los únicos por las tardes, hasta que la tropa estaba en su sitio, que no era otro que el patio de juegos. Porfidio siempre iba primero a recoger a Blanca, y quedaban en la puerta del patio con Joselito, para reunirse por fin con los tres que faltaban. Una de esas tardes, queriendo Porfidio hacer el imposible de complacer a todos, eligió jugar al fútbol con su trío, dejando a Blanca y su ángel blanco con las chicas. El partido terminó antes de tiempo por la mala fe de Silvio, que casi llega a las manos con Anselmo, teniendo que separarlos Juan Carlos. Para apaciguar los ánimos fueron al cuarto de las bicis, cada uno echó mano de la suya y fueron a ver a las chicas a la calle, con Porfidio vigilado muy de cerca. Las niñas dejaron a los cuatro jugar temblando por el turno porfidiano; le tocó verdad, teniendo que hacer una pregunta a su compañera de juegos:

—María, ¿a que las braguitas que llevas puestas te vienen grandes?

—¡Eres un cochino Porfidio, pero es verdad!, ¿cómo lo has sabido?

—Porque al cerrar las piernas te he visto un poquito el chorrete.

Joselito, de nuevo revolcado por el suelo, Blanca corriendo a esconderse detrás de uno de los dos bancos del patio, y el resto de chicas rompiendo el círculo huyendo despavoridas. María salió disparada hacia su casa para contarle a la madre la desfachatez, pero esta vez no hubo sentencia, porque la señora Maria Pilar se equivocó al comprarle a su niña la talla incorrecta; Pili la Miope asumió su culpa, y el edificio entero enterado de una más del genio. Cuando Fligida supo la verdad compensó a su hijo con un lápiz nuevo y unos folios para que escribiera lo que sus sentimientos le ordenaran. Sabía sobradamente que no era malo, sino curioso en exceso y un tanto calenturiento como el abuelo. Lo veía sentado en su pupitre pareciendo un escribiente de antaño, elaborando obras maestras clasificadas como incunables de sabiduría incurable. Su cabeza tenía para dar justicia amorosa y joyas de índole fálica; la madre prometió no leerlas, lo que le hizo sentirse aún más importante en su tarea literaria. Este juramento se debía a que la mujer recibió en su buzón una carta de su amigo Isidro, y vio la oportunidad de reconducir a su punto y aparte, pidiendo que le escribiera, haciendo que el niño pensara en lo que le toca para su edad. La misiva fue un ejercicio de angustia existencial cabalgando sobre lujuria:

Hola Isidro.

Me he puesto muy contento al ver tu carta; ya estoy de vuelta en la casa de la ciudad y no quiero ir al colegio; los maestros son un rollo menos el de lengua, porque leo mucho y aprendo palabras nuevas; ¿cómo llevas tú lo del cole?; espero que bien. Le he dicho a mi madre que te invite a pasar unos días aquí con nosotros, así conoces a mis amigos y mis amigas; las chicas no están nada mal. A veces me pongo muy nervioso cuando estoy con ellas y puedo desmayarme si me besan, pero nunca lo hacen porque tienen miedo a que se enamoren de mí. Tienen unas puertas de atrás impresionantes; el de Francisca parece una plaza de toros, y a mí me gustaría tocárselo porque tiene que ser blandito. A algunas les han salido debajo de los hombros, ya sabes...¡pelotas!, y yo sueño con manosear alguna de ellas para que no me digan luego que tengo la mente rara. Si vas a algún quiosco a comprar chuches fíjate bien, porque puedes encontrar revistas donde salen mujeres desnudas que mi madre llama pilinguis, y enseñan sus vergüenzas con mucho descaro (algunas te sacan la lengua y todo). Dicen que si tocas tu cosita, cambia de tamaño y llega a ser cosa; cada vez que lo pienso me cuesta dormir. Una vez me desperté porque no tenía mucho sueño, y escuchaba a mis padres hacer cosas muy privadas; mi mamá le decía a mi papá que siguiera, como si estuviera haciendo gimnasia.

Yo intenté averiguar qué era consultándolo con mis amigos, y ninguno supo responderme. Creo que estaban sin ropa y rascándose la espalda o algo parecido. Los fines de semana los paso con mis amigos en un patio que tenemos aquí en el edificio, jugando al fútbol o montando en mi bici; ¿te acuerdas de Joselito? Ya verás Isidro, si vienes a visitarme te lo vas a pasar muy bien porque vas a ver a las vecinas, jugarás conmigo, con Joselito y con Blanca (la única amiga que tengo y me comprende), y conocerás a la señora Fernanda, que tiene unas bombas que no veas; puedes llegar a trastornarte nada más verlas; vas a pasarlo muy bien. Tengo que consultarte unas cosa: ¿sabes lo que significa meneársela?, porque nosotros estamos aquí pensando qué podrá ser; lo que sabemos es que si te tocas mucho la pilila te sale un líquido gris, y que cuando lo descubramos no vamos a parar, que significa algo como “darse una gallarda”. Bueno Isidro, voy a terminar esta carta que a lo mejor es muy aburrida para ti. Yo te la he escrito con mucho cariño porque tengo muchas ganas de verte otra vez. Saluda a tu papá y a tu mamá de mi parte, y espero no tardes mucho en mandarme otra.

Tu amigo que te quiere.

Porfidio.

Isidro se puso a saltar por el pasillo de su piso, abriendo con nervios la carta de Porfi; cuando terminó de leerla sus ojos estaban un poco desencajados, habiendo pasado de la alegría a la preocupación con grito incluido:

—¡Mamá, ven que Porfidio dice cosas que me dan miedo!

Isidra cambiaba de color conforme la leía hasta que el síncope le hizo caer en la cama de su hijo, que tuvo que socorrerla empapando una toalla de bidet con agua, pasándosela por la cara. Recuperado el conocimiento, la llamada a casa de Porfidio no se hizo esperar; tras ella, la consulta al psicólogo infantil de tapadillo; el psicólogo cerró su gabinete y pidió cita para un psiquiatra desde esa consulta con ese espécimen en concreto. Total, que aún está el caso de este individuo tan menudo sin resolver, siquiera por la comunidad científica. Nadie en la ciudad estaba preparado para tal despliegue de instintos; pobres ciudadanos cuando se desate. Pasaban las mañanas con prisas en cualquier casa, con el vaso de leche con galletas a toda marcha, para luego funcionar a la máxima potencia las perolas, dejando olor a manjar de cuchara en los patios de luces; las lavadoras también se oían trabajar desde primera hora: la amenaza silenciosa del estrés ya empezaba a notarse. Siempre que las almas cándidas ya en curso de instituto se resfriaban, tenían a sus madres pegadas con los zumos de naranja con miel y medicamentos cuando la situación se veía un poco oscura. Porfidio soñaba aún despierto con el trasero de su mamá palpado por un extraño: ¡no señor, sólo lo toca mi padre, que para eso se casó con ella! Las inseguridades de estas mujeres se disipan al saber que sus hijos están bien recogidos, jugando con sus amistades y aprendiendo lo que muchas de ellas no han podido o no han querido. Porfidio se siente muy seguro en sus pensamientos, vigilado sin tregua por sus amigotes:

—¡Porfi, ven a jugar un partido, que estás muy quieto! —le ruegan sus amigos del alma.

Se levanta con desgana porque le cuesta arrancar, pero una vez en marcha es muy difícil hacer que pare. Cada vez que patea el balón, se imagina su cuerpo de chiste tumbado en una cama con una belleza anónima dándole arrumacos:

—¡Ay mi Porfi, eres el rey de mi corazón; quiero todo de ti!

Y Valentoso falla el pase de la muerte para disgusto de su compañero de equipo:

—¡Porfidio, no estás en el juego!

Él a su rollo criando imágenes sin pudor, al decidir decantarse por el género opuesto y complementario, según ve en sus padres y los de su pandilla. De vuelta a casa no se detienen en el quiosco, prosiguen su marcha hasta el portal del edificio con Porfidio mudo. Fligida lo recibe sin malas caras, gracias a una mañana de perros, trabajando como una esclava para mantener su fortaleza reluciente y alejada de las críticas maliciosas, con la ropa de los tres en perfecto estado de revista.

—Mami, ¿sabes que cuando sea un poco más mayor voy a tener muchas novias?

—Pues aprende esto: con una tendrás más que suficiente, a ver lo que duras, ¡y cómete el plátano ya, que llevas media hora dándole vueltas!

Porfidio sin crecer, y sus amigos transformándose en hombrecillos con vello en el cuerpo. En lo que sus colegas superaban a Porfidio, él los rebasaba con cultura. No iba ninguno mal en los estudios salvo Silvio, pasando demasiado tiempo con el ordenador de Anselmo, mientras Joselito, Blanca y Juan Carlos subían al piso del Señorito Valentoso, a verlo y escucharlo recitar poemas como principal espectáculo de la tarde, culminado por un sonoro aplauso de sus incondicionales; Fligida está sonriente pelando judías verdes y patatas para la menestra de la noche. Las otras madres renegaban de la máquina dichosa que tenía a sus hijos atrapados:

—¡Voy a cortar el problema de raíz; le pregunto la lección y no se la sabe! — decía Anselma.

—Al mío lo he castigado; tiene una mala uva que me preocupa mucho, pero a mi no se me tuerce —comentaba Silvia.

Cortaron el tiempo de juego de guerrilleros, tan poco a poco que, cuando vinieron a darse cuenta, Anselmo estaba de nuevo en el patio con los suyos y su bicicleta. Eliminada una amenaza, otra peor asomaba; la heroína se introdujo en el único barrio marginal de la ciudad y una tarde, los críos se quedaron helados cuando un joven de estatura media, barba desaliñada y ojos sin orden, se arrimó a la valla del patio para amenazarles con saltar y quitarles todo. Salieron corriendo como almas que se lleva el diablo, refugiándose en la portería interior del edificio. Desde ella vieron cómo el joven apenas tenía fuerza para encaramarse, yéndose muy poco después. Ya más tranquilos recogieron las bicicletas, acompañaron a Joselito hasta su portal y volvieron en pelotón a sus refugios; la noticia corrió como la pólvora, pues al día siguiente ninguno fue solo al instituto. Quedó olvidada a los dos días, para que los juegos y sueños de adolescentes de vida regalada gobernarán su rutina. Para los padres sí se estaba haciendo un poco dura la crianza, llegando cada vez más tarde a casa al igual que ellas, guardando el tipo agotadas de tanta tarea. El delirio inguinal se mascaba en el ambiente con la pubertad como anfitriona. Las niñas eran mujeres con su virginidad mental intacta, ¿y los chicos?; quedaron una tarde de Domingo en el cuarto de las bicis proponiendo el comandante lo inevitable:

—A ver chicos, ¿sabéis ya lo que es meneársela?

—Pero qué bestia eres — el bueno de Juan Carlos hinchando una rueda.

—Me explico; tenemos que saber qué es porque a mi me tiene sufriendo y uno tiene que amar aunque sea a si mismo.

—¡Qué razón tienes Porfi, eres un sabio! — asintiendo Anselmo.

—Pero tú con lo pequeño que eres, ¿vas a poder? —preguntaba el malvado de Silvio.

Se propuso intentarlo cada uno cuando pudiera, debatiendo el resultado del experimento; esa misma tarde, aprovechando la marcha de sus padres a una comida de vecindad en un merendero por las afueras, los gritos y las expresiones no se hicieron esperar:

—¡Madre mía, soy el consorte del amor propio! —exclamaba Juan Carlos.

—¡Qué gustazo Dios Santo, y no es pipí! — dijo Silvio al terminar su faena.

—¡Es gel de baño, cómo mola! — gritó Joselito.

Anselmo pedía socorro cuando vio salir todo su “yo”; Porfidio se atascaba a la primera y a la quinta, haciendo honor al quiero y no sé si algún día podré. Estaban todos exhaustos corroborando lo que relaja poder auto-complacerse. Pocos días después, la pandilla de mustios se sinceraba en grupo durante el recreo del colegio:

—Soy un desheredado del placer —se sinceraba Porfidio.

—¡Tío, qué raro hablas; cada vez te entiendo menos! —le decía Anselmo mirando al cielo.

—Es que Porfidio es un estudioso de la lengua — respondía complaciente Juan Carlos.

—O sea que al final no te has ido; si vas a ser marica como tu amigo —decía Silvio buscando gresca.

Los otros lo miraron ya un tanto hartos de su mala intención, y Porfidio se lo explicó sin daño de conciencia:

—¡Vete a la mierda borde, que no vas a llegar a viejo!

A Silvio le vinieron unos escalofríos incomprensibles, con esa sentencia hecha maldición. A confesarse toca que son unos pecadores y tienen consulta con el Padre Julio. Han aprendido rápido a mentir piadosamente como buenos creyentes al cura, un tonto por ser enviado de Dios: mentira cochina. Este siervo es más listo que el hambre; los despacha rápido a rezar el resto de la misa y santas pascuas. A Porfidio le ordenó:

—Hijo mío, no hace falta que te confieses tanto; un alma limpia como la tuya tiene el perdón de Dios.

—¿Y si me la meneo a diario, padre?

Un leve cuadro de taquicardia solucionado con el médico del centro, el Hermano Alfredo, y solicitud de traslado a otra parroquia, buscando no terminar hasta los mismísimos de la vocación de evangelizar a casi adolescentes marranos: aquí paz y después gloria. Trajeron a otro soldado de la confesión conocido por su pasotismo, hasta que las visitas de Porfidio y sus compañeros lo condujeron a un asilo antes de hora, por un síndrome ansioso- depresivo agudo. Se lo llevaron a un convento de retiro perpetuo y no quisieron explicar a los padres el por qué de sus desgracias; parece que ya no tienen solución estos asesinos de la fe.

Capítulo cuatro. Cambios para nadie.

Los chicos creciendo al ritmo de la ciudad que tornaba a ser una gran urbe, más que espabilada aunando mucho movimiento en su centro histórico. Se daban las primeras elecciones democráticas, saliendo elegido un desalmado enfermo de codicia llamado Juan Pablo Castillo, con permiso de quien o quienes realmente gobernaban: adoraba a su madre bebiendo devoción ciega por su padre, que alabó la ambición sin remordimiento alguno hecha desprecio al género humano. Don Juan Castillo mandaba a sus jornaleros a la misera, con enfermedades por no concederles descanso, a base de malos alimentos y horas de sueño ridículas. Con amigos en el poder por puro interés y su hijo paseando libros en la facultad de derecho, vio un filón en la política y ahí lo metió. En ese círculo debía llevarse cuidado con vejar a alguien, si querían enriquecerse. El flamante alcalde se rodeó de compañeros de juergas nocturnas, bien conocidos por ser unos impasibles asesinos de la bondad femenina, poniendo a las inocentes que caían en sus redes a los pies de la clínica clandestina practicante de abortos, al no ser de suficiente categoría para ellos. El más canalla de todos estos malnacidos tras Juan Pablo, se llevó la Concejalía de Urbanismo; Antonio Simón de la Torre se pegó a Juan Pablo desde la universidad, creyendo que algo rascaría, ¡y vaya si rascó! Lo primero que hicieron antes incluso de entrar a sus despachos, fue decretarse un sueldo de escándalo para empezar con el atraco. A puerta cerrada con su lacayo preferido, el excelentísimo elegido planeaba la gesta:

—Antonio, prepárate que vamos a ser muy ricos.

—Pero por poco tiempo Juan Pablo.

—No creas; el pueblo es idiota y traga mientras le demos ocio. Tú déjame a mi que verás; esto es territorio virgen. Vas a alucinar.

—¡Como las vírgenes que nos tirábamos!, ¿te acuerdas?

Las risas de los dos pavos reales se oían en los despachos contiguos, preparados para el expolio. La papeleta de Pingralio y Fligida, sirvió como la de tantos otros para ponerlos en los tronos; creían que estos dioses de la palabrería iban a dar a sus hijos y los de los demás un futuro mejor, por haber pisado la universidad. A los hijos de los trabajadores del edificio les importaban un bledo el alcalde y sus compinches. Estudiaban por obligación y placer sin ninguna vocación a la vista. Porfidio quería tener el carnet de Casanova, a la vez que los ordenadores personales ya estaban en comercios y negocios de todo tipo de tamaño, haciendo las gestiones un trabajo de niños. Porfi seguía devorando a literatos y poetas, para hacerse más brillante en sus discursos. Empezaban los tiempos de las salidas nocturnas con la facultad a elegir en sus cabezas; sus padres incitándolos a meterse en carreras insulsas, ¿debido a qué?, pues a la falta de interés por los

deseos reales de sus hijos, menos dos excepciones: Pingralio y José, el padre de Joselito. Los dos preguntaron a sus respectivos qué querían ser, teniendo respuestas acordes con sus maneras de ser:

—Yo estoy meditando en hacer psiquiatría, porque la mente humana es un enigma padre; sobre todo la femenina.

—A la mente femenina hay que dejarla que se salga con la suya. Si no lo haces vas listo para echarte novia, hijo. ¿No te llama la atención estudiar algo que vaya con mi trabajo y me ayudas?

—No sé padre. Quiero pasar más tiempo con mujeres, ¡las adoro!, y sé que ellas sentirán devoción ardorosa por mi; tiempo al tiempo.

Pingralio se marchó a la cocina a beber el primer vaso de vino de golpe y no oírlo más. Apoyaría a su hijo en lo que quisiera embarcarse sin caer en la estupidez de su padre Ambrosio, mientras que Joselito no tuvo problema. Sus padres vieron a un artista sin techo, encaminado a un Grado Superior de Diseño y Moda. Este hijo iba a lograr lo que muy poquitos conseguirían: ser feliz traducido en rico honradamente y libre. El resto de compadres fueron acatando las manipulaciones paternas traducidas en “haz esto que tiene futuro”, o “la universidad te llevará a trabajos que tu madre y yo no hemos podido tener”. Mientras Anselmo era un portento de los arreglos, que soñaba con ser mecánico de coches y tener su propio taller, Juan Carlos el genio del cálculo matemático, siempre deseó ser profesor de instituto. El primero se metió en económicas esperándole una vida lineal y el segundo empezó derecho para hacerse un abogado de renombre, aunque terminando por aguantar a gente de la peor calaña, camino de una o varias bajas por depresión; ¿Silvio?: injusticia divina.

Los respectivos padres mientras tanto a aguantar en sus trabajos; Diego Miguel ganaba dinero aún más con su último ordenador, enviando facturas al laboratorio y comentándolo a Pingralio, a la vez que rememorando las hazañas de su Porfi:

—¡Tienes que comprártelo Pingralio!, ¡yo paso los pedidos como si nada!; estoy ganando mucho tiempo; voy a ahorrar para la boda de la cría.

—¿Y cómo está?, ¿ha superado lo de sus padres?

—Parece que sí; por fin mi mujer ha hecho los papeles para reconocerla como hija nuestra; estamos locos de contentos. Estudia mucho y sale con un chico mayor que ella; ya veremos.

—No te preocupes hombre. Ha madurado mucho y sabe lo que hace. Por lo menos bastante más que mi hijo, que está como un cencerro.

—Tu hijo es un artista. Mira que me ha hecho reír; ¿sigue con sus fijaciones?

—Ahora es peor; dice que va a montar una consulta de asesoramiento emocional. No sé qué hacer con él; mi mujer lo ha dejado por imposible, y el caso es que es muy noble. En fin Diego, que me ha tocado la china.

—No te preocupes hombre. Dale tiempo que tu hijo no te dará los disgustos que puedan dar otros como Silvio; es un cabrón, lleva la maldad en la sangre.

—Y bien puedes decirlo; el otro día lo vi fumando; va mal ese chaval.

Era el comentario de los vecinos y la vergüenza de sus padres; aceleraba su declive ofreciendo tabaco a sus colegas de infancia. Todos querían saber poco o nada de él. De un día para otro la familia se fue de allí, parando en un barrio peor. Anselmo, Porfidio y Juan Carlos no lo echaron de menos. Joselito respiraba en paz por una vez en mucho tiempo; salía con ellos por la noche pensando que a todo cerdo le llega su San Martín. La pandilla terminaba sus juergas nocturnas muerta de risa casi siempre porque a Porfidio lo sacaban de los bares a guantazos; preguntar a una chica en la primera conversación si quiere intercambiar fluidos es mal comienzo, por muy democrática que fuera la sociedad de Gallarda. Y a gallardas todos los viernes, sábados y domingos. Porfidio lo consiguió no mucho tiempo atrás con más pundonor: de lunes a lunes. Las chicas del edificio iban a su aire porque ya tenían muy vistos a estos. Se convirtió en un ritual llegar mamados al portal del edificio y recordando las trastadas porfidianas con mucho afecto. Los domingos por la mañana se levantaban famélicos, dios sabe a qué horas y sin decir una palabra; Anselmo comía para acostarse otra vez, Joselito entusiasmado con su compañero de estudios, ¿Porfidio?:

—A ver hijo; ¿qué hiciste anoche para dejar el jabón de la vajilla en el frigorífico y la botella de agua en la encimera?

—Muy sencillo padre; la cabeza a veces me da vueltas de tanto hablar con mujeres; el trabajo de libertador requiere un esfuerzo desmesurado; a fin de cuentas soy un héroe del amor.

A criar más canas en el sofá después de comer, para pensar de qué manera enderezar a este trastornado: pobre Pingralio. Y Porfidio a quitar la mesa y lavar los platos a mano, que el lavavajillas está de camino; por insolente. La ciudad de hormigón iba soplando esplendor en cada una de sus avenidas del centro. El alcalde se empeñaba en hacerla tan verde que dejara perplejos a paisanos y turistas, con parques a la inglesa, muy caros de mantener aunque dándole lo mismo a él, si era con dinero de los demás: lo de otros se despilfarra, pero lo mío se amarra. Cambiaban los nombres de las calles, pasando

de generales y estrategias históricos, a memos incapaces de derramar una gota de sangre por los suyos. El nombre más sonado fue el que la Concejala de Ocio y Cultura (sobre todo lo primero), propuso o más bien impuso al Parque El Vergel, que es así como se le conocía. Carmela la Porrera era un personaje denso y difuso por pensamientos abstractos y afición a la grifa antes de acostarse. Juan Pablo la ha designado bien resignado por la cuenta que le trae, si no quiere ser despedido por el verdadero poder de la ciudad. Sobrina de un gobernador en la época oscura, la filósofa estaba loca de contenta con su puesto, al igual que sus compañeros:

—Tú sí que estás loquita, Carmelita —murmuraban por los pasillos.

Habiendo metido ya varias veces la pata, en una visita del nuevo presidente de la región para ver la marcha del tinglado, y de paso apuntarse como comisionado municipal (cobrar de donde pille), durante la reunión previa a la entrevista para unirse a la banda de ladrones trajeados, Carmela interrumpió el paripé cantando a su grupo preferido, Piojosos Ilustres con su éxito “Me pica el hojaldre”. El alcalde tragando saliva, el resto del equipo metiendo las cabezas debajo de la mesa y ella, la Gran Carmela, menuda y pelirroja con ojos de cárabo fumado, finiquita su exhibición artística con la siguiente perla:

—Don Julio Visedo; me ausento porque estoy en un momento creativo imparable. Puede que nuestro alcalde sea cojonudo pero yo, seré más —marchándose con aires de emperatriz.

El Señor Visedo no podía creer lo que había visto y oído; era un aperitivo comparado con la tropa de desquiciados que estaba por venir. A medida que la sociedad avanzaba, las consultas al psiquiatra crecían. Carmela era la punta del iceberg, siendo mirada por Don Julio con pasión por acribillarla, pero aguantando el tipo porque bien sabía él y algunos más que con la señora no podían jugar. El Parque de los Ilusos en vez de El Vergel, era el lugar de la ciudad al que venían Pingralio y Fligida a pasear cogidos de la mano, soñando con una vida en común sin muchos sobresaltos; el ingenio carmelino fue todo un acierto, ya que simbolizaría el sitio preferido para las jóvenes parejas que terminarían en divorcios sangrantes, a porrillo que se fuma la colega. Porfidio y sus amiguetes no lo pisaban; estaban ensimismados con nuevas conocidas, y otros menesteres más obscenos. Su prioridad era seducir pillando unas tajadas inclasificables. Anselmo se hizo devoto de los partidos de fin de semana, que veían juntos cenando en casa de alguno de ellos antes de salir de marcha, echando los ligueros por la borda. Joselito se unía esperando al chico de su vida, Floriano Juarón; se gustaban mucho, quedaban a conversar durante sus descansos en una biblioteca, por miedo a la humillación. No entendían el por qué tenían que tantearse a escondidas, aunque confiaban en poder hacerlo sin tapujos pronto, para convertirse en un orgullo que duraría siempre en sus familias. Fue el gran José

Menéndez quien desenterró la caja de los truenos una noche de balompié. Ya sabían que las películas puerkas existían. Quedaron en casa de Porfi para ver el partido (sus padres se habían ido a cenar con un matrimonio amigo); Joselito llegó el último con una cinta de vídeo que el primo tercero de un vecino suyo le había dejado, siendo falsa la coartada, ya que era de sus padres: la encontró en un mueble del salón buscando un mantel con rosas bordadas que le encantaba. Al verla le dio un arranque de gallardía y se la llevó como buen patriota. Nada más aparecer, Porfidio le hizo reverencias aflorando sus nervios. La cinta llevaba puesto el título “Maravillas de la selva”, y Valentoso ya empezaba a emocionarse, aunque Anselmo dudara del contenido:

—Es un documental Porfidio, no te emociones. Vamos a terminar de ver el partido y luego la ponemos.

—¡De eso nada, ponla Joselito, porfa!

Porfidio estaba tan atacado que pasó el mando a Joselito; lo que empezaron a ver fue la primera escena de una película pornográfica con guión. El silencio se hizo con los cuatro dejando sus babas caer, pareciendo cuatro estatuas que apenas respiraban. Un fulano disfrazado de tarzán copulando con salvajismo en una selva desvirgada, y los chicos abducidos con la acción de amor sin amar. Porfidio estaba tumbado en el suelo con un desmayo de cine, y sus ojos blancos; Joselito fue el único en darse cuenta de la tragedia, porque Anselmo y Juan Carlos bebían su cubata sin apartar la mirada de la pantalla:

—¡Porfidio levántate, que es solo una peli!

—Joselito, eres el genio salvador de los incomprensidos seminales.

—¡Venid a ayudarme, joder!

—Eso quiero yo; joder sin parar —dijo Juan Carlos sin percatarse del desastre.

—¡Que Porfidio está en el suelo! —reaccionó Anselmo al ver a su amigo tumbado.

Levantaron al santo varón para sentarlo en su sitio, y seguir con el espectáculo gracias a la fortaleza de su cabezón, que se recuperó en un santiamén. Giraban sus cabezas para ver las faenas en diferentes ángulos. Se levantaron a la vez, y se pusieron a metro y medio de la pantalla para ver con claridad la apoteosis guarrindonga. De repente, Joselito oyó la cerradura de la puerta y sacó la cinta para guardarla en su chaqueta a la velocidad de una masturbación porfidiana. Entraban los padres del engendro y Fligida los saludó entusiasmada:

—¡Hola tesoros!, ¿qué hacéis que os veo muy tranquilos?

—¡Nada señora, hablábamos de historia! —dijo Anselmo al quite.

—¡Ah muy bien hijos!

Se levantaron y se marcharon sin más:

—¡Adiós señora! —se despedía Juan Carlos.

—¡Adiós Señor Pingralio! —se despedía Anselmo.

—¡Adiós Señora Porfidia! —decía Joselito muy nervioso con el cuerpo del delito.

—Madre, nos vamos a seguir con el coloquio donde quiera Dios acogernos —le dijo Porfidio sin más.

Se metieron en el ascensor con la risa entre dientes y a tomar el fresco; iban tan calientes que llevaban sus abrigo en los brazos; la faena mereció comentario:

—Es lo más grandioso que el cine ha creado; no hay nada más perfecto que lo que acabamos de ver —dijo Porfi maquinando Dios sabe qué.

—Sí hay algo más perfecto; tener novia —respondió sabiamente Juan Carlos.

Joselito no dijo nada y Anselmo quiso irse a casa aunque fue fácilmente convencido, que era sábado noche. Disfrutaron de la fauna de siempre, hablando con la gente de costumbre, y volviendo a sus casas bañados en alcohol duro con coca-cola, listos a dar colofón a la noche en sus habitaciones sin luz para que Dios no los viera, pudiendo ser castigados por marranos. Se despidieron antes de ir a cometer sus actos innobles con su lema de juventud: pienso luego me la machaco. Porfidio abrió la puerta con sigilo, tuvo un arrebatado de pasión, se puso a buscar un regalo como el que esa noche recibió, intuyendo que sus padres eran amantes de la fogosidad. Las películas estaban escondidas, ¿dónde?, ¡en el armario del salón, debajo de unos manteles en el segundo cajón!

—¡Mis padres, eminencias de la liberación pasional!

Ni en sus mejores reyes magos había estado tan contento. Las dejó en su sitio muy reconfortado, sabiendo que tenía material suficiente para ejercitar su amor propio, marchándose a su catre medio mamado para descargar su falta de amor. El secreto era mudo ente los matrimonios que tanto habían renunciado a pecar ante la iglesia, siendo estos padres los proveedores de esta fuente de perversión, hecha alimento de corazones inteligentes. Al mismo ritmo con que lo prohibido llegaba a las casas del edificio, algo más peligroso se hacía

hueco, destrozando futuros. La cocaína se quedaba arrastrando a jóvenes sin personalidad metidos en los reservados de los bares de copas. Tanto Porfidio como sus amigos del alma lo veían claro, con asco en sus caras:

—Yo nunca pienso meterme eso, tíos —afirmaba Porfi.

—Nos jodería la vida —pensaba Joselito en voz alta.

Proseguían sus marchas, con incorporaciones del mismo barrio que se acoplaban al grupo utilizando un arma infalible en la conquista del sexo contrario: vivimos en el centro. Una vida suave sin más preocupaciones que estudiar y divertirse, en vez de tener que jugársela en una batalla o salir a la calle a mendigar. Gallarda se hacía importante como antes no lo fue, con calles y arbolado enorgulleciendo al gentío que la poblaba, y los comercios abriendo de lunes a sábado, dejando un día para el descanso sagrado. Las cosas cambiaban con el dominio de grandes almacenes y supermercados, donde las familias tenían demasiado para escoger. Se montaron siendo Porfidio pequeño al igual que sus amigos, pasándolo en grande al admirar tanto surtido de comida y ropa, haciendo carreras con los carros por los pasillos de estos pabellones del exceso. Fligida y sus vecinas preferían confiar en las tiendas de ultramarinos de toda la vida, los mercados de los viernes y la atención exclusiva recibida en las mercerías. Porfidio quería vestir a la moda no habiendo dinero para todo:

—Madre, estos pantalones que me has traído y estas camisas son de pensionista con gastritis. Yo soy joven y apuesto.

—Pues hijo, búscalos tú y yo te doy el dinero, ¡pero que no sea caro!

Era el tonto de ir a la última, dejando a un lado la mente y los corazones al importar la imagen por encima de cualquier otra cosa. Se creían los mejores al querer lo mejor, obteniendo lo que se merecían, y sus estudios los guiaban a construirse en diferentes razas laborales: la cobarde o conformista para recibir a Anselmo y Juan Carlos, y la brava por feliz que lleva el nombre de Joselito, al tener un valor sobrado para luchar sin temor a nada, como explicó a sus padres hace ya:

—Mamá, papá, voy a estudiar moda; si os gusta os lo agradeceré siempre, porque sé que tendré vuestro apoyo; si no es así, me buscaré la vida para hacerlo, porque quiero ser feliz y pienso conseguirlo.

Punto de inflexión en el cual sus padres se dieron cuenta del hombre que ya era, siendo nada más que un adolescente; jamás lo abandonaron. Queda una última raza de incorregibles, ¿la de Porfidio?; en efecto, porque aspirar a empujador profesional conduce

a la ansiedad con alucinaciones y ansiolíticos de alta alcurnia. Esta carrera no se ha creado aún, así que optó como pasatiempo por la Filología Hispánica, encaminándose a aspirante a opositor. Sus amigos de vida plana terminaban sus licenciaturas, pero él les sacaba ventaja acabando antes de tiempo, lo que lo dejaría más zumbado: cosas de leer demasiado. Como no tenía nada que hacer salvo colgar un título para ennoblecer la habitación, se puso ayudar a San Pingralio en el negocio, dejando a todo el cuerpo comercial boquiabierto con su desparpajo; clientes y proveedores del padre se afanaban medio en broma medio en serio por ficharlo, pero el hombre les persuadía para que estuvieran quietos, si querían conservar sus vidas ordenadas. Porfi ganó durante un tiempo unos dineros que le venían de perlas para salir con sus compadres, medio guiados a resolver su futuro; Juan Carlos fue enchufado en un despacho, especializándose en todo lo que le daban para ver suciedad a más no poder, y Anselmo pasando facturas sin creatividad alguna. Se les veía más desahogados económicamente y tensos psicológicamente; Joselito se marchó a la capital del país, y sus tres amigos le hicieron una fiesta de homenaje, despidiéndole en el andén borrachos como cubas, pero a lágrima viva. Joselito y su Floriano se alejaban de la estación prometiendo volver en navidad; sus amiguetes aliviaron la pena vomitando en sus casas. Esto fue un domingo por la mañana bien temprano; el fin de semana siguiente tenían concierto, y estaban nerviosos porque era la primera vez que veían música en directo en el estadio de fútbol de la ciudad, cuyo equipo jugaba en cuarta comarcal; unos portentos que vivían gracias a las subvenciones de Carmela y su ayuntamiento. El grupo les daba igual porque lo importante era ver a tantas chicas juntas tarareando las canciones de una banda de pijoteros adinerados. Tuvieron que llevar mucho cuidado con Porfidio, al estar sitiados por tantas hormonas, y lo escoltaban dirigiéndolo por aquí y por allá para luego nada. Más de dos horas de tedio sin ligar, pensando los tres en otra noche tocando la zambomba: hay que honrar al nombre de su ciudad. De vuelta a sus castillos les salió de sopetón por una esquina un cadáver andante con una navaja:

—¡La pasta que os rajo!

La jumera se les fue de golpe, y Juan Carlos lo identificó al instante:

—¡Silvio, somos nosotros, Porfidio, Anselmo y yo!

—¡Que me deis la pasta! —acercando el cuchillo a Anselmo.

Porfidio empujó al saco de huesos:

—¡No nos das miedo Silvio!, ¿estás loco tío?

Entonces el despojo con piernas se puso a llorar pidiendo perdón y socorro:

—¡Estoy muy mal, necesito un chute ya! —derrumbándose ante ellos.

Con ropa recién sacada de un basurero o eso parecía, la mirada la tenía tan hundida que apenas se veían sus ojos. Un posible hombre guapísimo, transformado en un montón de huesos con sus órganos pidiendo el fin del partido, la piel amoratada y las venas de sus brazos bombardeadas a picaduras de jeringuilla. El pelo era tan grasiento que apestaba, con unas zapatillas deportivas a juego repletas de mugre y sin cordones. Las manos temblando y la sien sin dejar de esquivar sudor. Estaba en el pico de su síndrome, al estar horas sin un pico:

—¿Qué quieres? —preguntó Anselmo con la mirada valiente.

—Que me deis la pasta que tengáis tíos y me acompañéis.

Lo siguieron a un portal conocido por el esqueleto andante que daba buen caballo. En la puerta había un yonqui que hacía de vigilante por si se acercaba alguien no conocido; Silvio le dio una orden antes de subir:

—Que nadie los toque; bajo enseguida.

—Vosotros aquí conmigo y no os rajarán —les ordenó el drogata.

Los tres no tenían ni idea de la existencia de este inframundo, donde Doña Calamidad es la alcaldesa, y sobreviven una manada de muertos vivientes sin familias que les solucionen la papeleta; vidas ya hechas polvo por la papelina de polvo. Silvio bajó enseguida, dio una palmada a su colega de chutes y un regalo extra. Se largaron de la zona de guerra cagando leches, y cagados de miedo todos menos el cliente nocturno. El bloque de pisos del cual se alejaban era una maldición a la que no se acercaba ni un barrendero, con hogueras encendidas cada noche y esquinas salpicadas de papel de aluminio, jeringas compartidas y sangre pudriéndose. Era el único espacio de la ciudad que avergonzaba a los suyos, no sabiendo el alcalde cómo solucionarlo, aunque las familias sí: matar a los que metieron esa droga como aviso para el resto. En Gallarda, ni se os ocurra. Fueron a refugiarse a unos árboles que les eran bastante familiares; una hilera de pinos ya mayores que hay antes de entrar al que fuera su colegio, les hizo de cobijo para que Silvio preparara su dosis:

—No quiero que me veáis, así que de espaldas.

Confiaron en él hasta que oyeron a la piltrafa caer con la jeringa a su lado. La cara de Silvio era un poema al alivio, con su mirada cayendo al sueño eterno. Sus antiguos amigos lo miraban sin abrir la boca, y él les sonreía por estar casi vivo una noche más. No se atrevieron a preguntarle cómo llegó a esa situación, y él tampoco se lo iba a contar. Un rato largo y lentísimo pasó, cuando el pobre Silvio recuperó

un poco el ánimo y mucho el hambre. Se despidió de ellos sin darles las gracias:

—¡Hasta luego, cuidaos mucho, y pedidle perdón a Joselito! —sin apenas fuerzas.

Compañeros inseparables, volvieron a sus camas derrumbados sin mirarse ni hablar. Tardaron una eternidad en llegar, estando a no más de diez minutos de distancia a buen ritmo, y estos iban como balas pero percibían el paso del tiempo con mucha pesadez. Los tres tenían una misma pregunta en sus cabezas: ¿quién le había llevado a ser un heroinómano?. No supieron nada desde su marcha del edificio hasta esa noche. Quien sí temió esta desgracia innombrable fue Fligida, al cruzarse con su madre un año antes en el mercado. La mamá de Silvio había envejecido a la velocidad de la luz; se movía sin gracia por los puestos buscando lo peor de lo peor al mejor precio. Cuando se vieron, Silvia se emocionó al instante porque sentía un verdadero aprecio por la madre de Porfidio y su marido. De ser la dama más deseada de su pueblo por estilosa y sonriente, a quedarse en la reina de los harapos y las ojeras; una caricatura de lo que fue:

—¡Fligida, virgen del amor, qué sorpresa!

—¡Silvia, cuánto tiempo!, ¿cómo estáis?

Le contó el motivo de su caída libre. El único hijo que tenía yéndose de sus manos por heredar el carácter de su cuñado, que murió apuñalado en la puerta de un bar debido a un asunto de faldas. Incluyendo robo de dinero y joyas antiquísimas de una abuela de Silvia, Silvio se lo comió todo para droga, sin tener la culpa de ser un calco de su tío Tomás, un rencoroso buscador de líos que terminó en la acera con el hígado agujereado. Esto llevaba a Silvia a ser un fantasma ambulante por el mercado, sin ganas de respirar. Fligida le dio dinero para una compra de dos semanas y armada de valentía, su número de teléfono:

—¡Hablamos pronto Fligida, y gracias mujer!

—¡Claro que sí Silvia, llámame!

Fligida no dijo nada a nadie, ¿excepto a su marido?; demasiado impactada se había quedado como para compartirlo, y eso que Pingralio sabe casi todo de ella menos del novio que tuvo antes de casarse con él. El encuentro con Silvio les provocó un par de días de insomnio al trío de ases, mirando hacia arriba y dando vueltas a las sábanas. Silvio en cambio, durmió como un bendito tras la dosis que se metió. Una señora vestida de negro acariciaba el pelo mugriento del joven, que no la sentía lo más mínimo mientras ella le hablaba:

—Pagas tu desprecio a los demás con el desastre en tus venas, y deseas que te lleve conmigo mi niño, donde no hay luz en la tierra y la oscuridad te asfixia con su poder. Duerme ahora, levántate mañana, que cuando yo lo diga te tumbarás para siempre, dejando a los tuyos tan dolidos que querrán que les visite pronto. Porque no cambias mi niño, y no te culpo por ello; daño hiciste sin querer, dolor recibirás sin merecer.

Al cabo de unos días, la experiencia vivida por los tres mimados se extendió como la pólvora al contárselo a sus padres, que no se extrañaron. Y casi a los tres meses, una llamada a casa de Porfidio hizo que el vecindario fuera un desfile de dramas de camino a la tumba, con Silvia descargando su pena sin control:

—¡Mi hijo de mi alma, me lo han matado! —mirando al cielo que la ha traicionado.

Vino Joselito desde la capital sin su novio, oyendo cómo nadie murmuraba; el chirriar de las suelas de los zapatos con la grava hacían de este desfile una desgracia monumental. Fligida y la madre de Joselito sujetaban a una mujer tan rota de pena, que tenía que pillar trozos de aire para desatar su rabia, e insultar a su mala suerte:

—¿Por qué me ha tocado a mí?, ¿qué he hecho yo?

Hubo gente que imaginó este colapso con un final muy diferente. Diego Miguel mudo viendo la tragedia tan cerca y dolorosa, al fijarse en Silvia que lloraba, sin descanso ni fuerzas para volver al coche de un vecino, sentarse y seguir soltando pena. No había ni habrá más rotura de corazones que esa tarde, con una madre arañando el ataúd y suplicando a los sepultureros que no lo bajaran. El palo de llevar a un vecino con una vida por delante al otro mundo, dio con Porfidio traumatizado perdiéndose en el camino de vuelta a los coches; Blanca lo vio al momento y fue corriendo para recogerlo, con Fligida y Pingralio pasmados pensando que a su hijo iba a darle algo, pero fue fuerte para volver con sus amigos al aparcamiento. Silvio descansaba a las siete de la tarde en el cementerio municipal, con tumba y misa pagada por los padres de los que fueron unos cursos sus amistades verdaderas, vecinos y madres que esa noche no cenaron. Fue necesario algo más que un día, para que la realidad volviera a sus vidas, excepto a la de los padres de estos chicos, ya que tenían que estar al pie del cañón quisieran o no. El luto les duraría mucho, para pasar a recuerdo homenajear al joven, siendo ellos mismos. Porfidio como abanderado de los descerebrados de vuelta a su obsesión por la tecnología y las películas porno. En una de las suyas reunió a sus hermanos para meterse en un videoclub y echar un vistazo a la sección de cine para adultos; Valentoso bautizó a este género tan insigne como Cine de Pelo, metiéndose con los otros dos en una sala aparte mirando al suelo. Al entrar en el antro daban vueltas, mirando las estanterías atestadas de películas con títulos de

lo más creativo: “No nos gusta estudiar”, “El ejército clitoral”, o “El rey prepucio, un monarca muy sucio”. En una esquina se encontraba la sección radical encontrando largometrajes más sugerentes: “Me mojo toda”, “Butaneros armados”, “Cuernos africanos”, o “Damas adúlteras para vergas sin úlceras”. Temían Anselmo y Juan Carlos el ataque de ansiedad porfidiana, pero no; estaba sumido en un trance sublime, con la esperanza de poder montar un negocio de alcance internacional dentro de esta industria, que ya movía cifras impensables al otro lado del atlántico. Su sueño se amasaba en un cabezón díscolo y creador de sensaciones. De vuelta a la madre tierra avisó a sus amigos:

—¡Tengo la clave para hacernos ricos!

Salieron a paso de chicos con prisa para no ser reconocidos y encerrados en un calabozo por pervertidos; ya en la calle, anduvieron más tranquilos con Porfidio meditando su negocio multinacional.

Capítulo cinco. El visionario virtual.

Se hizo de noche y Porfidio no soltaba prenda; tenía que madurar y escribir la idea. Cada uno en su casita, con Dios en la de todos menos en la del pensador hacia su andadura empresarial. En un sueño profundo, la compañía iba a tener por nombre Gestión Semidecente Sociedad limitada (debiendo ser realmente Hombres Indecentes Suciedad Ilimitada), dedicada a la promoción del Cine de Pelo, con un festival internacional patrocinado por la Concejalía de Asuntos Inclasificables, con Carmela de Directora Emérita, y Porfidio de Presidente. Este certamen traería a lo más granado de la ciudad y el país, cuyos premios a los mejores largometrajes velludos serían llamados Pelóscar, según categorías; el premio de más renombre sería para el mejor guión, compuesto por escritores de prestigio en el jurado. Si se quiere más, se publicaría una revista de sociedad y nombre comercial Pelhola, relatando a la vez que fotografiando con todo lujo de detalles, los avatares amorosos de actrices, actores, productores y directores del cine guarro. El cargo de Juan Carlos dentro de este monstruo sería Director de Fichajes, poniendo a Anselmo de encargado de la contratación y las Relaciones Escrotales y Públicas. Ni el mismo Joselito sería tan creativo como ellos, siendo el rechazo de esta aventura algo de locos para Porfi, y una lógica más que evidente para el resto del planeta. La deriva de la sociedad gallardiana pasaba a ser de chalados. El bienestar quitaba humildad y educación dentro de sus pilares fundamentales, poniendo al dinero como fuente de estrés e impregnando todos los estamentos. El alcalde unido a sus delirios de grandeza, le hacían cometer barbaridades con el urbanismo de la ciudad. Comisiones cobradas por sociedades fantasma para los fanticos como él y su recadero, se celebraban en el por entonces mejor restaurante de la ciudad, con sus señoras compitiendo en vestidos de alta costura, asumiendo el papel de cornudas consentidas, en deshonor a la avaricia de un dinero ganado a lo mugriento. Sus hijos junto a los posibles de sus amantes en los colegios más caros, teniendo como amigos a unos lameculos que les reían las gracias en sus noches de juerga, cada vez que mencionaban con desprecio de sus paisanos, como sus padres en sus cenas:

—Antonio, ¿te acuerdas de la primera reunión?

—Cómo no acordarme Juan Pablo; es que no me lo creo; y los nuestros tragando sin enterarse.

—Ya te lo dije; dales ocio y todo irá cojonudamente bien. ¿Alguien se resiste a pagarnos?

—De momento no: bueno, un tal Agustín Cabrera va diciendo por ahí que somos una panda de ladrones, que no tenemos perdón.

—Pues a ese ni un metro de terreno, ¿de acuerdo?

—Así será Señor Alcalde, ¡brindemos!

Haciendo negocios turbios con el suelo de la ciudad, sin consultar al verdadero dueño. Agustín era un hombre nada alto, de bigote corto y denso que había mamado la pura miseria al morir su padre joven, de trabajar la tierra en demasía. Sufrió tanto de crío y mozo, que endureció su corazón cuando hablaba de negocios y familia; sus hermanos se aprovecharon de él, dejándolo con lo puesto al descapitalizar la primera constructora que tenían; remontó gracias a un vecino que le prestó dinero para su primera cooperativa de viviendas, y siempre animó a sus hijas a no fiarse de absolutamente nadie; hasta ni una de la otra:

-Hijas, la familia buena en la distancia, y la mala en el olvido. Vivid vuestra vida y pagad como os paguen; prefiero que os respetéis a que os queráis.

Ya no se amedrentaba ante nadie, jurándose pisar los cuellos que hicieran falta para que no faltase de nada en su casa, ni a las chicas ni a su mujer Mari Fe. Quería más a su vecino que a sus hermanos, devolviendo el favor con la cantidad prestada pero por dos. Una noche le contó a su esposa lo que le había ocurrido con el ayuntamiento por orden del señorito del cortijo:

—Ya sabes lo que hacer; mándalos al infierno.

—Tiempo al tiempo; torres más grandes han caído —respondió Agustín.

Mientras las hijas de Agustín se criaban en el respeto, los del alcalde crecían con arrogancia, lo que les haría odiarse. La concejala Carmela con su felicidad porrera, persuadía a Juan Pablo para cambiar el nombre a una plaza de la ciudad por el de Plaza del Faló:

—¡Es muy poético, precioso!, ¿qué te parece?

Juan Pablo firmaba otra vez, sin remilgos ni debates. Los que sí se querían y querían hasta el fin de los tiempos eran los protagonistas del bloque. Se acercaba un momento importante en sus vidas, y no era otro que casi todos los mozos estuvieran con coche propio salvo Porfidio, que estrelló una carraca de segunda mano al fijarse mientras conducía en una mujer con minifalda roja; para que se le fuera el disgusto, Anselmo y Juan Carlos lo paseaban en los suyos de punta a punta de la ciudad. Gallarda era invadida por franquicias de ropa y comida rápida que se convertían en lugar de encuentro para generaciones más mimadas que la porfidiana. El día de su casi treinta cumpleaños, Fligida y Pingralio lo llevaron a un barrio nuevo en el norte de la ciudad, con unas llaves que relucían. Era su piso, su

cueva, su búnker, su refugio de pasión y ardor. La madre loca de contenta con la amplitud de la casa, y el padre efusivo como nunca porque su hijo tenía una propiedad, pero no un trabajo acorde con su potencia mental. La televisión y el sofá de tres plazas con la cama a juego se la compraron sus cuatro almas gemelas; fue idea de Blanca:

—¡Esto es un sueño hecho realidad, la emoción me embarga!

—Aprovéchalo hijo —respondía orgulloso el genial Pingralio.

—¡Seguro que lo hará! —pensaron los que no estaban.

Y todo con la dictadura tecnológica que no los tenía conectados sino esclavizados. Los padres de Anselmo y Juan Carlos con sus hijos encarrilados, mientras lo comentaban en cenas donde el vacío reinaba. Diego Miguel se entusiasmaba de ver a todos sus “hijos” crecer, emancipándose sin perder el contacto:

—Nos han salido buenos. Mi niña está muy contenta, y yo más de verlos a todos bien.

—El que nos va a sorprender es vuestro Joselito —decía Fligida a sus padres.

—Es el mejor de todos, de verdad —palabra de Anselma, dando un bocado al pescado en salsa verde.

Se quedaban sin palabras con el nuevo piso Valentoso, preguntando a Pingralio cómo lo había encontrado:

—Fue por un cliente mío que me dijo que fuera a ese barrio y mirara los edificios que había. Él conoce al constructor, un tal Agustín; parece que lo hace muy bien y los precios son muy buenos. Me han dicho que es el menos malo.

Retrató la única honradez que había en ese negocio, apelando a la verdad de las zonas nuevas que se estaban creando, tanto al sur como al norte. Lo que más gustaba a Porfidio de su piso eran los dos cuartos de baño, sus templos de la higiene y la descarga. Le faltaba una faena que encaje con sus expectativas de seductor gallardiano. Anselmo y Juan Carlos se desternillaban de su muelle flojo bien conocido en los bares de su anterior barrio, con los camareros y dueños de los locales riendo cada vez que lo veían entrar a toda pastilla:

—Perdonen pero necesito dejar unos efectos personales —pajizo desabrochándose el pantalón.

El teléfono móvil era ya la droga más consumida por los habitantes de esta y otras muchas ciudades de la grandiosa nación; Blanca asesoró

muy bien en su uso responsable a los responsables del grupo de wasap que habían creado. Se reían de los apretones porfidianos y se acordaban un montón de su Joselito; la emoción llegó cuando una tarde saltó la noticia en los canales principales de televisión y las más importantes emisoras de radio:

—El modisto José Arzuaga lanza su primera colección con tal aceptación, que ya tiene el compromiso de mostrarla en París y Milán; Londres y Nueva York lo confirmarán en los próximos días.

Los teléfonos hirviendo, con un padre y una madre que no daban crédito ni abasto a recibir tantas felicitaciones de todo el vecindario. Porfidio lo auguró en una de las salidas nocturnas, con Joselito ya en la capital:

—Es imperial, y un imperio creará.

Con un valor a prueba de humillaciones, triunfó comportándose como un hombre vestido de una sensibilidad enorme. Su valentía fue todavía mayor cuando siendo entrevistado mencionó a sus padres, su ciudad y sus amigos. Porfidio con una cascada de lágrimas ya en la nuez, sentenciaba el cariño que tenía a su amigo de la niñez:

—¡Ay mi Joselito, eres excelso!

Blanca daba golpes de alegría a la mesa, con su ya marido asustado al no haberla visto así de feliz, y Anselmo y Juan Carlos saltaban gritando como si hubieran visto a Dios o se hubiera declarado el fin de la hambruna mundial. Ni por sus cabezas llegaron a pensar una vez recibido el mensaje de este genio de la costura, el significado de dos simples palabras: ser feliz. El secreto de este logro yacía en unas cualidades claras: sencillez, humildad y valor, el andamiaje idóneo para triunfar en la vida. No pudo llevar el odio a cuestras desde que nació pero sí era un creyente en la justicia divina, lo que le hizo arrepentirse por haber deseado un día nada más, el mal para su desaparecido Silvio. Se lo confesaba a Floriano con pena:

—Yo no quería eso para él; es culpa mía.

—No te castigues porque no eres culpable de lo que le pasó; ni él tampoco tuvo la culpa; a lo mejor fue su genética, José.

Su pareja se convertía en un sol que jamás se apagaba. Incluso enfermo le hacía el café cada mañana para preguntarle cómo le había ido el día anterior. Aceptó los peores trabajos habidos y por haber, creyendo con fidelidad en su José, limpiando váteres de hoteles fines de semana, además de coches de ricos que lo insultaban al verlo sacar brillo a sus máquinas de lunes a viernes:

—¿Has visto cómo limpia el marica?, ¡qué bien lo hace!

José se lo pagaba durmiendo poco y diciéndole te quiero mucho al cerrar la puerta del cuchitril que pudieron alquilar. El sufrimiento les llevó a lo que tenía que llevarles, la cima de la verdad creando un emporio internacional. Floriano aconsejaba a José, y José recogía el guante creando diseños nunca vistos en los últimos treinta años. Pensaba Joselito en sus amigos desde quinientos kilómetros, especialmente preocupado por la soltería del loco de Gallarda:

—Porfi, me gustaría verte con una buena chica; estarías más tranquilo.

Porfidio quería amar a ratos, por un exceso de películas de pelo que veía en el ordenador portátil, comprado por Pingralio el Beato para que supuestamente le ayudara a encontrar una ocupación. El correo electrónico era una maravilla aumentativa de la cartera de clientes y las colas a los centros de salud, con gente extrañada de sufrir de agotamiento y falta de aire en el pecho; la ansiedad y otras enfermedades de cabezas con prisas se ponían de actualidad, entronando a Porfidio como soñador del globo. Otra especie de soñadores trabajaba aún menos. El alcalde pegado al poder destituyó a Carmela, sin poder evitar que la fumadora de lo que no son cigarros, pasara el testigo a su sobrina Carmelita, que fue sin buscarlo el arma perfecta para destronar a Juan Pablo y su camarilla de buitres, con la inestimable ayuda de la grabadora de Agustín. Carmelita paseaba por los despachos recogiendo informes cuando vio que el del pirata estaba entreabierto. Entró y se puso a fisgonear, hasta que encontró en el último cajón sin llave de su escritorio unos papeles donde figuraban las comisiones con nombres, apellidos y cifras exactas; tan curiosa y acertada fue que se los llevó para sacar copias, cantando por el pasillo principal del consistorio:

—¡Soy la reina de los justos!

Ya de noche, Carmelita llamó a su tía para informar de la hazaña. Ambas odiaban la codicia política, creída en un pedestal sin poder ser ni mirada. Juan Pablo descuidaba su auténtica fortuna, su familia, con un hijo en un centro de desintoxicación que le costaba más de un año de robo a la ciudad. Quería todavía más a Carmelita fuera del comedero. En un alarde de chulería, colocó de secretaria personal a la hija del conocido de un amigo, una joven idealista que se enamoró de su jefe. Esta chica fue uno de los detonantes del mazo de un magistrado. Juan Pablo la dejó embarazada a los ocho meses de estar trabajando; ella aceptó dinero a cambio de silencio para luego dar marcha atrás y contárselo a su antecesora en el cargo; las dos fueron a un juzgado con lo recogido en el cajón del aún alcalde, destapando el primer gran caso de porquería. Agustín aportó las conversaciones grabadas con el descuidado escudero, y el asunto empezó a desembocar en la renuncia y ruina de los dos, que encima tuvieron la jeta de no admitir sus delitos públicamente.

—¡Todo lo que se está sacando es una vil campaña contra mi persona!, ¡es totalmente falso!; seguiré trabajando honradamente por mi ciudad como he hecho desde que tomé posesión de la alcaldía.

Mandaron a alguien a comprar al juez, siendo la peor ocurrencia de toda su carrera política; le embargaron las cuentas, su mujer lo abandonó y huyó de la ciudad para refugiarse en casa de unos tíos suyos con el hijo que le quedó, porque el otro fallecía en un accidente de coche a más de doscientos kilómetros hora de infarto; a esa velocidad, los milagros están de baja. El camposanto recibió a un hombre solo despidiendo a un hijo que no verá al día siguiente. Le quedó lo justo para pagarse un estudio sin aire acondicionado ni calefacción. Carmelita pasó por méritos a ser la alcaldesa en funciones, con todo listo para el disloque colectivo. La paz, el amor y la limpieza de espíritu eran su ideología, aunque de eso no se coma. Incentivando la cultura y el cariño por el ciudadano mediante un contacto permanente con su tita Carmela, inundó la ciudad con festivales y eventos relacionados con el conocimiento, habiendo heredado la peculiar costumbre de cambiar nombres. La Agencia Municipal Tributaria pasaba a ser Delegación de Atracadores Oficiales, y la Oficina de Empleo Local se bautizó como Agencia de Asuntos Milagrosos. El resto de concejalías quedaron como estaban, porque la Gran Carmela se quedó sin hierba que fumar; la creatividad de la señora entraba por decreto y ovarios, tras una noche en casa viendo dragones vestidos de cabareteras. Porfidio admiraba su recién estrenado barrio, a la vez que pensaba acerca de las nuevas posibilidades, con comercios tradicionales a su disposición, que pisaba poco por obra y gracia de los tápers de Fligida, una de tantas esclavas que valoran demasiado a sus hijos. Envejecía muy lentamente y con honor esta mujer junto a su marido, al conservar una lucidez de elogio. Eran personas de hábitos muy cuidadosos, con sus siestas de tres cuartos de hora en el sofá después de haber comido con salud: eso no puede sentar mal. Se convertían en un ejemplo de corrección al no salirse de la línea recta ni por necesidad. Los cuatro amigos animaban a Porfidio a que no desfalleciera si quería encontrar amor del bueno. Porfi disfrutaba de la soledad porque se encontraba a solas con la libertad, confesando sus sueños a sus fieles, especialmente a Joselito:

—Mi querido amado mariscal de los hilos; anoche creí estar en el cielo de los ecuanímes, cuando salía en uno de tus desfiles enseñando mi portentosa figura, con un tanga de félido gallardiano, siendo agobiado por un público que anhelaba sobarme ante un delirio generalizado. Por aclamación popular me sentía tan abrumado, que decidía esconderme tras las cortinas que nos abrigan de la lujuria, no sin antes decirte que firmaré ese contrato de modelo publicitario para el regocijo de mis padres, que tanto te adoran. Sé que me rescatarás de esta cochambre sentimental, para gozo de tu insobornable conciencia. Seré feliz y fornicaré al fin. Te quiere mucho, tu Porfi.

La respuesta del grupo no se hizo esperar:

—Porfidio, búscate un curro ya que estás muy muy mal.

—Ahora me encuentro bajo los efectos de la búsqueda de mi infraser.

—Como hagas venir a Joselito te vas a enterar —Blanca un tanto negra con él.

Su diarrea mental iba a más, despilfarrando el tiempo en los chats de internet a la caza de una dama para amar fugaz y repetidamente. Los apodos que veía en la competencia lo ponían más en guardia: Rabocop, Motopico, Apuesto30, Elmejordetodos, y suma y sigue. Sus nervios y ojeras se hacían palmarios, yendo de fresco y viril a Don Juan Estéril de Megas, dejando diariamente el ordenador a puntito de explotar. Tomó la adulta decisión de visitar a su médico de cabecera por imperativo de su puerta trasera y su traicionero cerebro, huérfano de paz. Todo con un clic era posible, y la Doctora Velasco Hernández deseosa de atenderle hasta que se lo encontrara de frente. Al despertar la mañana, se sentaba en su consulta un ser vivo con la cabeza muy gorda poniendo la mirada en Saturno:

—Buenos días, señor...¿ventoso?.

—No me tiene doctora, no me tiene...que últimamente hago de vientre con pasión y no conviene embarrarlo todo. Me duele la tripa, y todo por querer pasarlo con las damas un poco pipa.

No hizo falta más narración; aspirante a psiquiátrico con una fácil solución; le recetó ansiolíticos para todo un año; Porfi se lo agradeció rematando la faena ante una mujer con hermosa melena marrón y de sensualidad extrema:

—Es usted una profesional tan grande, que me declaro lacayo de mi glande.

—Hágame caso; tómese lo que le he puesto y no vuelva; necesita reposo y menos pantallas, ¡siguiente por favor!

Salió Porfi auto-declarándose rey del chat profesional, con el merecimiento de no pagar por la medicación. Atendido por una joven en prácticas le entregó su droga en un santiamén, deseando echarlo. Lo veía con cara de desnudarle con la mirada, e iba acertada la muchacha. Gracias al cielo Porfidio tenía más gestiones que hacer, dejándola sin parar de quejarse por tanto lunático. Cambió de faena por Porfi y otros cincuenta y tantos clientes del nuevo barrio. Susana la boticaria se quedaba en el almacén haciendo pedidos salvo cuando se necesitaba ayuda en el mostrador, saliendo más seria que un lector de testamentos; Santa Susana:

—¿Tanto estudio para esto? —se preguntaba al salir una noche de su trabajo.

Porfidio pasaba de la farmacia al supermercado, que deleita a señoras que lo ven junto al mercadillo, el sitio perfecto para soltar sus pesadumbres y socializar con las amigas, limpiando entre ellas sus conciencias. Entra para comprar papel higiénico; se fija en una cajera con gafas que está atendiendo a una anciana quejica:

—Pues nena, en el otro sitio lo tienen más barato; ¿es que no hacéis rebajas aquí?

—Aquí no señora; rebajas en la ropa; tome su cambio, ¡gracias!

Porfidio se detuvo en el atuendo de la chavala, colocada ahí por no haber aprovechado sus oportunidades; la madre no paró de pedirle que estudiara si no quería verse hecha una marioneta de cualquiera; fue en un colegio cercano al de Porfidio, dejando los estudios demasiado pronto porque le pudo más empezar a ganar un dinero que realmente era limosna; y ahora se ve entregada al cuidado de ancianos con un mal humor constante: por no escuchar. Una joven con su futuro hecho puré iba puesta con toda serie de artilugios en la cintura, lo que llamó la atención del rey del trastorno:

—Parece que los integrantes del Comando de Operaciones Anfibias tienen que pluriemplearse para llegar a fin de mes.

Atrapando ya su paquete de papel escucha por megafonía:

—¡Atención clientes, tenemos el pollo culturista en oferta, no se lo pierdan!

A Porfi no le gusta el sitio acordándose de ir a la tienda de siempre, cogido de la mano de su madre, teniendo los dos un trato más cercano. Llegó a la caja para pagar y despedirse de la tragadora de rollos interminables:

—Gracias y adiós señorita Rambo.

Llegó a su pisazo para chatear, a ver si el flirteo le daba un poco más de suerte; disparó sin rececho previo al dar con una candidata:

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Porfidio.

—¿Y qué buscas?

—Entrelazar nuestros cuerpos.

—¡Gilipollas, tú estás mal!

Una, dos, cinco, veinte...y sin remedio. Llamó a Blanca para pedirle consejo; estaba metida en cuerpo y alma en un doctorado, permitiendo ser interrumpida por su pareja, sus padres y sus chicos. Blanca le explicó las cosas como son en realidad, es decir, que tiene que estar tranquilo y dar confianza al personal, sin decirles directamente que quiere roce, y terminó la charla con algo importante:

—Y no te olvides de encontrar trabajo; en el triste mundo en el que vivimos, si no hay cartera no hay diversión, ¿lo pillas?

Porfidio se propuso hacer caso a los mandamientos de Blanca, cerrando una cita con la oficina de empleo para reclamar una paga de seductor célebre: esa profesión no existe. La primera noche con la pastilla para los nervios le supo a gloria, despertándose sin ganas de comer, pero hizo el ánimo:

—Un rey del chat debe nutrirse para poder seducir.

Le faltaba pan recién hecho. Con pantalones de gerente y camisa de banquero prejubilado se cruzó con su vecina del ático, Pepi la sufridora con su mapache bipolar y algo más, viniendo de la consulta del veterinario. Pepi es una luchadora que ojea su horóscopo más de dos veces al día; vidente quiso ser. Traía a su Coco del Doctor Alfredo Sanz de la Selva; Porfidio la vio tan triste que intentó animarla:

—Buenos días Pepi, ¿qué te ocurre que te veo alicaída?

—¡Ay vecino, mi coco que no está bien, me lo ha dicho el veterinario!

—Mujer no te preocupes que mejorará.

—¡Ay no vecino, no tiene solución la cosa!

Porfi salió del ascensor escuchando a su vecina decir al pobre animal: vamos cariño, a casa. La mascota es un híbrido de rata almizclera y ornitorrinco depresivo, con unas patas insignificantes y barriga de parado cervecero. Apenas se mueve, pero comer sí que lo hace y a cualquier hora, por lo que pasear con él se torna tortuoso; Pepita es una santurrona por narices sin ser amada apasionadamente; el mapache pasa de ella salvo cuando le llenan su recipiente de lechuga marca El Genio, para mapaches y otros seres muy listos. Todo lo contrario en el caso de Coco, con un diagnóstico cruel del Doctor Sanz, el más caro de la ciudad:

—Señora, a ver si lo entiende; su mascota no tiene depresión; es retrasado, o lo que es lo mismo, lo parieron gilipuertas y así se quedará hasta que muera o me lo traiga usted y lo entregue al asilo

de animales esquizofrénicos para que jueguen con él al bádminton, y siento decírselo así, pero es lo que hay. Pepi había apoquinado un capital con radiografías, analíticas y medicamentos, acudiendo a un médico cansado de intentar dar solución al desheredado. Lo mejor que le pudo pasar al animal fue su fallecimiento en un ataque de arrogancia, al tirarse desde el balcón soñando ser un águila real. Se montó un jaleo sonado, con ambulancia para Pepita del telele que le dio, y la brigada de limpieza del barrio quitando papilla de Coco. Pero tanto sufrir tiene su recompensa, al regalarle su sobrino una semana después un perrito muy jovial: su Coquito. Resultó ser el can un perverso de la raza lame...lo que mucha gente piensa, salvando a Pepi mientras viviera. La mañana que se despedía de Pepita, Porfidio iba a la panadería que hay en un barrio viejo pegado al suyo. Una carretera estrecha a unos metros de su portal a mano izquierda le llevaba a la Vía Erecta (bautizada por Carmela), ilustre calle de obreros sudorosos de antaño, que ahora pasean sus bastones y andadores con gracia. El maestro panadero lleva su horno al dedillo ayudado por su hija Antonia de treinta y nueve lozanos años, adornados por una piel aceitunada que juega muy bien con sus ojos y pelo color miel. Salen los clientes de siempre con sus miembros medio erguidos sin dar para más. Porfidio tiene la libido por los suelos hasta que entra por la puerta y la ve:

—Buenos días guapo, ¿que te pongo?

—Para guapa usted, dicho con sinceridad. Una barra de pan; por cierto, ¿su nombre por favor?

—Antonia, cariño.

—Pues hoy estás preciosa, Antonia; me llamo Porfidio, para lo que desees.

—¡Ay, no me digas esas cosas que me pongo loca!

Un vestido azul marino insinuaba sus caderas de mujerona al frente del negocio; su mandíbula redonda y finísima con una sonrisa erótica desencadenaron los nervios porfidianos, con su tripa de fiesta. Despedida rápida:

—Gracias Antonia, ¿te veré mañana?

—Si vienes, sí; eres todo un caballero; mañana nos vemos.

—Seguro; adiós guapísima.

Salía de la panadería con el culillo tembloroso, traduciendo la conversación en tórrida pasión, con Antonia embadurnada en harina y la máquina de amasar pasada de rosca. Fue una escena bien corta debido a su colon gamberro, y la prisa en aumento con sus nalgas

peleando por sacar el bombazo. Ya andaba en la calle estrecha que da a la avenida donde tiene su piso, cuando ve algo que lo trastoca más. Un perro en medio de la calle con un apretón de campeonato y cara de avergonzado mirando al infinito, como todos los perros que defecan en público, mientras un minino callejero le observaba riendo:

—Anda cochino, descarga bien que no tienes civismo.

El perro mirando a la nada y el gato acercándose desafiante para mofarse del animal:

—Así te pillara un coche, desgraciado —meditaba el perro.

Porfidio estaba a unos metros de ellos a ritmo de marchador viendo el coche venir; el perro y el gato, no. Felisa, la dueña de su chucho con amago de infarto y braga al aire, como si hubieran matado a toda su familia. La dueña gritaba al ver a los dos con Dios, o dios sabe con quién, Porfidio huyendo de la escena, y la única funeraria para mascotas de la ciudad, la insigne Pompas para Caninos y Felinos, entierros finos finos, haciendo caja una vez más esa semana. Por cierto, es propiedad de unos primos de Carmela, porreros y enterradores de fauna diversa: buenas piezas. Valentoso llegó a tiempo y sin mancha en su historial. Tras esa urgencia que le hizo sudar más de la cuenta, el desayuno de pan crujiente y chorizo le supo a manjar de varias estrellas. Ya saciado manda un mensaje a Juan Carlos, diciendo que tiene a la panadera en el bote. Antonia trata con el mismo cariño a todos sus clientes, apodando pimpollos a momias de noventa y tantos, e indeseable a un cliente sordo de más de ochenta que siempre le deja a deber algún céntimo. Juan Carlos no hace caso de Porfidio, pero Porfi se envalentona y mira su horóscopo virtual; el cibervisionario arranca:

—Horóscopo para Porfidio (su signo, pero cree que es únicamente para él). Su carisma dejará huella allí donde socialice. Posibles conquistas de naturaleza fogosa para solteras y solteros que no podrán rechazar, llegando al punto de tener que elegir, algo raro en este signo que es por naturaleza de pasiones duraderas. Es un mes muy activo, por lo que tendrá que cuidarse con una alimentación adecuada. En el ámbito laboral, altas probabilidades de promoción e incluso suerte con los juegos de azar, dándole ingresos extra, como también por otras vías de financiación inesperada. Es un mes muy interesante y fructífero en muchos terrenos, con oportunidades que podrían afianzar una prosperidad inusitada; sus números de la suerte son...recordar aprovechen toda la energía que este mes les brinda —relataba el “vidente”.

Mejor no va a darse (reflexiona). Estás en tu mejor momento, y los magos saben lo que dicen.

Capítulo seis. El ideólogo mandarín.

El ordenador procesa información sin descanso durmiendo poco, a las órdenes del internauta que mira fotos como un analista del Mossad. No esperaba visita cuando suena el interfono; es su mamá pidiendo que baje. El hijo ve a sus dioses apoyados en un coche gris plata con llantas manga, y Pingralio sin caber de gozo nuevamente:

—Toma hijo, con el depósito lleno para que te muevas por ahí y seas más independiente. Haz buen uso de él y danos alegrías.

—¡Puedes estrellarlo cielo, mientras no te pase nada a ti! El seguro también lo paga tu padre, que es un santo.

Fligida ha tirado la toalla. Antes iba entusiasmada con su marido a misa, pero ahora se levanta tarde pensando que Dios les ha gastado una broma pesada. Volvieron los padres a su piso con conductor de categoría, y Porfidio llamó a los suyos para pavonearse por el centro de la ciudad tocando los elevallunas y el climatizador del bólido; mandaron una foto a Joselito; Blanca aconsejó al mozo para variar:

—Porfi, vas a triunfar con este bicho; aprovecha que estás en racha.

—¡Me lo ha dicho el horóscopo; voy a tener un mes que ni pintado!

—¡Yo lo decía por las entrevistas de trabajo! Llévame a casa.

Dejó a sus amigos en sus pisos y callejeó hasta llegar al suyo; un poco de descanso de la pantalla le habría venido muy bien, porque nada más llegar se sentó en la silla a chatear hasta las tantas en lugar de relajarse para su cita con la consejera laboral. A pesar de todo, acostarse le supo a cielo estrellado, no soñando con ropa interior ni coitus interruptus que valieran esta vez; estaba sentado en la playa al lado de una chica con biquini naranja y unas piernas de obsesión, melena dorada vistiendo ojos a juego y cejas finas, que casaban muy bien con las uñas pintadas de azul; unos dientes alineados sin tacha producían una sonrisa picarona y plácida. El nene a su lado escuchaba la conferencia, con bañador marca El Misil que tapaba sus pulsiones:

—A ver Porfidio, ¿tú quieres amar?, porque el amor es un sacrificio enorme, y si no que se lo digan a mi padre, que hacía lo que mi madre le decía; amar es renunciar más que disfrutar. Luego vienen los hijos, y la persona que esté contigo los querrá más que a ti; así es el juego del amor; nadie escapa a nuestras decisiones, eligiendo nosotras; ahora, si lo que quieres es elegir, sé educado y un poquito pasota; la confianza es importante, ¿o ibas a fiarte de alguien que te dice que quiere restregarse contigo de buenas a primeras?

—¡Pues claro que sí me fío, porque quiere lo que yo!

Ahí terminó el sueño con la chica desvaneciéndose, y el mozo con los ojos como platos haciendo un esfuerzo por roncar; lo consiguió a costa de no oír el despertador, salvándose por poco; se levantó legañoso a un cuarto de hora de la cita, por lo que le tocaba correr duchándose sin cantar ni soñar y ponerse la ropa del día anterior que había dejado muy bien extendida en la cama de la habitación de invitados. Algo le decía camino a la oficina de colocación que no fuera tan rápido, y así lo hizo andando a paso de amateur lesionado. Al llegar para meter su número de cita en la máquina, escaneó al personal que esperaba ya sentado, viendo un asiento libre junto a dos mujeres de unos cincuenta y tantos, esperando su turno. Las caras de los convocados eran un poema, siendo la gran mayoría padres y madres que esperan con resignación lo que les viene encima, pudiendo ser una ayuda del gobierno o un trabajo remunerado con mezquindad, hundiéndolos más en el foso. Un espectáculo deprimente sobre todo en las mujeres sin tinte de peluquería ni arreglo casero en sus cabezas; rizando más el rizo, gente de otros países, o gente de fuera como se les dice aquí, llenan la sala de espera con caras de pocos amigos por parte de los paisanos, ignorando que buscan el trabajo que ningún gallardiano está dispuesto a agarrar, además de vivir donde nadie quiere ni de regalado:

—Que sí Loli, que hemos sido muy tontas; trabajando en la fábrica para luego no tener casi nada. Mi Paco sin faena, en casa con depresión porque no hay obras; menos mal que le he dejado la leche con las galletas en la cocina. A ver qué nos dan, que va a ser poco; tanto sacrificio para ésto —comenta resignada una de las mujeres, con el bolso encima de sus piernas.

—Juanita hija mía, demos gracias si nos dan algo; no quiero que mis hijas pasen por lo que yo; están terminando de estudiar y dicen que van a preparar oposiciones; nos han tomado el pelo pero a base de bien, porque si mi marido y yo nos hubiéramos atrevido, con nuestro negocio otro gallo nos cantaría; ¡iban a pasar faltas los míos! —se sinceraba la amiga.

Era un mensaje directo al alma porfidiana, pero él sin enterarse; está con su poesía y sus novias:

Vengo a exigir mi dote,

¡debo asesorar, pantalones y escotes!

Estoy reclamando lo mío,

que es de mandato divino,

rey de los chats ,

cariño, soy un machote.

Cree que le espera una señorita elegante con voz de damisela dispuesta a firmarle una pensión vitalicia por gentil. Llega su turno, sale sin pereza de su silla para pedir su parte del botín y dejar la sala de espera interracial; los padres de estos consentidos ya opinaban con recelo sobre esta multiculturalidad:

—¡Van a quitarles el trabajo! —se quejaba uno de ellos.

—¡Y no hablan bien nuestra lengua, vamos, un desastre! —protestaba una de ellas.

Las Carmelas fueron las pioneras de esta avanzadilla de acogida al foráneo, por una integración que no se producía; las de aquí con los suyos, y los forasteros alquilando pisos muertos de viejos; pero ahí estaba el ayuntamiento con la fumadora de cacharros, preparada en eso de soltar dinero recuperado de las fechorías del anterior alcalde: cubrir las necesidades de los recién llegados sin importar cómo iban a instalarse. Los de aquí, señoritos de oficina y otros menesteres reservados a ellos, y los de allá a lo que dé la tierra, el fango y los almacenes de fábricas. El pasillo que daba a las mesas de los gestores estaba a unos metros a mano izquierda de la sala de la resignación, con un ejército de funcionarios atendiendo a mendigos decepcionados por los pocos impuestos que habían pagado, peregrinando hacia la subsistencia:

—Cielo, has cotizado solamente seis años de los dieciocho que has trabajado, ¿no hablaste de esto con tus jefes?

—Si yo me metía a trabajar en lo que pillaba; no tengo ni el bachiller.

La pobre Filomena lloraba delante de la orientadora laboral; sin embargo, no todo está perdido, ya que hay más porquería que quitar; la pobre terminará sus días limpiando oficinas con artrosis en las pestañas por unas migajas. Porfidio sigue sin percatarse de las desgracias pegadas a sus orejas; tiene que conseguir una paga de ligón virtual como sea, que para eso hace turnos de noche; ya visualiza a Belén, la gestora pecosa de ojos verdes y cintura sin pegas que va a solucionar la papeleta porfidiana, la cuál de paso le dará su número de teléfono para celebrar el éxito con lubricante marca Fuego de Amor. Es la mejor psicóloga de la oficina ante cualquier tipo de desgracia personal, al haber aprendido a helar su corazón y cerrar sus oídos con señoreo. Porfi se acerca al número de mesa, hasta que se ve delante de un fulano de nombre Eladio, peludo jugador de rugby. Tiene la cabeza de un búfalo vestida por una mata de pelo marrón, con canas de tanto rollo catastrófico, desde que sacó su plaza fija; sus más preciadas alegrías son una esposa que pasa de su cara, un hijo

que lo usa de mulo de tiro, y un chucho caprichoso que mea sobre sus zapatos antes de sacarlo a pasear; de remate, elefantiasis en los pies, por la cual su número de calzado se conoce como talla hobbit, juntando los pelos de su frondosa barba con los de su pecho; no moja desde la concepción de Eustaquillo, teniendo un matrimonio perfecto; de ahí que coma en casa de sus padres, los Peludos, y se deje el alma en el campo de entrenamiento. De Belén a Eladio hay dos pasos separados por un mundo distinto. Porfidio se sienta de cara a este santurrón:

—A ver, número de DNI por favor; ¿tiene experiencia laboral previa?

—Por supuesto señor Kodiak, ¡perdón, señor orientador! He sido consejero espiritual de mis vecinas desde el colegio; en mi adolescencia como cosedor de bragas; los veranos he trabajado de masajista de muebles en casa de mi gran abuelo Ambrosio, un empujador épico. Diseño tangas unisex cuando me aburro, y he opositado a mamporrero municipal. Actualmente soy ciberseductor y asesor emocional, planeando especializarme como conferenciante sobre asuntos psicodélicos, y tan pronto vuelva a resurgir de mis cenizas me licenciaré como gestor inguinal; un currículum denso, ¿verdad?

Eladio con la boca abierta sin mover su mirada; vuelve en sí y le dice:

—A ver caballero, ¿alguna ocupación real?

—Las que me mencionado que están pendientes de homologación por parte del ministerio.

En un ataque de egoísmo, Porfidio descarga un aire que no pasa desapercibido:

—¿Qué ha hecho usted? —pregunta Eladio con ganas de tomarse una baja.

—Lo que usted cuando no tiene que recibir visitas —responde Porfi con descaro.

Eladio se levanta para hacer una consulta al jefe de oficina, aguantando el tipo para no desplomarse. Porfi aprovecha para pillar una tarjeta del orientador y marcharse corriendo de allí, sin esperar el veredicto. Va directo de la oficina a la panadería, compra una barra de pan blanco todavía humeante, y se marcha a casa a no dejar de clavar sus dedos en el teclado. Está más cabreado que un mono sin su mona, al tiempo que engulle un bocadillo de salami antes de ir a la carga. No le ha parecido nada bien que le pusieran a un hombre tan antipático de asesor laboral:

—¡Yo no me merezco ese trato; me tocaba la mujer y encima se pone a consultar para ver si me dan la paga!, ¡un ciberseductor no acude a las minucias burocráticas, un ciberseductor salva caderas y mentes!

Se sienta frente al portátil y ve una luz verde parpadeante a la que echa un ojo, para ver el nombre con mensaje escrito; se llama Felisita, de treinta y pocos, vive en Los Almendros, un pueblo a media hora en coche, por lo que no hay problema alguno en acercarse. Fama tiene esta aldea por sus gentes muy valientes. La foto parece ser actual con cara y cuello normales, de cejas gruesas unidas a una expresión anodina, como si echara en falta a alguien. Felisita no es muy parlanchina:

—Hola qué tal, soy Felisa; me gustaría conocerte; a ver si vienes por aquí; un beso guapo.

Porfidio responde diciendo que irá antes de lo que ella piensa, lanzando una propuesta de quedada para la tarde del día siguiente; terminado este mensaje dirige su cabreo hacia el funcionario velludo abriendo su correo:

Ilustrísimo Don Plantígrado.

Ya me gustaría decir que es todo un honor dirigirme a su persona por este medio tan avanzado, pero va a ser que nanay de la China Popular (para macilentos orientales estoy yo). El motivo de mi escrito se sumerge en el universo del chasco, cuando comprobé con mi mirada rapaz que no era moza erótica sino oso amaestrado. Nada más verle e intercambiar unas palabras con usted, me lo imagino en el trono de la meditación rectal con profundidad de sufrimiento, cuando no se halle cumpliendo obligaciones derivadas de su anillo transformado en soga matrimonial. Sé de buena tinta que ejemplares como usted jamás se extinguirán, ya que el monte le espera para que corte leños con sus manazas, las culpables de mi desdicha financiera. Es por esta exclusiva razón que debo invitarle a reflexionar hondamente, porque soy un espécimen único en el mercado que se debe a la salvación de pubis y prepucios agonizantes; no crea que se trata de un trabajo estéril si viera las caras de felicidad que produzco. No hallará oficio más honorable que hacer sonreír, por lo cual le persuado, a fin de recapacitar e iniciar las gestiones pertinentes, para la adjudicación de mi paga mensual de ciberconsejero, por un período indefinido. De lo contrario me veré obligado a realizar conjuros en su contra, provocando un malestar gástrico desembocado en latigazos anales de tanta pelambrera que posee, dejando su pandero malherido y por consiguiente, su honra en jaque mate. Espero su respuesta sin titubeos ni negativas, aportando mi número de cuenta en un máximo de cuarenta y ocho horas. Mi retrato unido al de nuestra querida concejala permanecerá expuesto en sus dependencias para ser vigilado, del mismo modo que a todos sus compañeros vencidos por la monotonía y el puesto emérito por oposición.

Fielmente nada suyo.

Porfidio Valentoso Fernández.

Cumplida su ira salió ya casi de noche para comprar chicles en una tienda dos manzanas detrás de su casa. El negocio no es de un paisano; lo lleva un hombre de ojos diminutos y tez lánguida. Han prosperado en todos sitios para ofrecer una gran variedad de productos a cualquier hora, creando una competencia desleal para cabreo de otros comerciantes. Siendo Porfidio un demonio de dos palmos, las tiendas de ultramarinos de toda la vida gobernaban los monederos de las amas de casa, pasando el testigo a los hipermercados. En los tiempos que corren, una plaga de mustios maneja el sector de las tiendas de barrio; la de Porfi dice: Alimentación Guang Jong, pero sus clientes lo reclaman diciendo:

—¡Juanjo, un paquete de tabaco!

Y ya es famoso por hablar la lengua gallardiana con todas sus reservas. Quienes le compran son amigos suyos no íntimos; Porfidio va a ser de los mejores gracias a su coche. La tienda de Juanjo es una de tantas que hay repartidas por toda la ciudad y en cualquier barrio; han nacido como champiñones con un denominador común: tienen más cochambre que el rabo de una vaca. Críos, no tan críos y adultos acuden durante el día, aumentando la frecuencia al anochecer, y alguna que otra cola los fines de semana, con el vicio pegado en los bolsillos de sus pantalones. Juanjo siempre está con la sonrisa en la boca, no dejando escapar nada. Es de cara delgada y cuerpo discreto, haciendo juego con una nariz de palo sobre dientes medio blancos o medio grises; fuma como un carretero, lo que le hace estar más consumido que las colillas que tira a la calle, y sus cejas parecen matas espesas de mala hierba, aunque aparenta ser buen hombre; viste los mismos pantalones de tela modelo transición desde que abrió la tienda, sin cambiar de arrugas ni manchas; las camisas y camisetas son diseño de saldo de saldo o lo que es lo mismo, alta horterada en costura pequinuesa. Culmina el hombre su figura con uñas bien largas bañadas de color indefinido, sobre todo la del dedo meñique derecho, portento de suciedad pegada en sus horas de asueto rascando yeso en una cantera de Chin Pam Pum, mientras soñaba. Juanjo vino con una mano delante y la otra tocándose los bajos, ya que a la vista está que vive muy bien sin dejarse el lomo. Una mujer de su misma patria le acompaña sin decir una sola palabra; llega la señora a mediodía o pasada la tarde con sopas que huelen a zámpace, hasta que la curiosidad se fija en la limpieza de los cuencos y piensa en ni una cucharada. El señor de oriente da repaso a su clientela sin bajar el precio, que comprar bien entrada la noche tiene su plus de peligrosidad, y si no te llega, te despacha:

—¿Tú no dinelo?, ¡llama plesidente!

Más claro agua de manantial. Juanjo se enteró que sus compatriotas iban a comprar todo tipo de género a un mayorista de nombre Cash Alegría, pudiendo comprobarlo él mismo al hacer tres grandes compras con la furgoneta de uno de su tierra, que ya prospera al montar dos tiendas más. Es tan económico que ningún tendero sale con mala cara, pero no tiene vehículo. Porfidio llega con recelo a la tienda rectangular atreviéndose a pedir un paquete de chicles de clorofila que Juanjo deja en la vitrina opaca; el chino percibe su bondad y ataca:

—¡Tú amigo!, ¿tú coche?

—Sí tengo coche, ¿quiere verlo?

—¡Oh coche bueno!, ¿tú alegría?

—Pues sí, estoy alegre; estoy en racha.

—¡No no amigo, cah alegría!

—¡Ah Cash Alegría!, ¿quieres que te lleve?

—¡Sí sí amigo!, ¿mañana, onse?

—Mejor pasado mañana a las once.

—¡Oh amigo, glasiah!; chicle no paga, ligalo.

Ha hecho el trato del siglo como su abuelo; chicle gratis y chino al coche en vez de ligue, pavoneándose para más inri de ser un negociador nato. Comprueba que su empresa pública no da beneficios; llega la siguiente mañana, Eladio enciende su ordenador con el ánimo en la reserva y lee un mensaje de un tal Porfidio cuyo asunto es “Mi sagrada manutención”; el coloso se levanta de la silla una vez leído el correo para salir a la calle hecho un rayo, con sus compañeros sin creerlo; llama un taxi que lo lleva directamente al Centro Municipal de Inadaptados Sociales (loquero de Gallarda); pagada la carrera llega en dos zancadas y empieza a dar manotazos a la puerta de entrada: quiere meterse para no salir de ahí mientras respire; el director no le hace preguntas al ver su cara fuera de orden; cuando la mujer y el hijo se enteran acuden para sacarlo de ahí:

—Venimos a recoger a un inefable con cara de abducido; es mi marido y padre de este niño.

Salieron señora e hijo corriendo del sitio, y es que Eladio quería apedrearlos; otro daño colateral. Pero hay más, porque Felisita no sabe a quién va a tener delante de él; ha quedado con Porfi esa misma tarde a la hora del café por asuntos de oriente lejano. Porfidio sabe el camino y la entrada al pueblo. Se verán en un café junto a la

plaza principal, que es un monumento homenaje a la riqueza que da la almendra, otorgando a sus lugareños el título de ocupados comarcales. Todo es sudada ganancia y sentido común en un pueblo que vive y come de lujo pero sin lujos. Aunque gentes raras hay, si hubiera ido el chico a una administración de lotería le habría tocado cero patatero, porque el gordo está al llegar. Aparca el coche en un estacionamiento nada gratis:

—Hoy estoy que me salgo; ni chicles ni aparcamiento pago; a Porfi le pagan.

Felisita lo esperaba en la puerta del Pub Orión con vaqueros y blusa rosa; de una sola ceja y con solemne cojera no es lo que Porfidio esperaba, haciéndose notar en su mirada. Pero como es muy educado ser acerca a saludarla y Felisita responde:

—¡Qué mono eres! —le dice con mariposas en el estómago.

Valentoso piensa que le han llamado simio, pero aguanta su enfado y van a una cafetería para que ella monopolice la conversación, regada con café y manzanilla acerca de un novio que tuvo:

—¡Ay nene mi Abdul, qué bueno era!

—Tenía una porra importante, ¿verdad?

Se puso tan nerviosa que tiró su café sobre los pantalones de Porfi. Mil perdones pidió la muchacha para salir de allí, apoquinando el galán. La cita al traste por no entenderla; Felisa a lo suyo con su sultán, y a lo lejos una mujer uniformada multando el coche de Porfidio, que se alarma y empieza a correr hacia ella con Felisita acelerando como podía:

—¡Vamos mujer, que me están poniendo una multa!

—¡No puedo más, tira tú!

Porfidio alejándose de la moza que se marea al intentar forzar la marcha, estrellándose con una farola; consigue Porfi que la inspectora le perdone la sanción para salir de allí echando leches, viendo desde su retrovisor cómo llega una turba de paisanos a socorrer a una joven con una brecha en la frente; no irá al Hogar de Pensionistas Emocionales, pero que se olvide de quedar de nuevo con el trastornado real que refunfuñaba:

—¡No vengo más a este sitio!

Ni dos horas duró la cita; le dio igual porque llegó a su piso sin hipoteca y siguió intentándolo sin éxito. Si se hubiera enterado que la pasión de Felisa por el mundo árabe, se debe a que casi la matan a

zapatillazos por pedir un gin-tonic en un local de té, mientras se ponía a cantar siendo salvada por su Abdul, habría renunciado a la quedada; Felisa es conocida como La tarada de Los Almendros. Paró de chatear milagrosamente, pensando en que tenía que hacer de transportista al día siguiente. La noche tumbado en su sofá mirando las paredes blancas de su salón, habría sido el rato perfecto para empapar el estómago con agua, pan tostado y caballa en lata, pero un mensaje de Blanca interrumpió su parón:

—Porfi, estoy embarazada; no me lo puedo creer; bueno, sí me lo creo porque sé cómo se hace, ¡uy, si me parezco a ti! Ya tengo padrinos; un besito.

Diego Miguel y Ana estaban que se salían; bajaron puerta por puerta para anunciarlo e invitar a sus vecinos a comer, ¡un nieto! Esa misma noche los futuros abuelos pillaron una tajada cenando de padre y muy señor mío, compensando la vida a un matrimonio fiel. La comida fue celebrada en un restaurante de las afueras, lloviendo en la misma celebración regalos para el bebé. Pingralia y Fligido estaban un poco apagados, ¿debido a qué?:

—¿Qué os pasa? —preguntaba Ana.

—Mi Porfidio mujer, que no sabemos cómo enderezarlo —respondía Fligida un poco exhausta de sufrir.

Guerra hay que dar a base de orgullo y sonrisas, pero el confidente sentimental estaba avejentando a sus padres sin querer. Al tener casa y coche, no se entiende su deriva. Mujeres y hombres hechos maquinaria para durar un siglo, disfrutaron como sinceramente hacia tiempo que no ocurría. En las cabezas de todo ellos estaba Silvio, sentado en la mesa alargada, escuchando a unas familias orgullosas de uno hijos no problemáticos; incorruptibles hasta aquí. Porfidio pudo desayunar al día siguiente en paz, agradeciendo a su conciencia el haberlo guiado a apagar el portátil por un día; bocadillo de salchichón en pan tostado, y por fin sentado en la mesa de su cocina sobre una silla granate. Una mañana lujosa como ella sola sale acompañada por la ropa que lleva para la cita amarilla: pantalones de malabarista, calzado de peregrino y camisa de tornero de baja para pasar desapercibido. Juanjo lo espera en la puerta con puntualidad británica:

—¡Hola amigo, tú mucho amigo!

Se sienta donde debe con el mismo pantalón de ayer, de la semana pasada, y del mes pasado. Pide permiso para fumarse un pitillo con la ventanilla bajada, y va a ser que sí; los chinos no son cotillas, pero Juanjo lo es:

—¿Tú novia, tu follal?

—No, yo no, ¿y tú?

—¡Yo mucho fuma, ehta siempre abajo, nunca aliba! —señalando su bragueta.

Parecen dos desocupados repletos de júbilo. El trayecto se les hace tan corto que ni sienten la atmósfera cargada de humo de los coches; tanto tráfico está haciendo que Gallarda eche a perder su prestigio. Aparcan a la primera y una bala china sale del coche para coger un carro que llenará de cosas para su tienda. En esa acción, un desconocido tan descolorido como Juanjo se acerca a Porfi para susurrarle al oído:

—Chino loco; tu amigo, mu loco.

Porfidio pasa de él, metiéndose los dos en el almacén sin final de comida y otros productos. Es un cuadrado de unos quince mil metros, con las cajas nada más entrar; justo antes de ellas una pequeña oficina para realizar el pagamento, donde una chica de pelo castaño rizado con un lunar en la mejilla derecha, cuenta los billetes de sus clientes a velocidad de vértigo, sin errar en el montante. Juanjo va con el carro a toda pastilla dirección alcoholes duros (güisqui, ginebra y otros); las carretillas elevadoras trabajan a toda marcha por los pasillos, pitando a los clientes, por orden del dueño de la compañía; para él, tiempo parado es dinero perdido, y Cash Alegría factura más que un casino pequeño. En el pasillo alcohólico hay dos mozos subiendo y bajando carga; uno de ellos ve venir al chino y le entra el pánico asiático:

—¡Ya llegó, otro más Paco!

Quiere marcharse pero sus nervios hacen que al parar se dé con la carretilla de Paco, y Paco contagiado por Walter Rogelio también choca. La feria con los coches de choque está en su clímax, Juanjo pone el carro atravesado para que los dos operarios no puedan salir; se sube a la carretilla de Walter Rogelio y le dice:

—¡Tú amigo, aliba, güisqui!

Walter Rogelio tiembla como un flan, lo sube y sale corriendo dejando al Kung Fu de tercera regional a más de cinco metros del suelo; pero Juanjo es un ninja que pasa cuatro cajas a Paco; el pasillo es un atasco de otros chinos que no pueden entrar, con un conductor latinoamericano a la fuga. Juanjo salta a la carretilla de Paco como una pantera, y abre las cajas con un cuchillo para llevarse las camisetas promocionales que hay dentro; Paco se lo explica al borde del patalete:

—¡Eso no, que me regaña mi jefe!

—¡Amigo, ligalo ligalo!

Iba una camiseta por caja de ocho botellas, llevándose Juanjo cuatro camisetas y cuatro botellas de güisqui; sale todo chulo de allí con su carro y un carretillero desaparecido en el pasillo de las pastas, acurrucado en una estantería, y el otro con una descomposición del susto. Sigue su marcha como que nada ha pasado, y se encuentra a Porfidio con una cajita de desodorantes caros:

—¿Puedo Juanjo?

—¡Sí clalo, tú amigo, paga Guango, no polema!

Juanjo está feliz, sin saber que ha dejado a la empresa con dos operarios de baja por ataques de pánico a los tenderos chinos. Al carro no le cabe más, han hecho la compra del año. Paga sin dolor a golpe de billetes que cuenta la chica del lunar en la mejilla derecha, para marcharse habiendo ganado la guerra. Cuando el coche sale de allí, Paco está todavía dando gritos sin poder escaparse del pasillo, se ha hecho encima y está emborrachándose con una botella de güisqui ya a mitad, sentado al lado de su carretilla:

—¡A la mierda los chinos!, ¡me voy al loquero!

Un pobre carretillero se marchaba en la bicicleta de un comerciante de Shanghái llena de cajas de refrescos hasta en los manillares, con caca de camino al Centro de Acogida de Proscritos Mentales en fase ampliación, al haber expropiado unas tierras pegadas a un ganadero de cabras psicóticas, que fue ingresado en la institución por resentido, y con las cabrillas sacrificadas en el matadero municipal por el rito tibetano. Pero Paco llegó antes, dando puñetazos en la puerta de entrada como hizo Eladio; ha dejado gata y novia plantadas en el altar; montó un escándalo antológico, cuando uno de los funcionarios le enseñó una foto de Porfidio, que Eladio había sacado con su móvil. Dos compañeros tarados, obsesionados con la paz interior pillaron a Paco y Eladio intentando saltar por la ventana sin arnés días después del ingreso voluntario del carretillero, señalando al culpable de sus desvaríos: la foto valentosa:

—¡Nosotros no hemos sido; ha sido este!

Juanjo y Porfidio fueron ajenos a este caso contado en las noticias. El primero porque no quiere entenderlas, y eso que cabezón tiene, que ganó el concurso Gran Cerebro Internacional de Guangdong, al no poder cuadrar una foto de su calabaza en un selfie, y el segundo por padecer una rara animadversión a esa pantalla, porque a la otra... Virgen de las Teclas. Paró Porfi a Juanjo en otra tienda de amarillentos para comprar periódico escrito en chino, antes de dejarlo en su multinacional cochambrosa. Juanjo lo descargó todo y se despidió de su colega:

—¡Adioh amigo, glasiah!

Porfidio llegó a su choza a la hora de comer guiso de Fligida, cosa que hizo nada más ponerse un par de canciones en su teléfono espabilado y ver si tenía algún mensaje de alguna candidata; ¡y sí lo tenía! Fina se llamaba con foto completa, muy bien arreglada, con ojos achinados que amedrentaron al seductor virtual en un primer vistazo, pero se armó de coraje pidiendo chatear esa misma noche. La mujer se presentaba como una divorciada inundada de simpatía, con una hija apasionada por los estudios, trabajadora en una boutique con apariencia de gustar por su moño, pantalón negro que ensalzaba su elegancia y jersey de cuello de pico. Su lema “vive la vida con pasión” encajaría con la filosofía porfidiana de “arrímate que verás”, yendo la charla de los internautas sobre ruedas. Porfidio echó el resto:

—Si quieres, este fin de semana te invito a comer y nos conocemos.

—Uy, ¿de verdad?, ¿y dónde me llevarás?

—Es una sorpresa; ponte tus mejores galas que yo invito con sumo gusto.

Fue de tal sutileza el envite, que Fina lo aceptó intrigada como su primera cita con único novio, el padre de su hija, ya difunto maestro encofrador. Fina no acabó el instituto, ¿necesitaba retomarlo?, ¡ni pensado ni imaginado!, porque aparte de sacar adelante a su cría ha leído tres libros por año en los últimos diez de abandono. Es una verdadera joya, merecedora de amor sin cobardía a las primeras de cambio, con unos pasos tan suaves y una voz tan finamente esculpida, que dulcifica cualquier estancia, dejando a la altura del betún a la más digna condesa de la ciudad, viviendo en una casa de planta baja cerca de la Gran Gallarda. Porfidio se toma un respiro con esta oportunidad que no debería desaprovechar, intuyendo la situación de Fina, que no está para volver a criar sino para amar locamente y vivir. Los días previos a la cita fueron de visita a los orfebres de la paciencia, creyentes en la buena dirección del hombre que visita empresas sin parar y sin suerte:

—¡No saben lo que se pierden, padre! —les suelta mintiendo como un bellaco.

—¡Di que sí, hijo!; y si te cansas de hacer entrevistas, tu despacho te espera. Toma hijo, que no te falte dinero y cuídate, que eres lo único que nos queda a tu madre y a mi.

Capítulo siete. Viandas octogenarias.

Un viernes tranquilo sin mensajes ni prisas que tener en las tres comidas del día, y con la previsión del triunfo por bandera. Porfi es de armas tomar cuando se le conoce. Anselmo y Juan Carlos siguen por sus caminos sin curvas, Blanca más pura y feliz que nunca, habiendo palpado el infierno de niña para saborear el amor de padres, marido e hijo que viene. Y Joselito mandando mensajes autoritarios con toda la razón:

—Porfidio, trabaja y échate novia o te echamos del grupo.

—Estoy en un momento de jovial costumbrismo y exaltación del yo. Todo vendrá si se busca, pero antes debo amar sin cortapisas. Soy un alma en trance a la llamada del divertimento sin soga emocional, y me han advertido dioses y emperadores del éxito de mi empresa; pero no me echéis del grupo, queridos amigos. Sois mi anclaje sentimental.

—No vamos a echarte; vamos a llevarte al sanatorio de dementes como sigas así; no me hagas bajar a darte un par de hostias —respondía Joselito.

Nunca había leído Porfidio a su modisto preferido de esa manera. Floriano lo animaba a contratarlo de lo que fuera, pero José Arzuaga y su correcta concepción de la realidad lo resumió:

—Si lo meto en la empresa se las arregla para hundirla en menos de seis meses.

Fue entendido al minuto. A Porfi en estos momentos no lo querrían ni en el Hogar de Abandonados Cerebrales, salvo en el caso de necesitar aligeramiento de clientela, con suicidios y fugas a otra galaxia nada más verlo entrar, que los locos tienen buen ojo:

—¡Eladio no te ahorques, por Dios! —decía Paco sujetándolo.

Así está la situación de este individuo, dejando un río de víctimas a su paso. Hasta Carmela ha oído hablar de él, con un concepto sobre la persona completamente distorsionado por tanto petardo:

—Ese hombre tiene que ser un erudito, y el ayuntamiento necesita gentes con principios.

El cigarrillo tuneado le sabe a gloria después de haber cenado salchichas radioactivas con arroz mi colores mega-ecológico. A su gato Shishi le sienta peor tener que colgarse de la lámpara del salón y balancearse para ver a su ama en seis dimensiones. Todo sobre ruedas para ella, al tener la caja del ayuntamiento con más derecho

que nadie por honrada, o debido a su linaje. La casa del pueblo tiene dinero para sus habitantes como no se imaginan, gastándose por decreto a base de cheques para la construcción de servicios sociales, encargados a la empresa más limpia del sector: la de Agustín y sus hijas. Porfidio se acostó temprano, a la una de la mañana más o menos tras analizar un trozo de la película de pelo del viernes, aburrido ya del mismo elenco de profesionales. No se ha preparado ninguna ropa ni le importa, pues la mañana del sábado da para mucho, como al resto de trabajadores de la ciudad que han pasado la semana a la espera de su día de relajación; se salvan de esta epidemia de rutina los funcionarios municipales, gracias a jornadas de haga lo que le dé la real gana, mientras saque su trabajo. Porfidio piensa en la cita, Blanca en su bebé, Carmela en la próxima jugada creativa para su ciudad, y Joselito en la angina de pecho que le podrá dar como siga pendiente del disoluto de Gallarda. El loquero está que arde con Eladio queriendo cambiar de sexo por las bravas, paseándose por el patio con bragas soviéticas de contrabando, Paco subido a la azotea y gritando al mismísimo Dios traidor apolítico, y el nuevo director del centro pensando en amenizar a estos con la visita de Shishi y sus bailes a dos patitas, al ir cargado de hachís hasta los bigotes; Gallarda, a pedir de boca. Fina apuesta por la cita; tiene su ropa preparada, soñando con degustación de vieiras y paseo por el centro de la ciudad, ¿abrazada?, ¿quién sabe? Una velada de ensueño después de tantos años de ostracismo con salidas al trabajo, la compra y la visita a unos familiares. Amigos tiene, aunque harta está de ellos por el desinterés que muestran hacia la cultura general. Quiere un hombre más joven que ella para volver a sentir:

—¡Estoy loca con la cita de mañana!

Para entrar a la ciudad desde cualquier punto cardinal, un sinfín de árboles alienados sin crítica, con un césped cortado con arte dejará sin habla a cualquier visitante. Gallarda es un cuadro enorme nacido en una meseta, con la protección de pueblos que crecen a sus lados y las faldas de las montañas que la abrazan. La urbe era ya famosa por la hospitalidad unida a la pasión hacia el onanismo de las almas que la habitaban, antes del nacimiento del elemento Porfidio. Tiene un centro histórico pequeño, pero muy apañado con una historia única que contar, y un centro reciente con edificios de no más de ocho plantas decretado por urbanismo de Carmela y anterior, hacen de esta maravilla urbana un sitio por el que querer quedarse a vivir. Los nuevos barrios con zonas ajardinadas y bloques de pisos sin aires de grandeza, dan cabida al futuro de la generación gallardiana mejor preparada. No tiene río ni falta que le hace, porque Gallarda y la lluvia son amigas inseparables, helando los inviernos y sofocando a sus paisanos sin pasarse en verano. Fina está más que guapa con su vestido de flores y su chaqueta de punto. Los zapatos de tacón correctos y sus labios hacen de ella una preciosidad madura que brilla como sus ojos marrones. Ha quedado a las doce y media con Porfi, y el perfume mojado en su cuello le da un aura de dama de altos vuelos

difícil de describir. Tiene coche pero ha elegido el autobús por ofrecimiento de ser llevada a casa por un chófer apuesto:

—Este chico es un caballero.

El conductor la mira embelesado, y Fina está que tritura estereotipos. Se sienta en la parte trasera como buena amante del anonimato; la población de Puntillas está muy cerca de convertirse en una pedanía de Gallarda. Lo único que disgusta a Fina son los nombres que están poniendo a las calles, avenidas y plazas de la ciudad:

—Qué ordinarios, no lo entiendo.

Pues el sitio en el que ha quedado no es ninguna bicoca. Porfidio la ha convocado en la Plaza del Tercer Ojo, antes Plaza del Socorro. Se trata de un plazoleta chiquita, famosa por ser uno de los lugares preferidos de reunión de marcha nocturna los fines de semana, refugio de feligreses ya entrados en años que salen de la iglesia, y de un grupo de afectados por colon irritable que se reúnen para hablar y dejar su sello. El ayuntamiento votó sí a la instalación de aliviadores públicos, y no a la escultura de un culo: era demasiado. Fina no ha puesto reparo en el lugar, ya que hay un aparcamiento subterráneo pegado a la plaza con restaurantes a elegir, perfecto para los dos. Fina Sánchez Mendoza está en una nube de incertidumbre:

—A ver dónde me llevará.

Una mujer con la belleza de Fina merece encontrar a alguien especial tras rascar con esfuerzo, pues ya guarda muchos años de luto por quien la dejó con una cartilla de banco temblando. Entra el autobús en la ciudad con su tráfico lleno de vida, y agobiando los días de semana; la gente va con ropa primaveral, y es que hace más calor de lo normal. Se apea con calma y camina por una calle estrecha del casco antiguo, con edificios no muy altos que adornan sus balcones con flores rojas y blancas.

—¡Qué bonito, hoy voy a enamorarme! —suspira.

Porfidio la espera en un banco de la plaza con su instinto aniquilador, mezclado con una serenidad impropia en él al haber evacuado, pero no en los aseos públicos; cuando el cura de su iglesia lo ha visto llegar le ha dado las llaves sin hacer preguntas:

—Ten hijo, que Dios está contigo.

—Gracias reverendo; voy a liberar biomasa y se las devuelvo.

—De nada hijo mío.

Saliendo del templo se encuentra a una mujer con piernas que huelen a rosa, sentada en un banco por poco tiempo. Porfidio se acerca para saludarla con distinción, y ella se levanta para recibir a su conquistador:

—¿Fina?, soy Porfidio, a su servicio.

Le da un abrazo de prima tetona que deja a Fina sin aliento y desconcertada, aunque con un voto de confianza. Pasean un rato por el casco histórico con Porfidio de magnífico confesor; Fina le habla de su vida como viuda y su hija Finita. La madre es aún más guapa que la niña, siendo corroborado por Porfi al ver una foto de la jovencita:

—Es muy guapa, pero usted lo es más.

—Ay por favor, no me digas esas cosas; ¿dónde vas a llevarme a comer?

—Ya lo verás; una mujer especial como usted merece un sitio de categoría.

—Pues yo invito al aperitivo, ¿te parece?

—Perfecto Fina; a su servicio.

Tomando un par de cervezas bien frías y unos buñuelos de bacalao, Fina empieza a querer saber sobre la Dolce Vita Porfidiana:

—¿Y a qué te dedicas Porfidio?

—Soy ciberconfesor profesional y asesor sentimental; aquí tienes mi tarjeta.

Fina se muestra incómoda, haciendo que afloren unos pocos nervios. Porfidio estaba contento por el mareo que dan las birras, pelotazo con suavidad que lo animaba a llevarla al restaurante; un paseo de diez minutos y da con el sitio:

—Aquí vamos a comer; un sitio espectacular con comida de lujo.

Fina no articulaba palabra; se encontraba en el hogar del jubilado del Barrio del Futuro Trastazo. Esperaba mesa, mantel y camareros de uniforme que los trataran como reina y rey. Porfidio cede el paso a la señora pleno de orgullo, y Fina observando con incredulidad. A la derecha de la entrada mira una barra que reluce con tapas de premio atendidas por Don Francisco, marido de otra Fina, la jefa del local. Francisco se viste con una camisa blanca de limpieza intachable, mostrando modales de hostelero muy trabajado. Todo lo que en sus mesas se sirve es fresco:

—Aquí la carne es muy tierna —dice Porfidio listo para seducir.

—¡Claro, si sus clientes no tienen dientes! —aclara Fina un tanto decepcionada.

Un suelo oliendo a lejía da paso al comedor en el que hay algunos matrimonios de ochenta y...disfrutando del menú del día; Fina no puede elegir. Mesas forradas con papel de mesón de carretera secundaria dan paso una vez toman asiento al hijo de Francisco, un chico muy servicial. Ahora está sobrio pero la noche será suya. Piden el muslo de pollo a las finas hierbas con patatas en su jugo, mientras dan cuenta de la ensalada:

—Quiero comentarte algo sobre un negocio que no está explotado y va a dar mucho dinero.

—¡Habla chico, soy todo oídos!

Comienza el sermón relacionado con las pelis de pelo

—¿Qué es eso, un género nuevo?

—No mujer; es cine porno.

Fina se pone blanca y alterada con los nombres raros pelhola y pelóscar, y Porfidio a toda velocidad con la emoción embargada; la dama con urticaria en el cuello, y nervios que le hicieron recordar el patatús que casi sufre cuando decía hasta siempre al padre de su hija; el disgusto asomaba por sus ojos a la espera de la traca final:

—Después de comer nos quedamos aquí un rato y vemos música en directo. Es un grupo nuevo que se llama Colocados y Desmemoriados; se está celebrando en la ciudad un festival de trovadores anarquistas, y van de gira por barrios; este grupo del que te hablo tiene solamente tres canciones: “No me acuerdo”, “¿Cómo?”, y la mejor que se titula “¿Eehh?”; son buenísimos.

Fina suelta el tenedor furiosa, dejando un par de billetes para salir despedida del comedor sin despedirse de su amor:

—¡Ay ay ay, tengo que largarme! —dice desencajada.

En cuanto sale del salón y encara la calle, se ve frente a un señor con los ojos estreñidos; Juanjo está buscando un sitio donde le han dicho que se come sin palillos un pollo asado campero a tarifa de chino agarrado, pero se fija en la mujer al borde del pánico y remata la faena, sin saber con quién acaba de sentarse la señora; Juanjo le corta el paso:

—¡Oh tú mujel guapa pala amigo, tú dame beso! —cogiéndola de los hombros.

—¡Quita marrano! —zafándose del chino con ímpetu.

Fina empuja al tendero con sus pantalones de siempre, y cambia de rumbo para escapar lo antes posible; al cruzar la calle da un mal paso hundiéndose entre dos coches aparcados en batería. La caída es divina, porque la ven dos amigos que iban a comer al hogar del pensionista, y volar un zapato de tacón que aterriza en el capó de uno de los coches:

—¡Virgen del Porrazo! —grita uno de ellos.

Van corriendo a socorrer a la mujer tumbada con la mirada ida, el rímel serpenteando por las mejillas e intentando levantarse:

—Señora, ¿se encuentra bien?, ¿llamamos a una ambulancia?

—¡Dejadme coño, puedo yo sola!

Salieron a ver qué estaba pasando Don Francisco y Doña Fina, unos clientes del hogar, una confitera que estaba despachando delante de la escena del casi crimen, y Porfidio sin atender a la realidad. Fina cogió su zapato y hecha un guepardo cojo se perdió por la Plaza del Tercer Ojo. Llegando a la Gran Vía secuestró un taxi asustando al conductor:

—Pero señora, ¿qué hace?

Amenazando al taxista con noquearlo de un golpe de bolso, le pidió que la llevara al Centro de Rebeldes Emocionales, saliendo la carrera gratis por temor a quedar herido de gravedad; dejó a Fina soltando puñetazos en la puerta de entrada:

—¡Abridme, que vengo en las últimas!

El espíritu porfidioso hace que un ente llamado Carmela se congratule, al ser informada del estreno del pabellón femenino del centro psiquiátrico; está tan orgullosa de la gesta, que ha otorgado a la inquilina papeles arreglados con pensión vitalicia para la hija, y visita dominguera a la madre con una nueva ocupación: Fina da clases de kárate habitación por habitación. Los sábados salen los internos al jardín principal para hincharse a palos por parejas, y hasta el sábado siguiente con su ilustrísima Fina como maestra, un lujo para los internos y decadente espectáculo dicho por sus familiares. Las ventas de ansiolíticos suben como la espuma en el caso de los segundos, mientras que para los primeros bajan; la paliza semanal y las clases de lunes a viernes les da más que suficiente sosiego loco. Fina obtuvo de la alcaldesa el título de Interna del Año, con un retrato

suyo en la sala de recepción de visitas, poniendo gesto de asesina de Porfidios; asunto terminado y relatado por Radio Gallarda, para apuro al igual que cachondeo de habitantes y chismosos. Se ha llegado al punto de ofrecer a los turistas, visitas guiadas al Santuario de Jubilados Neuronales, con escenificación de la paliza colectiva a precios zumbados. El consistorio con superávit de chiflados, Fina con sus alumnos, y Porfidio comiendo su plato el día de la caída de la mujer al infierno, creyéndose confesor de almas desamparadas, por cortesía de una mujer bellísima transformada en Comandante de las Fuerzas Especiales Psiquiátricas; más caché no se puede pedir salvo para Salvador, un hombre un poco mayor que comía en una mesa de la esquina del salón, viendo todo el cataclismo de emociones; esperaba a que Porfidio terminara para hablar con él. Salvador llevaba su calva brillante, con la alegría de los ancianos a la espera de su hora final, dejando pasar los días pacíficamente por la suerte de haber vivido. Un viudo de cejas rectas y andar tranquilo, con dos hijas preocupadas por él los cinco primeros días de la semana; los sábados y domingos los reservaba para ir a comer al hogar. Sus camisas olían a lavanda, los pantalones a flores del bosque, planchando todo lo que él mismo lavaba y vestía, un señor bajito con gafas graduadas por sus años de trabajador de imprenta, que no deja a nadie sentarse a su lado excepto al espíritu de su Ceferina, que ve con su melena cobriza lo que tanto le hizo sentir. Está vivo por sus cuatro nietos, pues si no fuera por ellos, se habría marchado de pena hace ya seis años, los que la esposa lleva esperándolo; no tuvieron ni una mala palabra ni reproche luchando por la crianza de sus dos chicas, untando su unión con cariño y pasión por la vida. Dieron estudios a las mozas, dejando que ellas hicieran lo que les apeteció siempre que les llenara, saliendo entonces una psicóloga, y la otra profesora de matemáticas en un instituto gallardiano. Salvador está triste desde que su Ceferina no duerme con él. Come con una parsimonia que da ejemplo, hasta que Porfidio le ha sacado una carcajada sin querer, al ver toda la escena del flirteo fallido. Porfi come con ansiedad mientras Salvador saborea su comida. Les llega a los dos el postre, Salvador coge su plato con naranja cortada a cuartos y va a la mesa del joven:

—Buenas tardes chico, ¿puedo sentarme?

—Cómo no señor, acompáñeme por favor.

Porfidio lo admite con la educación que acostumbra a mostrar a todo el mundo, llamando la atención de quien topa con él; Salvador termina su naranja y Porfi su trozo de tarta de chocolate con galletas:

—¿Has comido bien, chico?

—De cine, señor; y una cita inolvidable; soy tan bueno que me invitan.

—¿Quieres tener éxito en tus citas?

—¡Ya lo tengo!

—No hijo no, date cuenta; ha huido cuando podría haberse quedado el resto de la tarde, y quién sabe si repetir la quedada, como vosotros decís. Lo que te ha pasado hoy no es tener éxito. ¿Quieres que te ayude?

—A ver, cuénteme que yo le escucho con atención.

—¡Ahí está la clave!, ¿tu nombre?

—Porfidio, señor.

—Yo Salvador; encantado Porfidio. Para empezar, debes estar más tranquilo; la primera vez que quedas con alguien suele ser para tantear el terreno y escuchar es la clave, porque ellas quieren ser escuchadas; quien escucha recibe, y quien explica recoge, ¿me entiendes? Una mujer como la que se ha sentado a comer contigo es un trabajo de oído, hijo. Haz un esfuerzo por comprender sus problemas, y tendrás tu recompensa antes de lo que esperas; a partir de ahora es momento de no ser egoísta, de entregarte al altruismo; es para ti la hora de dejar que se confiesen, haciendo como que no buscas nada más, porque necesitan confiar en ti; da posibles soluciones a sus preocupaciones sin perder la educación, que la tienes para impresionarlas; si controlas tus impulsos, ni te imaginas lo que puedes llegar a conseguir. Una de mis hijas es maestra, ¿y sabes qué me dice?, que si enseña cobra, y si aprende paga. Este asunto es bastante parecido; si escuchas recibes, si hablas pagas con el fracaso.

—Es usted un sabio Don Salvador.

—No hijo no. Es que tengo mucha edad y la experiencia da unas tablas que vosotros todavía no tenéis; venimos a este mundo a aprender, y cuando lo hemos hecho, ya se termina la partida.

—Tiene usted toda la razón; por cierto, ¿y su señora?

—Mi señora murió hace unos años.

—¡Perdone la pregunta, lo siento de verdad!

—No pasa nada hijo, sé que tu sentir es sincero; recuerda lo que te he contado. Tú tranquilo siendo muy educado, y haz como que solamente quieres conocerla, escucha mucho y verás.

—Así lo haré; ¿quiere usted que nos veamos la semana que viene?

—Me encantará, ¿comemos juntos y me cuentas?

—¡Perfecto Don Salvador!

Porfidio acompañó a Don Salvador García al piso que pagó con horas extraordinarias muy cerca del hogar del jubilado; hablaron un poco más de lo difícil que es querer a los demás, y de lo trastocado que este mundo se está volviendo; como no tuvo un hijo, Salvador se encariñó de Porfidio a primera vista; el incidente con Fina llegó a los móviles del grupo de amigos, y Floriano se pasó la semana siguiente entera riendo:

—¡José, si se descuida se la lleva a un asilo a comer!

Joselito preguntó al grupo:

—¿Intervenimos?

—No; dejadlo que aprenda —propuesta de Juan Carlos.

—Creo que va a cambiar —apoyando Blanca con la suya.

—Vamos a darle unas semanas —pide Anselmo a los demás.

Porfidio se fue a su casa decidido a reposar como un jeque, con la conversación con Don Salvador en su cabeza. A pesar de costarle horrores no se conectó a su portátil, pasando la noche entre documentales y película sucia correspondiente, que ya le aburría nada más empezar. No estuvo en su mejor momento esa noche al recordar a su vecino Silvio, agonizando y pidiendo perdón a su familia por todo lo que les hizo padecer; ese pensamiento se tradujo en una llamada de teléfono a la mañana siguiente. Fue Blanca para decirle que su hijo se llamará Silvio, tras consultarlo con su papá Diego; esta vez, Silvio será un ser feliz teniendo a su lado al tito Porfidio, que le enseñará cosas interesantes. Y la conversación con Don Salvador aún en su mente; dejó llegar la hora de comer para tomarse un tãper de caldo hecho con todo el cariño de Pingralia, coronado por unas croquetas de merluza de segundo y siesta de señorito de postre, por ser día festivo (para él son todos los días). Se puso a batallar tras el descanso, sintiendo delante de su portátil una templanza jamás vivida, capaz de desarmar a la más desenamorada de todos los confines de la tierra. Analizaba edades, inquietudes, mensajes subliminales, gustos, pesares, caras, vestimentas, fotos y alturas para adaptarse a las preferencias de ellas y concederles el beneplácito de una confesión durante horas, regalando una mirada impenetrable unida a la labia de un seductor nato. Pescaba en río revuelto con una competencia de mayor billetera que la suya y menor sensibilidad: en esto último gana él.

Capítulo ocho. La ciudad prodigiosa.

Un día y una tarde perfectos para la transformación de un ser humano, se daba en la pantalla de un ordenador con un mensaje demoledor después del sesteo: solamente hablar. Era el escudo adecuado para que Rosita se dejara caer, pidiendo foto del careto de Porfi, y el avispado le puso una sentado con Blanca. Rosita no pasa del metro cincuenta, con un tipo lleno de gracia y ojos negros muy vivarachos, que encajan con su oscura media melena; todo en ella estaba muy bien proporcionado. Le gusta hablar sobre cualquier tema, dejando en el sumidero los complejos, sobre todo si se trata de su último amor; ya se lo dejó caer en su primer chateo, recogiendo el guante su casanova de rebajas:

—Tranquila mujer, yo no tengo ninguna prisa; de hecho no quiero prisas.

Causó tal curiosidad en Rosita, que al día siguiente le pidió quedar en una cafetería muy conocida, en la Avenida de la Cornamenta, el metro cuadrado más caro de Gallarda, hogar de los grandes empresarios de la ciudad, infieles algunos a ambos lados del matrimonio; el nombre de esta vía fue puesto por referéndum, cuyos votos venían del Hogar de los Dementes, o lo que es lo mismo de la cabeza de Carmelona, y a quien no le guste que vote en las próximas elecciones, que ella continuará manejando los hilos hasta la coronilla de grifa. Era una mañana de miércoles cuando dos desconocidos se veían las cara en el Café Solera, lugar de reunión de los culturitas de la ciudad. Sillones de cuero marrón y negro, con mesas de madera antiquísima para el reposo de mentes creativas, que sueñan con vivir como potentados. Porfidio viste pantalones de prometedor y camisa abotonada; era una mañana de primavera por la temperatura, y el olor a tubo de escape se sentía en la gente, que andaba camino a los comercios abiertos esperando con género recién horneado y doblado, incitando a comprar sin hambre ni necesidad. El Café Solera lo manejan una pareja de amigos que se puso de acuerdo en lo de cincuenta por ciento, si quieren seguir con la amistad; el tándem lo forman Manu, el gestor de la pasta, y Raúl de servidor de su público, que abarrota el sitio los fines de semana para disfrutar el mejor café importado. El negocio es herencia de sus padres, los cuáles también siguieron siendo amigos en la jubilación, criando a sus hijos en un ambiente de tertulia; Manu y Raúl han heredado esta historia con energía y altura de miras desde que lo regentaron, e incluso juegan al billar en la única sala que hay en la ciudad, con sus respectivos padres, siendo apodados el Cuarteto Solera. Rosita era asidua de otros sitios desde que rompió con Miguel Ángel; el fin de su relación fue en este café, por lo que no quería volver; ¿qué fue entonces lo que le hizo ceder?: la educación de Porfidio, que sin darse cuenta ya había marcado un tanto. Iba preciosa con un vestido rojo pasión y medias negras a juego con sus zapatos de no muy alto taconeó; la

ropa fabricaba una señorita dulce y delicada, con la guinda de un maquillaje discreto. Porfidio abrió la puerta dejando pasar a Rosita, para sentarse en uno de los sillones que daban al ventanal testigo de un tráfico insano, del pasear de pandillas de amigos armando jaleo, con sus voces lanzando la libertad al viento, y de otro tesoro de promesas que es la juventud. Porfidio escuchaba a Rosita, que no le quitaba ojo; ella preguntó a qué se dedicaba un hombre tan educado, extrañándola que un miércoles no estuviera trabajando; Porfi salió al quite con una mentira piadosa, que las verdades saldrían después si tenían que asomarse:

—He terminado un curso de gestión comercial, ¿y tú, Rosa?

—Yo estoy buscando trabajo; vivo con mis padres.

Porfidio creyó acertar pensando que de acabar en algo que prometiera este primer encuentro, en las siguientes citas tendría que invitar; iba por mal camino. Lo que más atrajo a Rosita fue la situación de soltería en la que su pretendiente vivía. Rosa no se entrega a cualquiera, cuando su as en la manga reside en lo buena persona que es cuando ama con y sin amor, pero es cierto que necesita cerrar su herida pronto, así que concede una segunda cita al libertador de almas sangrantes; Porfi no tiene ni idea de la procedencia familiar de Rosita, una de las más ricas de la ciudad, emigrantes que regresaron con las cuentas repletas. Es más, Rosita podría permitirse el lujo de vivir sin mover un dedo, no siendo su meta. Porfidio alucinó cuando al despedirse de ella y no viniendo a cuento, Rosita lo besó rogándole volver a hablar por la noche vía móvil; se escribieron para verse en vivo y en directo el viernes. Después del primer contacto mañanero, los dos se perdieron por el bosque de hormigón con destinos diferentes; Porfi fue a casa de sus padres, que estaban preocupados por no tener noticias de su hijo. Pingralia se lo comió a besos y le regaló cuatro tápers de guiso. Se marchó sin decir una palabra sobre el encuentro por indicación de Don Salvador, dejando el domingo para contarle pormenores, y por descontado guardando detalles para él mismo, como caballero que cree ser. Hablaron Rosita y Porfi noche sí y noche también de temas candentes. A ella le hacía mucha gracia el giro artístico de la ciudad, con los nombres de algunas de sus calles, barrios y plazas tan estrambóticos, diciendo que la originalidad hace a la gente y sus sitios peculiares; Porfidio escuchaba y escuchaba, para seguir escuchando. Acercándose el día de la quedada nocturna, echó cuentas de los días que llevaba sin conectarse a las páginas de contactos, encendiéndose la luz de su interior. Para que Rosita no dudara de él, se metió en una web nueva con nuevas caras para hacer nuevos amigos, y dio con otra persona demandante de cariño clandestino con más años que Rosita, pero menos idealismo que ella, divorciada con un hijo y de conversación fluida; parecía ser su bala en la recámara para disparar la semana siguiente al fiasco del viernes, que estaba en puertas. Charló con ella no más de media hora por no agobiarla, marcando otro gol casi a bocajarro. Luisa era una mujer tan

normal como atractiva, con una dentadura sumamente cuidada que invitaba al beso perenne. Por si fuera poco no estaba para líos sentimentales ni enamoramientos tardíos. Porfidio la dejó en ascuas, debido a la cortesía que salía de su voz sin esfuerzo aparente; no contenta con ese rato, le pidió que por favor se conectaran de nuevo el domingo por la noche, gustando a Luisa Porfidio; pero antes de ella había una reserva en el restaurante Los Tres Girasoles, gestionada por Rosita; Porfidio estaba muerto de miedo pensando en la factura que vendría después de la gran cena, ignorando que no pondría sobre la mesa ni una moneda por generosidad de Rosita; el restaurante tiene ya una fama ganada por sus codillos de cordero en salsa, sin menospreciar los pescados a la parrilla; Rosita lo esperaba en la puerta del local y se abalanzó sobre él cuando lo tuvo a su vera. El hombre estaba calmado, y la mujer con la cartera sufriendo de obesidad; Porfi se preocupaba cuando se sentaron en la mesa:

—Voy a arruinar a mi padre.

Y Rosita pensaba:

—Cena bien que no sabes lo que te espera.

Rosita se zampó un codillo entero mojando la salsa con más de una ración de pan, y mientras untaba una de tantas veces, soltó:

—Hoy voy a invitarte que me tratas muy bien; te lo mereces.

Dicho y pagado. Porfidio cenó un solomillo al punto con patatas hervidas; la cena fue regada con un vino acorde al nivel de los comensales; los billetes los soltaba Rosita con gracia, no ofendiendo a nadie. Rosita miraba a Porfi con ojos de pícara cada vez que él abría la boca; se fueron a la zona de juerga universitaria, con bares infestados de hormonas saltimbanquis para dejarse querer; Rosita lo besaba con pasión dosificada pero sin parar, y Porfidio con la cintura bailonga dudando:

—¿Dónde meterá esta chica todo lo que come?, ¿y si se enamora de mi?

Mejor habría sido preguntarse cómo gasta todo lo que mastica y por qué está tan ardiente. La respuesta fue en casa de Porfidio a las dos horas y media de la primera copa; comenzó a zarandearlo de madrugada, la madrugada se hizo de día, culminando el desayuno con pasión desenfrenada de una pantera apodada Rosita la Menudita, que casi lo liquida en la primera cita con seriedad; ganas había por parte de los dos, pero lo que no sentía Porfidio, es lo malherida que estaba Rosita. Había padecido sin buscarlo un choque psicológico, infidelidad no ganada por parte de un chico que ofrecía una cara guapa y punto. Le mintió en muchas ocasiones cuando le decía que estaba ocupado (con otras compañías); la verdad salió a la luz al

descubrir Rosita ropa interior que no era suya debajo de su cama; el entonces novio perdió la oportunidad de estar con un alma que vale oro y ama en zafiro; el afortunado era en ese momento Porfi, que jadeaba pidiendo tiempo muerto:

—Mujer, ¿puedo tomar algo?

—Claro que sí cariñoso —respondió Rosita con cara de satisfacción todavía por cumplir.

Preparó unos zumos de naranja mientras Rosita se lavaba por tercera vez y se perfumaba; tenía que zarandear al indescriptible de varias posturas más. La presa sufrió una cruel derrota sin oportunidad de clemencia, soñando con una cama de la UCI, con extrema unción del Hermano Estreñimiento incluida. Rosita acabó con su sufrimiento, dando cariño torrencial a un espíritu en pena incapacitado para hablar, ni hacer juicio sobre la noche y la mañana que disfrutó, ¿no quería pasión?, toma tres tazas Porfidio. Llamaron a un taxi a la hora de comer para dejar al afortunado tullido descansando, no sin antes besarle con el corazón en sus labios, prometiendo repetición de gesta. Rosita, para ser una chica bien, sabía defenderse a raíz de la gris experiencia del amor que quiso tener y no pudo disfrutar. Una mujer con una sensibilidad tan descarnada, no podía hacer otra cosa que no fuera intentar amar de nuevo sin esperar a un nuevo amanecer; pensó más de una y siete veces en no entregarse a nadie más en un tiempo largo, aunque su instinto como el de cualquier mortal, llamaba a unas caderas con fervor por sentir como antes no había pedido, con el alma y sin planear el futuro, necesitando para lograrlo modales, sintiéndose valorada. Porfidio seguía el manual de Don Salvador con resultado inesperado, por certero y fogoso. Gracias a ronquidos vespertinos se despertó con merluza en salsa verde en su estómago, y vio un mensaje de su amada:

—Eres un cielo; me has quitado tristeza; te voy a seguir compensando.

Tiene que cuidarse el rey de los grillados, si no quiere acabar en un hospital; pasó la tarde y el anochecer en el sofá sin mover una pestaña, recordando claramente la noche anterior bien exprimida; el destino le había jugado una buena pasada, al conocer a ese hombre que no era muy parlanchín, pero sí bastante instructivo. Y de la misma manera que no alcanzaba a conocer realmente a su primera conquista, tampoco tenía una gran noción de quién era ese gran caballero que había mostrado el camino porfidiano de amar; en esos instantes no le importó; sentía en su corazón las piernas de Rosa oliendo a claveles, con sus labios abrasando su cuerpo; Salvador es un enigma por desvelar, pero Porfidio se niega a hacerlo: necesita su consejo el día siguiente. El domingo apareció con Radio Gallarda anunciando un cambio de nombre en un barrio por orden municipal; el barrio donde está la Plaza del Tercer Ojo se llamará en un mes

Barrio de los Descompuestos, con la flamante iglesia y su virgen llamada Santa María del Porrazo, por mucho que le pesara al párroco, Don Crispulo Rodríguez Santos, que pilló ese mismo día una depresión terminados los sermones. El asunto se tapó mandando al Padre Paciencia, como es conocido por sus devotos feligreses, a una aldea recóndita sin apenas clientela, para que su alma torturada repose y se recupere, con la promesa de no volver a la ciudad que tanto quiso y vio pegar el estirón. El ayuntamiento hizo un pleno extraordinario más para resolver este asunto, ganado por mayoría obligada por la Señora Carmela; el poder de esta mujer parece ser más oscuro que el chocolate que se fuma. Los paisanos no se atrevían a meter mano en este embrollo político, por miedo a perder sus servicios públicos que tan magníficamente estaban funcionando. El reemplazo del sacerdote se hizo mandando al dadivoso Don Cristóbal, novicio adicto a los predicadores americanos, así como fiel cultivador de una hierba divina de fumar antes de ir al catre. Una de las beatas estuvo a punto de ir a la página de decesos, cuando fue a darle la bienvenida un domingo a la hora de la cena; le abrió la puerta una mezcla de insumiso retirado y florista con colitis de pelo arcoíris; el apodo no tardó en surgir dentro de la parroquia: Padre Colorines. La norma insalvable si se quería asistir a sus shows, se resumía en vestir con atuendos chillones, a la vez que mostrar furor por la alegría de vivir; sus misas eran tan concurridas que tuvo que contratarse seguridad privada para acordonar la zona, y así guiar por el buen camino a la masa. En la historia de esta ciudad se había visto tanto fervor ni tanto contento para gloria de sus creyentes. La población se amontonaba en las escaleras de la iglesia para salir feliz con tanto positivismo, creando una longevidad a prueba de desgracias. Don Cristobal acudía a todos los funerales para contar chistes, haciéndoles creer que el fin de todo suplicio que puede ser vivir había acabado, y la alegría verdadera estaba en otro mundo; en cada sepelio al que asistía, llevaba comida con agua o vino, para terminarlo con una frase de su cosecha:

—¡No lloréis hijos míos, que el más allá es de toma pan y moja!

Verlo y alucinar. La ciudad más alegre del país con una vejez pegada a la juventud de espíritu. Todo ocurriendo en un momento dulce en la existencia porfidiana, convirtiendo al Padre Colorines a los más ateos, entre los cuáles se encontraba Don Salvador, que no fallaba ni un sábado, porque reservaba los domingos para su hijastro. Don Mentor estaba sin caber de gozo esperando a Porfi, mientras le servían la ensalada, cuando vio entrar a un descalabrado sin batería; era de todo menos un hombre en plenitud de energía, con una sonrisa similar a la que tenía cuando en el colegio le daban las notas de lengua. Porfidio vio al mismo Dios hecho carne, con su ropa allanada respirando pulcritud, y Don Salvador lo llamaba para que se sentara junto a él; pidió para el mozo doble menú, que más sabe el abuelo por viejo que por jubilado. A Porfidio le dolían las pestañas, se sentó como

un moroso apaleado mirando a Don Salvador con cara de “socorro, dónde me he metido”. Don Salvador reía sin parar:

—Don Salvador, estoy roto.

—¡Has tenido éxito, chico!; estoy muy orgulloso de ti.

—Tenía usted razón; escuchar, escuchar y esperar.

—Ya te lo dije.; ¿cómo es la afortunada?

—Muy graciosa; un ser altruista de la entrega amatoria.

El asado de pollo se zampó con hambre lobuna, siendo rematado de segundo por un par de huevos fritos y patatas para bajarle los dolores; el postre dio lugar a una clase de sapiencia:

—Don Salvador, ¿por qué fue tan fácil? —ya más recuperado.

—Porque nadie ama y odia como una mujer, chico; estaría dolida por la traición; ¿te contó algo de su última pareja?

—Sí; me dijo que se sentía humillada y que creía no volver a sentir el amor con otra persona.

—¿Y tú la escuchaste?

—Hice todo lo que usted me dijo y sigo acordándome de la cita; me ha dejado sin palabras; es usted un maestro.

—No chico; soy un hombre como los demás que ves en este comedor; la única diferencia entre nosotros y tú, es que con lo que hemos aprendido, no podemos dar marcha atrás, pero tú sí puedes rectificar y disfrutar lo que nosotros no hemos podido. Una mujer es una máquina de dar vida y sentir; piensa por un momento que ellas aman hacia adentro, al tener sus órganos escondidos, y a nosotros nos cuelga un trozo de carne que a veces es un esperpento, ¿tú crees que se siente igual el placer?, no chico, de ninguna manera. Quien pare manda, y para darte su tesoro necesitan comprensión; a cambio te guían, te protegen y te cuidan, por eso me he quedado más que viudo desde que mi mujer se marchó. A lo que iba, ¿tienes trabajo?

—Ahora no; mi padre tiene una pequeña empresa y quiere que vuelva con él.

—Una persona sin porvenir no tiene nada que ofrecer al mundo, y ese arma debes explotarla también, pero con cuidado; ¿sabes cuál es?

—No Don Salvador.

—Decir si te preguntan que trabajas en una empresa y nada más. A nadie le interesa quién la lleva ni quién la hereda; tu padre estará cansado de tantos años llegando tarde a casa y viéndote dormir; se arrepentirá de no haber podido disfrutar de su hijo todo lo que quería, así que no se lo tengas en cuenta.

—Nunca se lo he tenido, ¿cómo sabe usted tanto de los demás?

—Escuchando, viendo y haciendo caso a mi mujer que en paz descanse. Pero vamos a lo que importa, ¿te ha dicho la chica que volverá a verte?

—Eso me ha escrito.

—Pues no le presiones y deja que ella te llame o te escriba. Ir detrás de la gente les hace pensar que te tienen en la palma de sus manos, pero si pasas un poco y vas día a día por tus intereses, te llamarán, ¿me explico?

—Claramente Don Salvador.

—Bien chico; ahora deja que ella piense y ve buscando otra alternativa; debes jugar así sin olvidar la ignorancia en su justa medida, y no solamente para querer sino para vivir; pasa un poco del mundo para construir el tuyo; ¿cómo es la próxima pretendiente?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Tú crees que eres el único con el que hablan?; pues vas apañado.

—Es una mujer madura; le dije que no tenía prisa y que hablaríamos esta noche.

—Bien hecho; no le des la espalda ni la persigas, vas muy bien mi chico. Ahora deja que piensen en ti; si la primera vuelve, entrégate como ella lo hace y deja que la segunda espere un poco más si le interesa, ¡y habla con tu padre, ofrece al hombre tu ayuda, ahí está tu salvación! Si yo hubiera podido...aunque la jugada me salió bien. Es igual, empieza a ganar dinero que falta te va a hacer.

Salieron los dos cebados en dirección a casa del impresor. El anciano estaba encariñándose de un treintañero de domingo a domingo, con posibilidades de amar lo que él no amó antes de casarse, siendo un hombre feliz junto a su Cefe. Entraron a su sexto piso comprado con toda la ilusión del mundo siendo muy jóvenes, en el casco viejo de Villa Gallarda. Nada más entrar vio Porfidio el retrato de una mujer con el pelo ondulado, luciendo unos ojos verdes acompañados por una sonrisa de actriz de cine:

—Esta es mi mujer; cuando entro en mi casa beso el retrato; en esta foto pasaba los cuarenta, que fue para mi la mejor época de nuestra vida; bueno, toda nuestra vida juntos fue la mejor. Ella cuidó de mi y me dio unas hijas maravillosas, ¿te acuerdas de lo que te dije?

—Sí Don Salvador, que dan vida.

—Y la quitan si les haces sufrir; tu chica te ha dado lo que a otros no, que es su vida interior; te dio lo que tenía guardado para quien la respetara; y espera que verás de lo que puede ser capaz, hasta de compartir su fortuna contigo si la tiene.

—Me invitó a cenar a Los Tres Girasoles, ¿lo conoce?

—¿Que si lo conozco?; es el único restaurante al que iba con mi mujer y mis hijas a cenar en ocasiones especiales. Chico, has tenido mucha suerte, tú has nacido de pie; ¿tienes buenos amigos?

—Desde críos Don Salvador; tres chicos y una chica; dicen que estoy tarado pero no les hago caso; yo sigo a lo mío y les quiero como a mi vida, que conste. La chica se llama Blanca, como los dientes de su mujer, preciosos por cierto. Va a ser madre ahora y su hijo tendrá el nombre de un vecino nuestro que murió muy joven por culpa de la droga.

—Eso sí que es una tragedia; no los dejes de lado porque ni ellos ni tus padres te dejarán tirado. ¿Un gin-tonic para bajar el atracón?

—¡Perfecto Don Salvador!

Salvador le sirvió una copa mejor hecha que en cualquier local de moda de la ciudad. Porfidio se convirtió en el único invitado a su casa desde su viudez; no se atrevía a confesar que estaba deseando que llegara el próximo domingo, para estar con su chico y hablar de sus vidas, corriendo el tiempo que se las pelaba cuando estaban juntos; Porfidio tuvo que marcharse para echar un vistazo a sus padres; al llevar llaves de casa entró sin llamar, encontrando a Fligido y Pingralia sin ropa en el salón, jugando al escondite equis equis equis:

—Padre, madre, ¿qué hacéis desnudos de fe?

—Podrías haber llamado hijo; espéranos en la cocina —dijo Pingralio.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó su madre.

—Pues nada importante; decirle a papá si quiere que le ayude en la empresa otra vez, si lo ve bien.

—¿Que si lo veo bien?; estaba esperando este momento hijo.

—Necesito me des una semana para resolver unos temas.

—No hay problema hijo, ¿vienes mañana a comer?

—No madre, todavía tengo tápers.

—Vale hijo; qué alegría nos has dado; llámanos si necesitas algo.

Salió de casa de sus padres sin juzgar la escena; estaba contento al comprobar que su familia se ama sin tener en cuenta la edad, una rareza con cuerpos un tanto ya vencidos por tanta lucha. Ya en su casa echó un vistazo al móvil como quien no quiere la cosa, fijándose en un corazón latiendo de Rosita con el siguiente mensaje: te echo de menos. Luisa tendría que esperar a la mañana del lunes, que despertó con su peregrinación a la panadería sin querer seducir, lo que hizo que Antoñita se extrañara:

—Buenos días guapo, ¿lo de siempre?

—Sí gracias.

—Te noto despistado, ¿estás bien?

—Mejor que nunca; ahora estoy muy liado.

Antoñita sacó un trozo de papel con su número de móvil, para dárselo con una sonrisa que a ninguno de sus clientes había regalado antes; se encontraba abusadora de deseo:

—Este mes libro los viernes; a ver si quedamos.

—Ya veremos; gracias.

Salió con su barra de pan y andar despreocupado a su palacio, con el hambre por bandera. Un bocadillo de jamón cocido con pan que rompe al cortarlo con cuchillo de sierra, fue el detonante de una jornada espectacular. Quiso ponerse el primero en la cola, y lo logró despachando a Luisa con una conversación breve: quedaron a tomar café una media mañana antes del fin de semana. Luisa dio el visto bueno, y un miércoles a las diez y media estaban tomando capuchinos cerca de casa de Don Salvador, coincidiendo con el paseo matutino del maestro. El hombre andaba recién duchado y afeitado, cuando la corazonada hizo su trabajo y vio a un chico vestido con ropa de hombre en sus cabales, hablando con una mujer como si se conocieran bastante. Luisa lucía vaqueros y camisa que hacían de ella una escultura pecaminosa en grado supino; Don Salvador se fijó en ellos, sonrió y siguió su marcha. Luisa contaba su divorcio con bajada al averno, subiéndola Porfidio al cielo de las oportunidades:

—Me dejó sin dinero ni casa. Menos mal que mi madre me recogió y pude levantar cabeza.

—¿Y cómo estás ahora?

—Yo estupendamente, ¿cómo me ves tú?

—Te veo con buen ánimo; recordemos que la vida es cíclica y lo que nos ocurre sea bueno o malo, es por algo; todos hemos pasado por situaciones delicadas, pero aquí estamos. Tuve que asumir que lo que me ocurría no era mi culpa (mandar gente al manicomio no, claro que no); la vida es así, y ahora nos toca disfrutarla, que para eso hemos venido al mundo.

—¿Eres psicólogo? —preguntaba Luisa.

—No mujer; simplemente pienso —en revolcarme con usted, por supuesto.

—Pues voy a contarte algo más. Encima me mandó a juicio para que le pasara pensión y viviera del cuento; ahora está en casa de un amigo sin trabajar; ¿tú tienes casa?

—Sí, en la zona norte.

—¡Uy, esa zona es preciosa!, ¿me la enseñarás algún día?

—Cuando te apetezca.

—Pues me apetece ahora, ¿te importa?

—En absoluto, ¿vamos?

Caza sin rececho; más rápido no puede alcanzarse la cima de la intimidación. Porfidio se disculpó de antemano por si veía desorden en la casa, lo que no era verdad; había hecho una limpieza de mantenimiento y quitó todos los enredos. Luisa disfrutó con las vistas del balcón a la calle salón que olía a tranquilidad, con Porfidio explicándole lo bien que se lo pasa en su piso cuando se encuentra solo meditando (mentira cochina):

—¿También haces meditación?

—Sí, ayuda mucho a sobrellevar el día a día, ¿no crees?

—¿Puedes enseñarme?

—Sin problema, ven al sofá y siéntate a mi lado.

Luisa se sentía plenamente protegida, dejándose llevar por las manos de Porfi. Una caricia hizo que se estremeciera, y lo abrazara con un beso aterciopelado en el suyo, dando paso a otro de largometraje. La pasión brotaba a ritmo de paseo de pareja enamorada, que visualizaba cómo el sueño de sentir el calor se acercaba, dando soltura al sentir de él meditando de veras:

—Te acaricio sin temor al susto, quitándote la ropa con una suavidad que no entrené pero sí intuí. Repaso tus piernas, y me lo agradeces con unos ojos que lucen en honor a tu sacrificio, estando ante un desconocido. Dame tus labios para que los míos se humedezcan en un trono sucio, acolchado, y déjame abrazarte porque voy a tender tu blusa sobre una silla, para ver tu alma hecha fuego con la leña de las lágrimas ya vertidas, y las que caerán. No me pongo sobre ti por imposición debido al acuerdo que hemos besado, sin cláusula de continuación. Luisa te nombro y adoro, al regalarme tu pecado, cocinando un cuerpo desnudo que escudriño palmo a palmo. Eres la fuente de la cual surge mi experiencia en un arte enjuiciable, ilegal, consentido. Voy a comerme tu pena en un roce imperceptible sin tiempo marcado, estando tú y yo separados por la timidez que hago se marche rabiosa. Ofrecemos lo que nos viene, rascando el seso del deseo, e invocando un ardor que no se narra a la multitud. Tenemos que hacerlo para amar sin nudos ni intemperie.

Luisa deseaba a Porfidio haciendo gala de su madurez, deseando con clase al dosificar su amor en lencería granate. No scandalizaba ni daba muestras de vulgaridad, a su modo de apasionarse sobre unas almohadas aún sin sudar. La tormenta venía de los brazos de Porfidio, leyendo los ojos de Luisa con órdenes de energía y aguante. Así fue la culminación de la obra trabajada por ambos, con los ojos blancos de Luisa, enganchada a Porfi con solidez; su caras resumieron el momento vivido en dos tesoros: libertad y deseo. Hablaron un buen rato, con Luisa rascando el pecho de su amante, y frotando sus piernas en la plenitud de la paz que produce un desahogo espiritual. Cuando la conversación acabó, Luisa pidió una toalla que ya tenía preparada sobre el bidé, invitando a su amado a pasar el gel, que degeneraría en más pasión mojada en los poros de sus pieles, con un segundo asalto finalizando en empate. Un sueño cumplido por los dos e imaginado por Don Salvador, a la luz de una hermosa mañana regada con agua, crema hidratante y desodorante antes de salir del piso. Luisa tocaba la mano derecha de Porfidio, mientras él cambiaba de marchas tan fácilmente, que el trayecto de vuelta a la cafetería se hizo sin sentir.

—¿Te veré de nuevo?

—De ti depende; a mi me encantará, porque acabo de estar con una gran persona.

—Entonces nos veremos pronto, ¡adiós guapo!

La despedida quiso decir en realidad un hasta muy pronto. Porfidio volvió a su refugio, necesitado de guiso listo para calentar en microondas; Luisa había preparado un estofado de pavo para su madre y ella, con una tarde especial para los dos en sus sofás, pensando si pudo haber sido mejor. Fligida había quedado con la mujer de Diego para ir al centro, mientras sus maridos se encerraban en los despachos, haciendo dinero con ayuda de la informática y ahorrando costes, que el bajo comercial en el que trabajaban ya estaba pagado, esperando a Porfidio con mesa y ordenador puestos; se lo dijo a sus amigos creando sueños profundos la noche de la noticia:

—José, es buena señal, ¿no? —preguntaba Floriano con esperanza.

—Espera, que este manda a todos los clientes al loquero o al camposanto —sin mirar a su Floriano.

—No exageres hombre —pensaba Floriano en su ignorancia.

—¿Que no?; ya verás, ya —sabía reflexión del modisto.

Lo que pasó al día siguiente de la noticia se calificaría como no normal. Anselmo y Juan Carlos se las arreglaron para entrar en la iglesia del Padre Colorines, vestidos de flamenca extasiada y corista con lumbago, alegando confesión urgente. La gente los miraba por la calle, temiendo que el ayuntamiento estaba yendo demasiado lejos con la modernidad; Blanca no pisó la acera de su barrio por miedo a verse involucrada. Don Cristóbal les abrió, y se pasmó al creer que eran dos travestidos que iban a robarle:

—Padre, venimos a confesarnos a la vez, y vamos de esta guisa por un amigo que parece haber recuperado la cordura; queremos que la pierda —dijo Anselmo con preocupación.

—Parecéis unos adúlteros sin rumbo, hijos míos.

—Ni allá lejos padre; necesitamos confesión, por favor —Juan Carlos yendo directo al grano.

Don Cristóbal los llevó al confesionario para que ellos contaran las faltas de su amigo, en lugar de las suyas; el Padre Colorines necesitó menos de un cuarto de hora para salir corriendo a tomar una copa doble de anís y sacar un látigo, ¿para castigarles?; fue que no, porque primero echó a los dos a escobazos, y luego volvió a su cuarto para autoflagelarse:

—¡Desalmados, libertinos!

Cuando ya no le quedaban fuerzas ni para darse un pellizco en la ceja, llamó a urgencias por el estropicio de su espalda. Acto seguido

regresó a su cuarto, dibujó un retrato del demonio, al que pintó con flores en la cabeza antes de marcharse de la ciudad, con una carta dirigida al obispo de turno:

Su hasta hoy adorada Eminencia.

Me dirijo a usted por este medio, al verme imposibilitado de explicar delante de su rostro, tan fiel a Dios y al dinero, lo que voy a relatar. Resulta que ustedes me mandaron a esta parroquia, con la intención de salvar almas o lo que es lo mismo, convertir lo inconvertible. Creía yo en mi inocencia como criado del todopoderoso, que ya lo había visto y me lo habían contado todo. Pero me veo harto de beatos cebados y viejas que jamás han espolvoreado su entrepierna, creídas ellas que pecaban si amaban. Pues esa es la cuestión que da lugar a mi renuncia como confesor, que hay un feligrés en esta ciudad que supera mi labor con creces, tiene ideas revolucionarias para el mundo del cine, habla como los ángeles custodios con sus confesadas, y si ahondamos más en su personalidad arrolladora, me da a mí que le va a faltar cañón de tanto fornicar. Un humilde obrero de la iglesia como yo, solamente aspiraba a dominar almas díscolas embriagadas por el materialismo, y viene ahora a ser todo lo contrario de mis años de seminarista. El verdadero ser supremo que todos nos guía, es un individuo altamente masturbador, generoso con la carne y el vicio alcohólico, unido a otras tentaciones más, ¿o qué se creía usted? Es ahora cuando comprendo el por qué de su palidez impenetrable sin tratar, radicada en que se esconde por su piso, tocándose más que un simio selvático en plena catarsis hormonal. Aparte de estas, podría haber otras razones que hagan efectiva mi renuncia; voy a consagrarme a la vida hippie en una comuna de magantos, desde el alba a la medianoche. Ya me he cansado de escuchar tonterías sin fuste, bostezando por no escupir al suelo, y dejarlo a usted en evidencia. Quiero enseñar el trasero en una playa, ver hipopótamos fluorescentes colocado hasta las sienes, sin más preocupación que mirar al horizonte, porque el mundo se va al carajo, lo quiera usted o no. Necesito humedecer mi liana con ímpetu y celeridad, no vaya a ser que la manguera se estropee, y tenga que sondarme, haciendo mi penalidad más honda. Yo sé que usted no entenderá lo que le he escrito, al venir de una saga de estreñidos iluminados, pero vamos eminencia, que me la trae al paio. He visto la luz hace un día y voy a adorar a un ser que no conozco, meditando sobre él para que me dé fuerza y honor fornicador hasta el fin de mis días, sentado junto al tito Lucifer, en compañía de un quinteto de meretrices. No olvide que al ser un inminente peregrino pecador, dejo de tener alma, por lo cual, mi salvación no es viable. Recomendando con ahínco ponga en mi lugar a una emperatriz gobernante de la casa consistorial, que dicen por ahí, que se le da de perlas persuadir con fiereza a todo el que la escucha. Aquí termino mi servicio para ser un aficionado al masaje prostático, sin importar la hora; recuerdos al suyo hijo ilegítimo que vive en el pueblo en el que empecé mi labor pastoral.

Para convencerse a sí mismo de su juicio, Gallataxi lo llevó al Retiro Municipal de Almas Trastocadas; lo recibieron con las puertas abiertas. A falta de camas, durmió la primera noche en la habitación de Fina la Fibrosa, encontrando el amor verdadero. Llegaba la señora muy sudorosa de su clase de combate con saña al saco, y en cuanto lo vio se le iluminó la mirada:

—¡Qué bello ejemplar es usted! —exclamó con decisión.

—Mejorando lo visto —respondió Cris.

El inicio de una unión, se rubricó esa misma noche con el consiguiente insomnio de sus compañeros grillados. Dando gusto a sus cuerpos, se les oía rugir y chillar con pasión alocada, envidiada sanamente:

—¡Hala, no paran! —susurraba Eladio mirando al techo.

Solicitaron los amantes el alta voluntaria a la mañana siguiente, llevando una tarjeta con sus nombres y falta de ocupaciones reconocidas, con estampa de un sello del ayuntamiento que decía: reinsertados para lo global. Pasaron por el obispado para recochinearse, y después desaparecer con la limosna de la última semana que Cris había sisado; se instalaron en la costa pasando un mes de sobe en sobe, y cuando se dieron cuenta que les quedaba poco del robo parroquial, se pusieron a producir, dando clases de meditación él, con sesiones de guantazos a puño cerrado ella, ¡y les fue de fábula! Sus empresas podían hacerse franquicias, pero la idea fue rechazada de inmediato por el Padre Motocultor, que hacía el amor empujando sin oxidarse:

—Fina, diosa de mis pasiones, demasiado dinero serían más preocupaciones.

—Estoy contigo mi amoroso. Yo quiero comer bien, dormir mucho y rozarme contigo, hasta que no podamos con nuestros cuerpos; sigamos siendo felices.

La avaricia no entraba en sus vidas estando unidos. Casi nadie adivinó cómo les fue desde que dejaron la ciudad, y a ellos les importó poco, porque se dedicaban al cultivo emocional de uno hacia la otra y al revés, a veces encima, con algunas que otras de lado mirando a la persiana, y debajo poniendo gestos orgásmicos mirando al espejo...vamos que se lo pasaron en grande honrando al amor libre sin más pretensiones, al igual que Porfidio, principal causante de este bello destino, que unió a otros dos girados de la olla que no hacían daño a nadie. Don Cristóbal pasó a ser conocido como Cris el Señor de los Chacras, y Fina la repartidora de galletas, doctorada en autodefensa y exaltación del yo voy a darte con lo primero que agarre si te arrimas más. Porfi los vio el día de su desaparición,

acaramelados saliendo de la iglesia con el botín y mirando al firmamento. Su cabezota iba un poco más derecha, a pesar de tener a sus más fieles seguidores revueltos, por temor a que su naturaleza excéntrica saliera pidiendo poderío, y volviera a montar algún taco sonado para la radio, o televisado para la audiencia. El domingo llegaba feliz para Don Salvador, y lleno de entusiasmo para Porfidio. Ya se daban abrazos sin pudor, comían de hombre a loco reconducido, con el anciano de gafas de pasta roja y calva curiosa, queriendo el informe semanal:

—A ver chico, ¿cómo te está yendo?

—Mejor de lo que yo esperaba Don Salvador; ahora mismo estoy con dos a la vez y no sé cómo manejarlo.

—¿Quieres una idea?

—Por favor.

—Sé tú mismo, relájate y sigue escuchando; deja que ocurra lo que tenga que ocurrir haciendo lo siguiente: pon tierra de por medio y descansa esta semana; deja que te escriban, no escribas tú, ¿te acuerdas?

—Sí señor, ¿y la ginebra con tónica?

—Luego te la pondré con mucho gusto, ¿cómo va el trabajo?

—Empiezo con mi padre en su empresa mañana; es agente comercial y tiene muy buenos clientes.

—¡Muy bien chico!, necesitas dinero para seguir el ritmo. La gente conformista termina por no vivir tranquila, y la codiciosa por no saber vivir.

—¡Qué razón tiene Don Salvador!

Con las instrucciones bien seguidas, ese día no hubo mensajes, peregrinando a su camaza antes de las once; tenía que madrugar y causar buena impresión a Don Pingralio.

Capítulo nueve. Abundancia.

Tiempo llevaba sin tener prisa por ir a cualquier sitio, pero esa mañana aparecía por el despacho de su padre, corriendo al trono con los pantalones casi bajados; eran los nervios del estreno, al no querer defraudarle llegando tarde; la caca no llegó al río. Le esperaba una mesa rectangular de aglomerado nada trillada, y adornada con un ordenador portátil plateado sin abrir, unos archivadores listos en la estantería a sus espaldas, para pasar de papel a pantalla con tarea de sobra toda la mañana. Iba a estar entretenido y no le disgustaría; le daba lo mismo, ya que no tiene recuerdos de haber perseguido una vocación que le habría hecho dejarlo todo. Porfidio se afanaba a la espera de atender las primeras llamadas de teléfono con éxito, con ese modo de hablar tan académico, tan del medievo. Su padre pesaba en sacar la buena naturaleza del hijo, ayudado por el trabajo y las habilidades de su lengua para la rama comercial. Pingralio necesitaba descansar, dejando su despacho a media tarde; Porfidio recuerda las veces que se dormía, sin poder ver a su padre de vuelta de su trabajo, y se empleaba más a fondo con el manejo de la base de datos de clientes y proveedores, gracias al programa de facturación en una semana. Cuando Diego Miguel lo vio entrar y tras su episodio con el váter, le dio un abrazo de padre; el viernes de esa semana fueron los tres a almorzar y hablar de trabajo en horas de trabajo; durante esas jornadas tan instructivas, recibió mensajes de sus amadas; se negó a quedar con ellas por orden divina de Don Salvador; prefirió ver a sus amigos, que lo habían dado por caso perdido, sin poder creer todo aquello que su corazón estaba sintiendo en los últimos tiempos:

—Tú no eres el Porfidio que jugaba con nosotros en el patio —decía Juan Carlos.

—¡Nos lo han quitado! —refunfuñaba Anselmo.

—¡Que no!; es que he conocido a una persona que me está ayudando mucho; es un señor mayor, quedo con él de vez en cuando.

—Cuando Joselito se entere. ¿No crees que uno de nuestra edad te vendría mejor?; sabíamos que eras un depravado, pero esto... —dijo Juan Carlos apenado.

—¡Animal, es un amigo que me aconseja muy bien!; escuchar es la clave si no queréis ser conformistas de la vida —dijo Porfidio a sus amigos.

—Nosotros no somos conformistas, ¿o sí? —se preguntaba Anselmo.

—Yo necesito vivir; hay que pasarlo bien con la cabeza en su sitio, porque si no, ¿qué sería de nosotros? —palabras de Porfidio.

Juan Carlos y Anselmo estaban petrificados con las disertaciones porfidianas, nacidas de un día de misa, con un menú de menos de nueve euros. Sus dos amigos quedaron en verlo en otro momento. Comía y cenaba paz con su móvil en modo silencio, cuando otro domingo más acudía al rescate de un hombre muy solo, que había recuperado la ilusión con su aprendiz y protegido. Don Salvador dejó de tener esa cara tan agria para escuchar música clásica mientras desayunaba, limpiar su casa y recorrer los barrios nuevos, pudiendo comprobar el crecimiento de la Real Gallarda, aupado por el racional y colorido urbanismo de la dueña. Pasaba sin saberlo por el edificio en el que Porfidio se crió, pegado al casco viejo; el edificio de los únicos ya no rebosaba de vida, al estar ocupado por matrimonios sin más compañía que ellos mismos con sus recuerdos. La comunidad propuso reunirlos a todos en una comida vecinal, para que recorrieran con cariño el cuarto donde guardaban las bicicletas, y el patio en el que jugaban al fútbol. Joselito vino con su ya marido de incógnito, como es costumbre en los dos, y con la billetera queriendo escupir. Estaban emocionados al ver la suerte con la que había pasado sus infancias, sin bombas ni penurias económicas que los habrían dejado tumbados o en la cárcel. Una sala de Los Tres Girasoles estaba reservada para la ocasión, con una silla vacía para Silvio:

—¡Qué escalofrío, parece que alguien me ha tocado! —dijo Joselito.

—No delires José, será el hambre —palabras ignorantes de su Floriano.

Se rieron los vecinos con el susto de Joselito. Juan Carlos y Anselmo notaron algo en sus hombros, y Blanca con su hijo pataleando, sintió que alguien más estaba con ellos; Porfidio no dejó de tener a Silvio a su lado, que vio cómo su gente comía a placer delicias cocinadas por artistas, con el galardón de Miembros de la Sociedad Gastronómica Gallardiana. Joselito apoquinó la fortuna que costó el banquete, dejó una propina de agárrate y no te menees, cerrando el restaurante a media tarde para el equipo de creadores y sucesores. Fligido, Pingralia, Diego Miguel, su mujer Ana y los padres de Joselito, pillaron tal melopea, que volvieron a sus casas pagando taxistas. Los hijos se fueron a sus refugios salvo José Arzuaga y Floriano, que durmieron en casa de Porfidio. Conversaron hasta las tantas para irse a dormir con sábanas compradas por el colgado, y estrenadas por los artistas; se sintieron como en el chalet reformado a su gusto, en una urbanización exclusiva de la ciudad: como en su casa. Floriano conocía por boca de su José la niñez tan buena que Porfidio le dio, sin dejar de lado a los otros. Para Joselito, es un alma de encomiable fragilidad a la que cuidar; Porfi lo defendía de las faltas de respeto del pobre Silvio; ahora han cambiado las tornas, y Joselito es el que quiere proteger a Porfidio, intentando ayudarlo a ir por el camino que necesita tomar. Desayunaron en una cafetería del barrio, con admiradores al otro lado de las ventanas; dos mujeres de su misma

edad se acercaron a pedirle un autógrafo, que José firmó con amabilidad; Porfidio se sentía alguien importante:

—Anda, ahora va a subir tu cotización; si supieran lo que éramos de críos —decía Joselito a su amigo del alma.

—Unos soñadores, con la diferencia que tú lo hacías por algo real, porque naciste para ser lo que eres; yo sigo soñando —Porfidio replicó con sentido común.

Joselito percibía el cambio en su amigo, camino de la realidad tan cruda y agradecida; de todas formas no dejaba de fiarse del todo, a tenor de lo que soltó cuando llegó el coche con chófer que iba a recoger al modisto y su cónyuge:

—¿Es que has contratado a un coronel del ejército del aire para que os lleve a casa?

—¡Estás chalado!; es un favor de una amiga mía.

—Bueno hombre, no te pongas así que estoy cambiando; dadme un abrazo y cuidaos mucho, que sois el estandarte de los opulentos.

—Lo que yo te diga; como una cabra; vamos Floriano, ¡y dile a estos que volvemos pronto!

Floriano se despidió de Porfi con ganas de volver, comprobando el heredero del Imperio Arzuaga lo merecidas que son las amistades sanas y trastocadas. La pareja llegó a la hora de comer a su chalet con piscina climatizada, pisando suelo de mármol de Macael con un menú a mantel puesto exquisito; arroz y marisco fresco, con tacos de atún rojo comprados esa misma mañana en el mejor mercado de abastos de la ciudad de locos de verdad; son de cuchara fina y tenedor delicado, gastado a golpes en el alma, pudiendo permitirse eso y muchísimo más. El menú diario lo confecciona su cocinero, para luego disfrutarlo con todo el servicio de la casa; los dueños de la mansión se han criado en un ambiente de humanidad que no ha sobrado, vengan los tiempos que vengan; por eso los reúne Joselito a diario, y se chupan los dedos con esas viandas, salvo los días que el jefe y su consorte están de viaje; dan mil vueltas a sus vecinos arrogantes por faltos de cariño, no relacionándose con ellos. A esa misma hora, otro domingo sin igual tocaba la puerta de Don Salvador y Don Porfidio, con bacalao en salsa verde ordenado por el ayuntamiento, para tener un poco calmado al obispo renegón; la imposición de pescado el último día de la semana en clubes de jubilados, hospitales y residencias de ancianos, venía de unos ovarios porreros que aplicaba la máxima de ser lo que se come, metiendo el guiso de pez al Parlamento de Insanos de Conciencia, a condición que Eladio apalee ya muertos a los pobres animales el día anterior, como ejercicio antiestrés. Hay una calma en la ciudad típica de un pueblo

sin noticias importantes que chismorrear, si se quita la que da la televisión en las cadenas para todo el país como un curioso caso de estudio: la sala de oncología del principal hospital de la ciudad está casi vacía, ocurriendo lo mismo con los dos más jóvenes, inaugurados por la reina de la llanura. Corriendo como un bulo interesante, disparó el turismo y alimentó la leyenda de, quien se instalara en esta ciudad, iba a vivir mucho y bien. Era un hecho atrayente a otras familias de provincias lejanas, hasta del otro extremo del país para encontrar la manera de trabajar y echar raíces en este paraíso. Fama tenía además por ser una ciudad con habitantes que cuidaban el lenguaje con esmero, dando la misma importancia a la asignatura en colegios, institutos y universidades que a las ciencias de cualquier especialidad. Gallarda cogía prestigio al son de los botafumeiros con hierbas de la alcaldesa, sacando a los feligreses con carcajadas y visiones celestiales que duraban días. La felicidad de gallardianas y gallardianos era la prioridad de tía y sobrina, consiguiéndolo con admiración y cachondeo del resto del país a partes casi iguales. Salvador volvía a abrazar a Porfidio:

—¡A mis brazos chico!

—¡Don Salvador!, ¿cómo está?

—Ahora bien.

—¿Es que se encontraba mal usted?

—No chico; estoy tomándote aprecio, nada más. Ya sabes que no he tenido hijos.

—Pero seguro que sus hijas son mujeres estupendas.

—¡Sí que lo son!; y dime, ¿cómo vas de amores?

—Demasiado bien Don Salvador; no me dejan parar hasta que suplico.

—Bien chico, bien. Cuando una mujer ama lo hace con el alma, pudiendo destrozar al más fuerte; nadie escapa a los ojos de una mujer, ¡o los de un hombre con la sensibilidad de una mujer! ¿Sigues escuchando?

—Sin dudarlo Don Salvador.

—Bien chico; debes tener el valor de parar una relación cuando no te llene.

—Me queda todavía un poco para cansarme, ¡si llevo media vida aguantando!

—¿Y tu trabajo?

—Bien Don Salvador.

—No lo dices con entusiasmo; eso significa que no te alimenta.

Ya en casa del padre adoptivo, y con una copa de licor en la mano, la charla continuó:

—Dices que no te llena el trabajo; ¿tienes opciones?

—No señor, y eso es lo que me preocupa; mi felicidad están en juego, y no quiero dejar a mi padre tirado. Tanto él como mi madre son bellísimas personas, y no quiero hacerles sufrir más.

—Pero has de ser valiente y construir tu destino. Quien no lo hace se condena a repetir la historia familiar; ¿cuántos profesionales no debieron ser por seguir la tradición, y echan a perder sus vidas y las del resto?

—No conozco esos casos Don Salvador.

—Yo he visto alguno que otro; debes y tienes que ser tú desde que te levantes hasta que te acuestes; es el único camino para irte satisfecho con los grandes creadores, los que nos vigilan. Alimenta tu alma con cosas y formas de vivir que te hagan sentir bien cada día, construye tu destino; tu padre tendrá suficiente dinero como para vivir con tu madre sin preocupaciones lo que les queda de vida, así que debes encontrar tu camino, y créeme que te vendrá la señal, porque lo bueno viene cuando estamos preparados para que llegue, que normalmente es cuando lo necesitamos, no cuando queremos. La vida nunca es completa y siempre pagarás por lo que obtienes, llevando cuidado en no ofender a quien no te lo ha hecho, y si te hacen daño, castiga con el látigo de la indiferencia. Trata a todos por igual sin que importe el tamaño de su monedero, pero no seas demasiado bueno, o sufrirás más de la cuenta, que tú también tienes unos intereses. Cuando dejes de sentir con alguna de las chicas con las que estás, díselo con educación, porque ellas no se merecen desprecio de tu parte, y volverán o no a ti, pero siempre te recordarán con afecto. Quiere mucho a tus padres porque han sufrido por ti lo que nadie va a sufrir, ahora sobre todo que los tienes vivos; llévalos a tomar un café un sábado o domingo por la tarde así sin planearlo, y cuéntales cómo te sientes, y lo que significas para ellos. Ama a tus amigos porque son capaces de sacarte de la muerte. Ama mucho Porfidio, todo lo que puedas, y nunca dejes de luchar por tu destino defendiendo tu posición; serás tan feliz que ni te lo creerás.

—¿Usted cree?

—Por supuesto que lo creo; nos vigilan chico.

—¿Quiénes nos vigilan?

—Si piensas que este mundo es una casualidad te equivocas.

—¿Un ser supremo?

—Un consejo más; si das con una mujer casada, cosa que no te aconsejo que hagas, compra el gel de baño, el champú y el perfume que ella utilice, con el fin de eliminar sospechas en su casa.

—Entendido; ¿lo veré el domingo próximo?

—Espero que sí chico, o mejor dicho proyecto de hombre; tu evolución es admirable.

—Déjeme preguntarle algo; ¿cómo habla tan bien nuestra lengua?

—Porque me obligaban, nos obligaban en la escuela y en los talleres de oficios. Era una orden que viene siglos atrás del hombre que fundó esta ciudad, pasando el testigo a sus familiares, que son los que realmente mandan aquí, ¡y nadie les tose!, porque somos los ciudadanos más felices del universo salvo algunas excepciones, claro está; ese gran hombre merece el mejor de los legados que Gallarda puede hacerle, y es cultivar este tesoro que tenemos y nadie nos quitará; hay gente de la ciudad que al hablar parece de otra época, y qué le vamos a hacer. Tú y todos los que vivimos aquí somos privilegiados, ¡y nos vigilan chico, la tierra está vigilada y tú formarás parte de la historia de esta ciudad sin poder evitarlo!

—Si usted lo dice, bien está.

Porfi volvió a su casa medio entero, al quedarse meditabundo escuchando las palabras de su mago. Le atrajo todo sin desechar nada dicho esa tarde, llena de cosas en las que pensar. No era nadie según Don Salvador, ni siquiera un grano de arena desértica pegada a otros miles de millones. Más le gustó la idea de la vigilancia por parte de alguien o algo que lo ve todo:

—Si en Gallarda no hay cámaras ni policías patrullando, ¿quién fue ese gran hombre que creo lo que ahora tenemos?

Cierta era su meditación; el crimen en Gallarda es residual, se paga con el destierro, y si se vuelve para fastidiar, te envían al Edificio de los Prácticamente Imposibles o cárcel, construido por orden santa carmelitana, a una celda de aislamiento y rancho digerible por justos reos. Pero lo más intrigante para él fue la gran pregunta que le rondó toda la noche: ¿quién fue ese gran hombre? Para saber la respuesta hay que ir a la edad media, cuando un laureado capitán del ejército fue agasajado por sus reyes con unas tierras donde nada más que había trigo y hielo criminal cada invierno. Consistió la dádiva en una

inmensa planicie que le permitió un retiro pacífico, pero a ratos turbado por no saber qué hacer con ese latifundio. Se convirtió Don Pedro Gallarda, Marqués de Plana, en el terrateniente querido por toda su plebe para asombro de otros nobles, pues la tiranía no cupo en su cabeza. Se unió en santo sacramento matrimonial a Doña Carmela Girada, conocida como La ausente, una mujer anormalmente bella y de mente perennemente distraída, al pasarse casi todo el tiempo tomando unas hierbas alucinógenas que le daban una alegría de vivir inexplicable. Doña Carmela y sus escasos momentos de lucidez los repartía entre la adoración a su esposo, y sus ideas revolucionarias, según se miraba en aquellos siglos. Carmela asesoraba al latifundista con astucia visionaria, transformando él sus ideas en hechos:

—Mi Señor y amado mío, ¿qué le parece si arrendamos todo este terreno, para que nuestros súbditos laboren y comercien?

—De acuerdo estoy, mi señora; se hará lo que vos a propuesto; es usted una dama de espíritu genial, cuando esos arbustos no le hacen pensar en regentes indispuestos y ángeles adúlteros; siga platicando su excelencia con su dedicado señor.

—He aquí otra más mi amado Pedro. Divida usted la llanura en dos, y mande hacer un camino para recorrerla de norte a sur, con el glorioso fin de evadirnos de nuestras gentes cuando nos plazca, que debemos cumplir los votos matrimoniales sin miradas.

—No había caído yo en semejante argucia, mi siempre deseada esposa; amada será usted por mi bravo corazón mientras viva, queriendo que nuestros hijos sean unos confundidos plenos de felicidad.

—Lo serán Marqués de Plana. Pondré todo mi empeño en dicha empresa con usted. Hagamos lo aconsejado y seremos eternos para nuestros lugareños, jamás vasallos, como algunos creen que debieran ser.

Don Pedro y Doña Carmela prosperaron por las rentas producidas de todo lo arrendado a sus ciudadanos, que hacían el mejor hierro y trigo de toda la nación en una época tan negra. El marquesado y la propiedad de la tierra nunca se perdieron generación tras generación hasta llegado el siglo veinte, con Don Pedro Gallarda Buenavista elegido alcalde de Villa Plana, cambiando su nombre a Villa Gallarda por mayoría de aplauso, y sabia administración en beneficio de sus ciudadanos. Su Excelentísimo Regidor multiplicaba ganancias, invirtiendo lo que obtenía con el alquiler de sus tierras en obras públicas y prestamos a comerciantes, con condiciones sin competencia por parte de la banca. Así pudo conservar su imperio, inculcando el mantenimiento y crecimiento del mismo a las actuales herederas, sin olvidar que Don Pedro cultivaba unas hojas milagrosas

que quitaban el dolor y la mala uva. Fumadas o en infusión se convertían en el delirio familiar, llegando a su vejez internado de forma voluntaria en el Centro Municipal de Pensionistas Creativos. La mujer de Don Pedro lo acompañó hasta el fin de sus días, tan zumbada y bonachona como él, con su sangre continuando la saga familiar de tocados del ala hasta el presente. La sobrina de la Gran Doña Carmela es la dueña y señora de todo el suelo sobre el que se asientan la ciudad y sus alrededores:

—Tita, ¿qué hacemos con este ladrón?

—¿Es de mi partido o del otro?

—Del nuestro tita; del otro hay uno que promete para mal.

—Pues los dos al Centro de Inadaptados Sociales.

De corruptos al loquero, que Eladio y su pandilla necesitan sacos vivientes para las clases de kárate, con los juzgados archivando sus recursos de inocencia de raíz:

—¡No nos deis más hostias, por favor! —suplicaba uno de los recién ingresados al centro.

Políticos no fiables en el loquero, cosidos a guantazos al bostezar el sol, mientras grupos interminables de japoneses fotografían las clases a precio de oro, no se puede pedir más, ¿o acaso sí? Carmela fundó con dinero público, su dinero, una fábrica de medicamentos para los hospitales de Gallarda y fuera de ella, llegando a facturar la friolera de más de trescientos millones de euros y subiendo, con el laboratorio de investigación más puntero del país. La única cárcel la reformó, llevando a los presos a la Mansión del Reposo Emocional mientras durara la obra; volvieron todos más suaves que guantes, a base de mamporros de los chiflados, llegando a ser el centro penitenciario más inmaculado que se había conocido, con un retrato de Eladio en cada celda por si se ponían farrucos; la guinda del pastel fue el capricho de la insigne señora, su restaurante La Porrería, así que a imaginar con qué se adornaba la guarnición de carnes y pescaditos; un éxito indiscutible con lista de espera exceptuando a Pingralia, Fligido, Diego Miguel y Ana, que iban fin de semana sí y fin de semana también a colocarse un poco. Las fiestas de la ciudad se convertían en un homenaje a la vida durante la última quincena de Septiembre, y un desfile de carrozas con la atracción principal, la del manicomio, vistiendo a Eladio de drag queen arruinada con plumas de paloma filósofa:

—¡Gracias Gallarda, os quiero reinas!

Eladio fuera de sí con sus compañeros regalando calendarios de la dama peluda, medio desnuda sonriendo a la cámara, y una vez

acabados se ponían a bailar el can can vestidos de tabernera parada sin ropa interior, televisado para toda la provincia como muestra de valentía por parte de sus gentes, que animaban el desfile. Ahí no quedaba todo, porque la traca final era Carmela, madre de todas las gallardianas y gallardianos presidiéndolo, soltando aguinaldo por cada fan que le besara la mano; una apoteosis de generosidad culminado con los padres de los amigos de Porfi, disfrazados de coristas tanto ellas como ellos, bailando al son de la canción “Qué pisos más buenos hacen aquí” en la carroza presidencial. Aplastante triunfo de organización y participación, con el jolgorio en los cuerpos de la mayoría de la ciudad. Porfidio estaba descentrado por la charla tenida con Don Salvador, sin acertar esa semana a hacer bien las gestiones que le pedía su padre:

—Pero hijo, ¿qué te pasa?

—No sé papá, es que no me encuentro esta semana.

Era lunes cuando respondió a su padre, y el miércoles recibió un mensaje de Rosita para verse; lo hizo al salir del trabajo para tomar unas tapas en un bar cualquiera del barrio antiguo; Rosita iba preciosa como era costumbre en ella, aunque Porfidio notó en su cara algo de preocupación:

—Dime por favor qué te pasa, porque algo te pasa.

—Que voy a echarte mucho de menos Porfidio.

—Llora si quieres, pero yo me quedaría con lo que hemos disfrutado juntos, y me siento muy contento por haberme regalado tu tiempo. La vida es ingrata cuando los caminos se separan, y yo entendí desde el principio que estuviste conmigo para quitarte el dolor que llevabas dentro; te toca estar con otra persona.

—Esa es la razón por la que tengo que decirte adiós, Porfi. Has hecho que me sienta especial y no puedo olvidarlo; llevo llorando días porque he conocido a alguien, llegando a sentir que podemos encajar muy bien. No me odies Porfidio, te lo ruego.

—¿Odiarte?; si siempre voy a quererte Rosita.

—¿Nos despedimos como amantes de verdad? —le rogó abrazándolo.

—¿Tú quieres?

—Lo estoy deseando, Porfidio.

Fue una noche memorable para los dos; Rosita besó a su ángel como si estuviera frente al cadáver del amor de su vida, ofreciendo un corazón restaurado en agradecimiento a la bondad porfidiana. Lo

hicieron tres veces, amándose como solían hacerlo cuando intimaban, con pasión de veinteañeros y modales de señora y caballero desenjaulando al deseo, con una delicadeza y salvajismo propios de una película que hablara de amar perpetuamente. Las caricias de Porfidio quedaron tatuadas en la piel de Rosita para toda su vida, siendo recordadas en su vejez cuando le hablara a sus nietos de sus tiempos de estudiante, o del apuñalamiento de su corazón con el primer amor. Porfidio dejaba su impronta de joya humana, llevándola casi al amanecer al portal de su casa, y antes de bajarse del coche, Rosita besó su boca entre lágrimas para quién sabe si alguna vez se verán. Esa jornada de trabajo fue muy amarga, pidiendo permiso al padre para no portar por la oficina a la tarde; Pingralio lo dejó porque vio a su hijo entrar con las emociones muy bajas: Dios dirá al día siguiente. Ambos se quitaron la espina de la separación con sus respectivas parejas, nada seguras para ninguno de ellos, costando más de una semana que volvieran a la rutina emocional en el caso porfidiano, y a la novedad en el de Rosa. Lo lograron no sin antes quedar una vez más para restregarse en plan guarro, sin argumento ni conversación que valiera:

—Recógeme esta tarde que te vas a enterar.

Porfi captó el mensaje un viernes al anochecer con cena en casa pasando de largometrajes, enganchándose a amar en la clandestinidad, al jugar la una y el otro a dos bandas, pero el deseo les podía y las ganas de verse les hacía repetir, engañando a sus respectivos; era así la historia que estaban viviendo sin poder frenarla, con una pasión que alcanzaba cotas de escándalo vecinal como diría Valentoso; la verdad es que una vez acabado uno de sus asaltos, le dijo a Rosita:

—Somos esclavos del deseo; diosa del placer mundano, tu siervo viril siente ser el General de los Elegidos.

Rosita era feliz partiéndose de risa con sus salidas; no quería renunciar a esa felicidad, porque su nuevo novio exhibía nervios al estar con ella, por lo que no era él mismo, aparte de no ser por naturaleza la alegría de la huerta. A Porfidio le pasaba algo parecido con Luisa, y es que la mujer transmitía cada vez más amargor al llevar en sus espaldas tanto sufrimiento. Porfidio era Porfidio con Rosita, y Rosita era toda Rosita con su Porfi. Parecía entonces que estaban hechos el uno para la otra sin querer soltar a sus noviazgos, pero es que les encantaba ese juego. Les era fácil poner excusas a los traicionados sin el más mínimo remordimiento, aún siendo conscientes de lo efímero de su...¿relación?, exprimiendo el presente para insulto del mañana y beneficio del ayer aprovechado correctamente; la cuerda se rompió con un mensaje para Rosita:

Hola Rosita; puede que no quieras leer este mensaje y lo entiendo, pero es que llevo algo dentro que tengo que soltar, si quiero tener la

conciencia tranquila. He sido yo el único culpable de todo lo que has sufrido, arrepintiéndome mucho, al no valorarte como la gran persona que eres; llevo ya un tiempo sin ti, y me doy cuenta de lo que te echo de menos. No sé si eres el alma correcta para mí, y por todo lo que te he hecho es muy probable que hoy no sea el indicado, pero te añoro Rosita. Si lees este mensaje debes saber que sigo y te seguiré queriendo, te pido perdón por todo el daño causado. Reflexionando mucho me he dado cuenta que al equivocarme te perdí; espero no sea para siempre. Eres libre de elegir, no como yo que me siento solo sin tu sonrisa. Si me respondes, te demostraré que todo lo escrito es verdad.

Se despidió Rosita de Porfi, sin derramar una gota de pena al explicar todo lo ocurrido para no herirle:

—¿Lo entiendes Porfidio?

—Sin ninguna duda Rosa; no he venido a este mundo para atar; vengo para complacer. Estar contigo ha sido una experiencia en toda regla, ¿podrás recordarme con cariño, como yo lo haré?

—Tampoco dudes de eso; olvidarme de ti será imposible, y nunca se sabe si volveremos a vernos; así es la vida de cruel y sorprendente; si no, no tendría sentido.

—Volveremos a vernos; mejor dicho, volverás a verme con poder para gente como tú.

—Estás muy loco Porfidio, pero puede que sea verdad, ¿y sabes por qué te lo digo?, porque tú podrás ser lo que te propongas, y eso está al alcance de muy pocos.

—Gracias Rosita, ¿quieres que te lleve a casa?

—Porfa, Porfi.

Porfidio dejó a su Rosa en el portal y dio la vuelta para poder descansar su espalda en el sofá, sin querer pensar en nadie; el mensaje de Luisa lo leería al día siguiente, que no estaba para líos. La jornada de trabajo se hizo pesada con despistes, al igual que la siguiente y la posterior, hasta que llegó otro fin de semana de tantos. El sábado por la mañana se levantó con un ataque de madurez, sacando toda la ropa de invierno y verano que no usaba; la apiló en cuatro bolsas y la llevó a una iglesia:

—Tengo que desprenderme de muchas cosas; quiero ser libre y estar tranquilo.

El camino correcto le condujo a dejar el armario ropero con lo estrictamente necesario, dándose cuenta del esfuerzo hecho por sus

padres para poder él comprar caprichos de ponérselos bastante poco; su mente se aligeraba por una pérdida recordada y asumida. Era curioso verlo tan centrado en la tarea de dejar su piso claro de miras, limpio de enredos y cosas inservibles; sin darse cuenta, su evolución alcanzaba desde esa mañana niveles inimaginables desde que empezó la aventura del ciberlibertinaje. No satisfecho con lo que estaba haciendo, planeó sanear el resto de las habitaciones de cosas inútiles para su confort mental. Iba a dejar el salón y la cocina más despejados que la calva de Don Salvador, pero era para otro día, que quitarse de encima la ropa que no quería le ocupó toda la mañana. Comió libre para roncar a pierna suelta en su sofá insobornable. Tras el sueño largo y sin prisa que valiera, mandó un mensaje a Luisa por la tardanza en responder, pidiéndole quedar esa noche; Luisa estaba con un enfado de no me escribas, pero ganaba el deseo al orgullo, y quedaron. La recogió y fueron al centro de la ciudad para tomar algunas tapas sin planes preconcebidos. Luisa no articuló palabra hasta que se sentaron en una cafetería sin nombre ni prestigio conocidos. La atmósfera era cálida y compuesta de gallardianos de todas las edades, si pasaban los cincuenta. Vio la mujer el sitio adecuado para echarle el rapapolvos, en una esquina con vistas a no me importa lo que hay fuera. Porfidio sentía su malestar, pero tenía a Don Salvador de su lado, mientras que a Luisa la escoltaba un corazón decepcionado:

—¿Por qué has tardado tanto en responderme?

—Porque explicarle a alguien que ha sido traicionada no es fácil.

—¿Cómo?

—Lo que has oído; te he traicionado y no sabía cómo decírtelo.

—Pues ya me lo has dicho; ¿hay algo más?

—Sí, hay algo más. Decirte que todo el tiempo que he compartido contigo ha sido para que me hagas mejor persona, y como no soy capaz de hacer daño a alguien a posta, entenderé que no quieras saber nada de mi.

—Te agradezco tu sinceridad. Ahora va la mía; yo tampoco he perdido el tiempo y estuve con alguien como tú hiciste, y también he aprendido mucho contigo; he aprendido a procurar no engañar como hemos hecho los dos, a no guardarme cosas que me duelan, a decir lo que pienso con tacto, con educación si la persona que tengo a mi lado me importa.

—¿Y yo te importo? —preguntó Porfi con cara de querer retomar la aventura.

—Lo suficiente como para seguir disfrutando, ¿qué te parece? —respondía Luisa con el mismo deseo.

—Que estupendo.

—¿Te enseño algo?; espero que no pienses mal de mi, porque quiero estrenarlo contigo.

—A ver, sin miedo.

Luisa abrió a medias su bolso para que Porfidio viera unos juguetes eróticos, fabricados para satisfacer fantasías con límites; los que los dos pacten.

—¡Qué maravilla Luisa, eres la diosa de la creatividad pública!

—¿Pero qué estás diciendo, te apetece?

—Pues claro, contigo y nada más que contigo, ¿cenamos?

—Mejor vamos a tu piso y ya comeremos algo después.

Se marcharon habiendo pagado Luisa la cuenta; esto no lo imaginaba Porfidio ni en sus sueños más calientes, animados los dos a la fiesta de pijamas transparentes, con Luisa llevando puesta una lencería marca sin botones y a bocados. Levantarse sin otra preocupación que dar de comer a dos estómagos llorones, fue lo que hicieron Porfi y Luisi. Iba Valentoso a salir de la cama para preparar café, cuando Luisa lo paró poniendo su mano en un muslo, pidiendo mimos y relax, el mejor comienzo de una mañana de misa para dos agnósticos; tras las caricias vino por ellos sabrán qué vez, más diversión y un desayuno de café descafeinado con tostadas de mantequilla francesa que a Luisa pirró:

—Está muy buena, ¿dónde la compras?

—En una tienda muy vieja del casco antiguo; ¿te suena Comestibles Rizo?

—Son muy caros

—Yo no escatimo en alimentación, y aconsejo a todo el mundo que haga lo mismo. Podrás tener un coche mejor o peor, pero en comida, calzado y colchón, no escatimes Luisa, porque la salud va en ello.

—Estoy contigo; ¿y qué vas a hacer después de dejarme?

—He quedado a comer.

—Espero que no sea con otra mujer, hemos hecho un pacto.

—Si te digo que andará por los ochenta y es un hombre, ¿te vale?

—¿Tu padre?

—No, mi guía.

—Chico no te entiendo, pero bueno, ahí queda.

—Es un amigo mío, un señor muy educado; no es lo que pensabas.

—Bueno Porfi, me alegra que así sea, ¿hablamos esta noche y me llevas a casa?

—Sin problema Luisa.

Dejó a su amor en una esquina a pocos metros de su casa por discreción, que significa miedo al qué dirán; odia el cotilleo, y la calle en la que vive tiene vecinos con lenguas largas. Porfidio se marchó al hogar del jubilado para comer con el pensador del reino, pensando:

—Me ha quitado mi pesar de un plumazo, ¿o de varios castañazos?

Su ánimo por seguir saboreando los sencillos placeres de la vida volvían a la carga, con permiso de sus obligaciones laborales y amigos de siempre. Llegó a tiempo para sentarse junto a su maestro, con el protocolario abrazo afectuoso:

—Don Salvador, ¿cómo está?

—Estupendamente desde que te he visto llegar, ¿comemos primero y hablamos después?

—Usted lo ha dicho y yo con gusto obedezco.

Tomaron antes del plato principal, que era paella de pollo campero (estaban hartos de pescado), unos mejillones al vapor con pimienta negra molida rociados con limón a precio de ganga. El arroz tenía una pinta indescriptible, con sus pimientos rojos y alcachofas de adorno. Los dueños del negocio miman a su clientela si quieren que repitan; el postre fue un tiramisú casero para Porfidio, y flan de café hecho por la cocinera para Don Salvador. Alimentados como sultanes, mojaron la comilona con tónica, ginebra y limón:

—Don Salvador, mi Rosita me ha dejado.

—Habrás vuelto con su novio.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, lo intuyo. A veces me equivoco.

—Pues usted conmigo no.

—Porque te conozco mucho más de lo que crees. Tu locura te hace ser justo y sensible.

—Ya me gustaría a mi no tener esta locura.

—A ver chico. No podemos luchar contra nuestra naturaleza, pero sí controlarla un poco. Nunca renuncies a ella si quieres ser feliz; cálmala, nada más.

—Ya me doy cuenta que lo hago.

—¡Y nos vigilan chico!

—Por el móvil, seguro.

—No chico, mucho más. Por cierto, ¿cómo te sientes desde que puedes lograr lo que soñabas?

—Mucho más tranquilo, pero me da miedo porque me ven más frío.

—Eres más práctico, más feliz. ¿Estás enganchado a ese aparatito con...internet se llama?

—Cada vez menos Don Salvador. Ya no tengo la ansiedad que tenía; me falta ser un poco más...no sé.

—Te falta ponerte aún más el primero en la cola. Como te dije, vivimos la mayor parte del tiempo por y para los demás, ¿y a nosotros, quién nos llama, quién nos invita a compartir tiempo de su vida, quién nos pregunta cómo estamos?

—La verdad es que yo iba siempre detrás de la gente, llamaba mucho más a mis amigos que ellos a mi, y los ligo, ni le cuento. Me presionan todavía porque tardo a lo mejor más de una hora en responder.

—¡Ahí está el meollo del asunto! Quien te aprecie acudirá a ti, así que ponte el primero; ¿estás ahora con alguien?

—Sí; la he llevado a casa esta mañana.

—Bien hecho chico; sé un caballero siempre, pero a partir de hoy mismo sigues valorándote un poco más y responde cuando te llamen, debes estar pendiente de ti para poder dar a los demás; ¿vas a...chatear se dice, esta noche?

—Hablaré con esta mujer por la noche, y ya veremos luego.

—No lo hagas, hazme caso por favor; mantén lo que tienes y sigue a tu interés. El mundo funciona así, las personas son así. No llames a tus amigos en toda la semana, y el domingo que viene me cuentas; haz ver al resto que tienes tu propio mundo, tus propias metas. Eres un hombre único y más pronto que tarde lo verás. Has dado unos pasos enormes que te van a traer mejores cosas sin renunciar a tu naturaleza; domínala un poco y ponte el primero.

—Seguiré su consejo Don Salvador; y cuídese mucho porque lo necesito.

—No me necesitas chico; te necesitas a ti y necesitas a tus padres y amigos hasta que seas emocionalmente independiente.

—Si usted lo dice.

—No chico, lo dirá tu propia vida.

Dio un abrazo de despedida a Don Salvador para seguir con su crecimiento, visitando primero a sus héroes: papi y mami. Estaban como de costumbre, envejeciendo con dignidad, contándole lo bien que se encuentran ahora desde que Porfi va relevando a Pingri. Se llevó dos tápers de carrilleras en salsa congeladas, y cuando llegó a su castillo de ciento y pico metros cuadrados vio un mensaje de Luisa:

—Buenas noches, ¿lo has pasado bien con tu amigo?

—De lujo Luisa, ¿y tú cómo estás?

—Echándote de menos, con ganas de verte otra vez.

—¿Martes ó miércoles te vendría bien?

—Creo que sí; yo te diré, besitos.

Conversación escueta y al grano por una sopa con fideos finos y una pera. Porfidio y Luisa se entregaron al placer sin tapujos, pudiendo así llevar la semana con dulzura. Es más, la compra del pan la hacía Porfi, con indiferencia ante los ojos viciosos de Antoñita, porque salvo los ratos tan buenos que pasaba amando con pasión leonina, sus trajines transcurrían como si nada. Trabajaba con inercia y vivía su tiempo libre eligiendo, al dejarse llevar por su instinto y las palabras de Don Sabio Salvador, haciéndole cambiar su chip psicológico sin hastiarse.

Capítulo diez. Camino recto.

El frigorífico del ciberconversador enmascarado se llenaba de un surtido de producto fresco y comida casera de cuchara, típica de casi cualquier casa de la ciudad, dando a él y su corazón ultrageneroso la paz de espíritu que necesitaban; encurtidos, guisos y fruta del tiempo se convertían en el escaparate gastronómico de su hogar, mejorando su salud casi de inmediato. Más humanizado si cabe, recogía a sus padres los sábados por la mañana y se los llevaba a desayunar, regalando ellos trazos de sus vidas. Pingralia unida por siempre a Fligido, desbordaba incredulidad y orgullo, al ver a un hombre que apreciaba lo que los suyos habían hecho y estaban haciendo por él; los frutos del sacrificio se daban, y Fligido tenía una cara de satisfacción impensable; Diego Miguel se lo escupió hace tiempo:

—Tranquilo hombre que tu hijo espumará; la buena gente triunfa y tu crío nos va a sorprender a todos.

Les preocupaba el no tener una pareja conocida, mientras que sus amigos se preocupaban porque ni les escribía ni les llamaba. El amo de los desaguisados conocía la historia de sus padres, sufriendo una pequeña decepción hacia su abuelo Ambrosio. Pingralio le contaba lo vivido sin maquillaje, lo que la abuela padeció mientras Fligida escuchaba recordando parte de esa vivencia:

—Nosotros teníamos miedo que fueras como él; nos daba pánico porque nos habrías hecho sufrir tanto, que a lo mejor no estaríamos aquí contigo -dijo Pingralio.

—Por suerte no ha sido así cariño; estás un poco zumbado, pero solo un poquito —la madre para quitar hierro al asunto.

—¡Mamá!, ¿por qué dices eso?; soy un soñador, nada más.

—Es verdad hijo mío, tienes toda la razón; ¿sales con alguna buena chica?

—Salí y la perdí; tenía que perderla y aprender; ahora estoy con alguien pero es solamente el principio; ya veremos.

—Bueno hijo, a ver si tienes suerte; tu padre y yo nos vamos a casa que allí estamos muy bien.

Porfidio los dejó para largarse a su cueva, comer y ronronear; intercambió unas palabras con Joselito, a la vez que meditaba sobre sus domingos con Don Salvador, sin poder quitarse de la sesera todas las enseñanzas habidas y por haber, no cayendo en la cuenta de lo que le ocurriría. Su piso pasó de ser una leonera, a una vivienda de soltero ordenada con su adecuada pulcritud, aunque nunca un

museo; era un hogar para el disfrute de una persona con más sentido común que fantasías, con los muebles justos, la ropa necesaria, los electrodomésticos imprescindibles y las comodidades propias de un animal racional que odiaba el lujo y la prepotencia; a su abuelo no podía odiarlo porque no lo conoció como debió, logrando entender que su abuela salvara a su padre, que Fligida salvó a su marido, y que tanto Don Salvador como Fligida, Pingralio, Joselito, Juan Carlos, Anselmo y Blanca están salvándole. Quedó con Luisa esa noche con la propuesta de cenar en su piso, ver una película y lo que pasara después. A Luisa le pareció una idea genial por el ajetreo que había llevado durante la semana; necesitaba soltar tensión. Conversaron como dos amigos íntimos con intimidad, y de hecho en eso estaban convirtiéndose; hablaron hasta pasadas las doce y durmieron juntos sin tocarse, pero la mañana fue otra historia, en honor a las pasiones porfidiana y luisiana; antes de guerrear, Luisa le dijo:

—Porfidio, estamos vivos, vivamos —antes de besarlo.

Desayunaron tarde por segundo domingo la mantequilla con tostadas, café descafeinado y fruta, para hacer el hombre de transportista hasta la esquina del anonimato. De vuelta pensaba en el menú de hoy con Don Salvador, y en lo que tocaría escuchar para continuar adquiriendo maestría en el arte de vivir. Le costó aparcar y los nervios hacían acto de presencia, debido a la falta de civismo de una mujer que cruzó sin mirar la calle, porque la pobre se hacía encima; cosas de la prisa. A Porfidio le temblaban las piernas y el corazón le palpitaba demasiado fuerte, su frente sudaba, y en vez de ir directo al hogar del jubilado, deambulaba sin saber por qué. Justo antes de entrar al salón comedor, Don Francisco salió de la barra:

—No entre usted; Salvador ya no vendrá.

—¿Cómo?

—Que no está.

Porfidio empezaba a desmayarse, lo sentaron en una silla y le dieron un vaso de agua. De la alegría contenida a la consternación en unos pasos con obsequio incluido:

—Don Salvador me dio esta carta para usted; hoy invita la casa, así que intente tranquilizarse que tiene que comer.

—He tenido una vida muy fácil, ¿espera que me comporte de otra manera?

Don Francisco estuvo junto a él hasta que se le fue el susto y un poco de hambre apareció, comiendo nada más que un plato, ante la mirada de los vivos que quedaban y disfrutaban del menú del domingo. Un matrimonio se acercó a acompañarle:

—No te preocupes hijo, que tu amigo está contigo; algún día me darás la razón —dijo la mujer extremadamente cariñosa.

—Gracias señora; le había cogido muchísimo cariño; ha sido un disgusto horrible.

—Lo sé hijo, por eso debemos apreciar lo que tenemos y dónde estamos. Mi marido y yo hemos sobrevivido a unos hijos que nos quieren por el dinero; nuestros padres nos hicieron trabajar como burros sin darnos cariño, y mira, aquí estoy con él queriéndonos cada día más; ¿me permites aconsejarte?

—Sí señora, faltaría más.

—Vive el día a día y sufre por los demás lo menos posible, o no sufras, así pasarás los noventa con mucha dignidad; yo tengo noventa y uno, y mi Felipe noventa y tres. Hemos llegado aquí con la cabeza en nuestro sitio, porque cuando nos conocimos y enamoramos, hicimos el juramento de cuidarnos sin preocuparnos mucho por los problemas que nos vinieran. No hay problemas en la vida hijo. La salud es el único tesoro que tienes que cuidar, y quítate de la cabeza las preocupaciones porque no existen, así que las calenturas de mente para quien las quiera; vive el ahora preparándote para lo que pueda venir, y afronta tu vida con toda la calma que seas capaz de tener hijo, que nada importa mucho. Nosotros hemos cuidado de nuestros hijos, cometiendo el error de darles demasiado, y así nos han salido, unos egoístas de campeonato; vienen a vernos de uvas a peras, ¿y sabes qué digo yo por muy hijos que sean?, ¡que les den! Mi marido y yo ganamos el suficiente dinero para tener a alguien que nos cuidara, nunca quisimos que ellos cargaran con nosotros porque los habríamos marcado de por vida, y ellos al igual que tú, tienen que vivirla; no te compliques hijo, que los problemas vendrán aunque no quieras, y además se solucionan. Tu amigo se fue queriéndote mucho, y has tenido la suerte de conocer a alguien muy especial, ¡quédate con eso y con sus consejos!

—Muchas gracias señora, ahora me encuentro mejor.

—¿Lo ves hijo?; cuando termines de comer te animo a que vengas a pasear con nosotros y te invitamos a ver nuestra casa, que te voy a poner un gin-tonic que te vas a chupar los dedos; Don Salvador nos pidió que cuidáramos de ti un poco.

—Pues le tomo la palabra señora; a sus deseos más furiosos.

El matrimonio se reía con las palabras porfidianas sin dejar de animarlo. De poder haber sido un mar de lágrimas, a repetir postre y caminar con ellos hasta su piso ubicado en un edificio vecino al de Don Salvador. Don Felipe y Doña Conchita tomaron café, desgranaron la vida tan desgraciada que tuvieron por falta de amor de sus padres

hasta que se conocieron, mejoraron y se retiraron con dinero en el banco para gastar sensatamente. Las pocas veces que salían de casa a celebrar algo, lo hacían sin remordimientos. Conchita trabajó toda su vida de costurera, así que no le hizo falta llevar prendas de su casa a una mercería, y Don Felipe obtuvo un buen retiro de interventor en un banco. Porfidio los escuchó, sintiendo la carta en el bolsillo trasero izquierdo de su pantalón, pero sin azogue ni tristeza que mostrar. Se despidió de ellos, emplazándolos para el domingo siguiente, alejándose camino a su fuerte para leer la carta sin mensajes ni llamadas impertinentes:

—Hola chico; creerás que no estoy contigo cuando leas ésto, y volverás a equivocarte; pero no te preocupes que lo comprendo. Llegué a tu vida para pedirte perdón por todo lo que te hice pasar; tu amigo Joselito fue el blanco de mi ira, y odiar es un verbo que debería ser eliminado de cualquier diccionario. Mi trabajo ha sido hecho como nuestros creadores me mandaron, y debo decirte que tienes por delante una vida envidiable para muchos, y admirable para los que te quieren y querrán. Soy tu amigo el chino que asalta estanterías de licores, tu vecino Silvio, tu abuelo y todos los que intervienen en tu camino, que recuerda tendrás que hacer con tu corazón y tu mente. Jamás me he sentido tan pleno desde que me casé con la mujer que tengo a mi lado, exprimiendo la eternidad a pecho descubierto. He visto en ti lo suficiente, como para avanzar que vas a ser parte crucial de la historia de esta ciudad; lo sé. Y no creas que no te veo porque volverías a cometer un error; tu felicidad depende exclusivamente de ti, quitándote a las personas que se acerquen a herirte adrede, para elegir quedarte con los que has compartido caminatas desde el colegio a casa de tus padres, parándote en el quiosco para ver revistas que no eran de tu interés por enano inexperto (Porfidio sonreía). Tienes a tus guías, yo he sido, y soy uno más, para que una persona con un poder colosal a punto de llegar a tu vida siga ayudándote, y hagas de esta ciudad un paraíso ejemplar en el mundo entero, porque tú eres genial, un loco ingenioso, un cuerdo que brilla por cada zancada que da por estas esquinas tan alegres; no dejes de perseguir la felicidad, guardando tu compostura si quieres llegar muy lejos, que lo harás.

Ama a quienes te dan su amor, a saber, los que te aceptarán sin invadir tu espacio. Deja a un lado la codicia, que trae mala salud y soledad, cosas que nadie en su sano juicio quiere sentir. La pasión te acompañará hasta la vejez, algo que llevas tan dentro de tu alma que no puedes quitar, pero sí apaciguar. Y por lo que más quieras, sé siempre lo que eres, ejecutando los dictados de tu corazón, que es el que te llevará a la gloria gallardiana. Hay un mundo de paz pendiente de construir por los que estáis en él, y no estamos solos si te has dado ya cuenta y sigues leyendo. Harás justicia, y la felicidad de los que viven en tu ciudad dependerá de tus decisiones. Te he dejado en unas manos excelentes, rogándote lo aproveches y escuches a dos personas maravillosas como hacías conmigo, siendo sincero al decirte

que me has hecho aún más digno de lo que he podido ser. Sigue así chico, que lo mejor y más hermoso está a punto de pasarte para orgullo de tus padres y amigos. No te pares ahora Porfidio, pues te llama la historia.

La guardó en un cajón a juego con su mesa nórdica de escritorio, cenó sin pesar ni ganas de ir a verle al camposanto: ni preguntaría dónde está, ni iban a decírselo:

—No iré a verte porque sé que estás conmigo; seguimos en la batalla.

Antes de acostarse, sus amigos recibieron lo que estaban esperando desde que lo conocieron:

—Os quise desde críos, os quiero ahora y os querré siempre; lo mejor está al llegar.

—Ya está llegando con este mensaje; jamás te dejaremos solo —respondió Joselito.

Y se acordó de Luisa:

—Buenas noches mi diosa de la tormenta pectoral; te deseo.

Luisa lo leyó con risotadas para dormir a placer esa noche los dos. Una semana llamada eficiencia aguardaba a todos, con una decisión que dejaría pasmado a medio mundo; su marido se lo aconsejó por amor a él y a su vida en común, soltándolo las noticias:

—El diseñador Pepe Arzuaga anuncia un retiro temporal de su mundo, el de la moda —decía el presentador del Canal 1.

Fue una piadosa mentira para no despertar estupor. El miedo le entró en el cuerpo unas semanas antes, con un dolor en el pecho que apuntaba a ansiedad, no siendo así. La advertencia de su médico fue un atisbo de esperanza:

—No es infarto, pero lo será de seguir a ese ritmo.

Don José vio la esencia de vivir con el éxito mundial a sus lomos, sin capacidad de abarcarlo en su sesera ni en la de su marido, que se asustó más de la cuenta:

—José, me da igual todo el dinero que tengas si no estamos juntos y bien de salud, ¿voy por buen camino?

—Sí Floriano, y te pido que no te preocupes lo más mínimo porque todo está controlado y decidido.

Joselito había planificado su marcha antes de lo esperado y desde que saltó al estrellato, porque tanto viaje con entrevistas cosidas a vida social insulsa le condujeron a este sustillo, pero superaba los devenires planeando y ejecutando. Nadie sabe la amistad que tiene con Carmela, y es de momento el único gallardiano con las llaves de la ciudad, dadas en una ceremonia de incógnito, y un trozo de suelo en propiedad con una casa cómoda a más no poder. Ahí tuvo claro retirarse cuando se lo dijo a Floriano:

—Está todo preparado, voy a vender la empresa.

—José, piénsalo bien por favor, que ha sido tu sueño y quitártelo así como así podría matarnos.

—Tranquilo Floriano, lo dejo en buenas manos con la clave del negocio en las mías, que son los diseños; los gestores son otros, así que recogeremos el dinero y a vivir; volvemos a Gallarda con los nuestros si lo ves bien.

—Lo veo estupendo, iré donde me digas como siempre he hecho.

—Pues vamos a disfrutar de la vida como nunca, porque si tengo lo que he conseguido es gracias a mis padres, mis amigos y nosotros dos.

Joselito se mudaba a una casona antiquísima, acondicionada y con piscina climatizada; se llevó a sus padres, atendidos como duques multimillonarios. La cuenta bancaria del Señor Arzuaga solamente podía rivalizar con la de la su amiga Carmela, que se apuntó a ser vecina del matrimonio de diseñadores. Floriano y Joselito no necesitaron medicaciones para recuperarse de la prisa y la superficialidad de la capital, habiendo sido una decisión tan planeada como certera. Para celebrar la vuelta del hijo pródigo, Joselito hizo una fiesta nocturna en su fortaleza con cocina de categoría, porque se llevó también a todo el personal de servicio de su casa; compró a cada uno de ellos un piso equipado al completo, para que no sufrieran por deudas, consultándolo antes: no falló nadie porque lo adoraban. Acudieron al evento todos sus vecinos de edificio, y unos muy poquitos conocidos de la capital del país (gente fiel a él desde que no era nada) en viaje y alojamiento pagado por el mariscal de las telas; Doña Carmela y su sobrina asistieron bellísimas, vestidas de gala como si fueran divas, deslumbrando por cada conversación que daban al resto de invitados. Pingralio y Fligida llevaban el pelo verde y azul, y cómo no, Porfidio preparado para dar el discurso de bienvenida al amigo que protegió de niño, hasta que de adulto supo cuidarse. La rajada arrancó un aplauso unánime y apasionado, con Carmela y su sobrina exclamando:

—¡Es él! —las dos casi patidifusas.

El resto de invitados estaban en sus cosas ya calientes, honrando el atracón que se habían pegado, y el alcohol yendo de arriba a abajo. Carmelina sobrina se acercó a Porfidio para pedirle que salieran al jardín a disertar:

—Perdone caballero, permita que presente a mi tía Carmela, y discúlpeme de antemano porque está muy emocionada.

—Encantado. Es usted la dama del señoreo gallardiano. Va imponente con ese vestido de Cleopatra Milenial, mostrando fervor por la vida de los suyos.

—¡Es él, es él! —Carmela sin parar con un petardo consumiéndose.

—Tenemos que explicarle algo, señor...

—Porfidio Valentoso Fernández, para servirle a usted y su belleza —besando la mano de Carmelina.

—¡Oh, qué galante! —respondió ruborizada y un poco caliente.

Carmelina tenía la sonrisa brillante como el sol de Agosto; era una mujer hermosa de amor y pasión, con unos ojos verdes y pelo negro azabache incapaces de rechazar, a no ser que se fuera muy memo; el cuerpo de Carmelina no sufría deformaciones gracias a la genética familiar, que su tía va por los sesenta y tantos y había que verla: puro vicio maduro, casi echado a perder por su afición a los alcaloides humeantes; el moño de Carmelina era un no dejar de mirar, de diseño y valor femeninos, que llevaba tiempo sin ser acariciado por manos masculinas; una mujer morena de piel marrón y manos dulces de dama intocable por instrucción de su tía, que estaba fumándose un canuto doble y hablando sola de la historia familiar, una historia larga y gloriosa:

—Ha venido usted a nuestras vidas para continuar con nuestro legado; usted ha venido a rescatarnos, para seguir siendo los que somos: eternos y grandiosos —dijo Carmela con lucidez porrera.

Carmelina y Porfidio se apartaron de la reina y se besaron tumbados en el césped del jardín, con los corazones agitados. Ninguno de los dos había sentido un arrebató pasional y cárnico tal desde que descubrieron el placer. Carmelina era esa noche la diosa de la fertilidad, y Porfidio su macho librepensador:

—Ha sido verle y mi corazón ha dado un vuelco; voy a tutearte porque eres mi sueño carnal y sentimental; el futuro de mi estirpe, de nuestra estirpe está en nosotros si así lo deseamos.

—Yo te deseo tanto que mi sexo será por ti un surtidor de sudor amoroso.

—¡Oh qué léxico, qué dominio gramatical! —respondía Carmelina impresionada y enamorada.

Porfidio y Carmelina se fueron con la gerifalte a su mansión para enseñarle la joya de la corona, un retrato de Don Pedro Gallarda, fundador de la mejor ciudad del planeta. Porfidio es la viva imagen del hombre que murió eternamente preocupado por la continuación de su imperio:

—¿Se da cuenta ahora? Siempre hemos tenido fe en el destino, que ahora viene a nosotros para amar a mi sobrina y llevar con ella las riendas de todo lo que poseemos. Confiamos en usted y su amigo Don José, una gran persona —explicó Carmela con templanza.

Porfidio escuchó la historia de esta gran familia de idos de la chola, sin dejar de mirar el retrato del Capitán General de Todos los Soñadores del Mundo, empezando a creer por una vez en su existencia, para asimilar a qué había venido mientras era acariciado con devoción cegata por Carmelina, una dama embelesada:

—Tengo deseo y amor para ti y los que vengan; vamos a confiarte lo más sagrado de nuestras vidas, prometiendo darte placer, paz y alegría mientras vivamos; soy como tú, una hembra peleona y juiciosa superada por tu poder mental de gran envergadura (cabeza no le falta)

—No digas eso mujer. Lo importante será hacer lo vuestro más grande, y disfrutar de las mieles del éxito con restregones imperiales, haciendo frente a lo que nos venga.

—¡Eres mi esperanza! —interrumpió Carmela liando un canuto.

Charlaron hasta bien entradas las tres, trazando un plan férreo con destino al olimpo de los grandes personajes históricos. Pingralio vio cómo entraba su hijo con semblante serio, pidiendo se reunieran en la sala de juntas para hablar de algo necesario:

—Padre, anoche estuve hablando con la señora Carmela de planes para mi, y yo tengo planes para ti; ¿sabes quién es esa mujer?

—Quien manda de verdad en esta ciudad, porque es la dueña de todo el suelo que pisas; no me asustes Porfidio, que te veo venir.

—No te asustaré; a partir de ahora tengo que iniciar un camino nuevo con un equipo distinto, dirigiendo el destino de esta ciudad; ya lo tengo todo pensado para que puedas irte a casa con mamá y no preocuparte más en lo que te queda de vida; vais a disfrutar como nunca lo habéis hecho sin sufrir por mi. Luego te cuento.

Porfidio siguió con sus gestiones esa mañana, ardiendo su móvil con mensajes de Carmelina y Luisita. A la hora de comer echó un vistazo al aparato y recordó las palabras de Don Salvador, transformándolas en hechos. Invitó a Luisa a cenar esa misma noche en Los Tres Girasoles, obligándose a explicarle con diplomacia el fin de su aventura. Luisa no se entristeció para asombro de Porfidio, porque todo fue con una fluidez digna de dos adultos comprensivos, que separaban sus caminos para un bien mayor en el caso de él. Porfidio no supo más de Luisa; continuó su vida con un hombre tan bueno y viril como impopular. Desde que se conocieron y disfrutaron de su libertinaje, no hubo fotos que lo rubricaran, lo que hizo aún más llevadero el olvido para los dos. Porfidio se entregaba desde esa última ruptura a una emperatriz elegante de ojos mar en calma y moño poderoso, un cuerpo lleno de calor que emanaba de cada poro de su piel tostada, y una mirada fresca y de vicio por Porfidio y sus vocablos singulares. Carmelina tuvo antes un novio que le salió sapo, al descubrir el falso amor por ella y el verdadero por su fortuna; Angelín quería sus dineros y no su ser, con una falsedad a la vista de ciegos. Su tía se alteraba al verlo con cara de lobo, esperando a su sobrina:

—No me gusta para ti ese farsante; hazme caso sobrina, no es para ti —decía echando humo porrero.

Hechos hablaron por si mismos al contratar la jefa un detective privado a recomendación de Joselito, que vino de la capital para desarmar al fariseo. Unas fotos de Angelín con la mujer de un empresario gallardiano consumó el resto, y los torrentes de lágrimas de su sobrina le hicieron tocar fondo para no volver a confiar en el amor, aunque su tía le decía que sí, que esperar era el secreto del triunfo:

—Cariño, llora lo que quieras que te vendrá muy bien; tu estás destinada para ser amada por alguien único, y me da que va a ser así —abrazando a su sobrina.

—¿De verdad tita?; es que estaba loca con él, y el caso es que no era gran cosa cuando lo veía; parecía un trapealista reumático.

—¿Lo ves cariño?. Alguien vendrá a volcarte el corazón; mientras tanto no olvidemos lo nuestro.

—Vale tita; y gracias por tu apoyo —abrazando a su tía.

Angelín en el cesto del pasado a olvidar, y Porfidio en su corazón sin más sitio para otros. Carmelina pasea sus piernas por los edificios oficiales de Gallarda, imponiendo su voluntad a golpe de propiedad de suelo, esta vez con un hombre ahora a su lado que aprende a marchas forzadas los secretos de un imperio, por promesa a su amada de cubrirle las espaldas y algo más. De la conversación

pingraliana y porfidiana surgió algo muy alentador para los dos: el padre se jubilaba ya, y el hijo daba comienzo a una guerra con los males de cualquier ciudad, que se catalogaría en la historia de Gallarda como legendaria. La empresa fue comprada por el ayuntamiento, y liquidada de su actividad para pasar a ser el centro de operaciones de la gestión municipal, de un modo bastante oculto. Pingralio se preocupó en un primer momento por el destino de su esfuerzo:

—Pero hijo, ¿quién va a seguir con los clientes y proveedores de tantos años?

—Papá, el dinero no tiene religión; con alguien se irán porque ellos no van dejar de comer por nosotros.

—Pues tienes razón hijo mío.

—Lo que te he dicho; tú disfruta con mamá que ya habéis jugado con vuestra salud bastante. Dejadme a mi ahora.

El dinero recibido por la compra del negocio fue una inyección de alegría para el matrimonio, nunca vivida con tal grado de intensidad; estaban aún listos para hacer caminatas en ciudades de todo el mundo, un sueño puesto en práctica al mes siguiente de la operación. Una vez hecha la gestión definitiva, faltaba tener personas de confianza para poner en marcha lo que a la ciudad iba a caerle encima, y la idea fue confuciana. Llamó a Anselmo y Juan Carlos, ofreciéndoles ser parte de la plantilla del ayuntamiento, sin figurar en los medios ni en la corporación; Carmelina se lo explicó:

—El abogado para las guerras que vamos a iniciar, y el contable para espiar al mi equipo de urbanismo. Si Porfidio os ha elegido y queréis, yo doy el visto bueno: sueldo cada día uno del mes con pagas extraordinarias cada cuatro meses.

Cuando vieron lo que iban a cobrar por trabajar junto a su amigo y su prometida, empezaron a bailar:

—¡Esto es de locos, por eso es cosa tuya Porfidio!

Aceptación de inmediato y firma de contratos esa misma semana con todo en regla como era de esperar, a costa de un año mínimo de trabajo intenso sin apenas vacaciones, cosa que también tenían que aceptar por el bien de la ciudad, hasta que los planes se asentaran. Porfidio saldría poco del despacho, para no ser conocido ni dejar que su inconmensurable melón desconectara de los asuntos gallardianos; comía con su Carmelina en casa de la madrina Carmela a diario, salvo sábados que lo hacía con sus padres si estaban en casa, y los domingos con Don Felipe y Doña Conchita, que serían a la postre los mejores consejeros para su obra magna; Carmelina accedió a las

peticiones de su amor sin discusión alguna, en pro del paraíso carnal que se montaban cada noche; la moza amaba en secreto la pornografía, bautizada por ella como cine de mallas, con todas sus perversiones, bendecidas por la tía, que para eso crió a su heredera:

—Porfidio, ¿sabes por qué siempre estoy con mi tía? —le dijo mientras rascaba su pecho tumbada en la cama.

—Eso iba a preguntarte, ¿y tus padres?

—Murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía cinco años. Mi madre era su hermana, y ese golpe le hizo perjurarse que nadie iba a quitarle la ilusión de continuar lo que el Gran Pedro Gallarda comenzó, y que por herencia familiar nos ha tocado; por eso tengo, tenemos que cuidarte al máximo: para poder hacer algo que nos diferencie del resto del mundo. Te amo y te necesito, así que nuestras siestas después de la comida serán sagradas, y tu comida con Don Felipe y Doña Conchita, también. A mi lado no te faltará salud.

—Sí mi señora Carmelina; el sueño vespertino no despierta nuestras perversiones; es la llegada de la noche cuando nos transformamos.

—Así es mi Señor Porfidio; soberana transformación.

El domingo comió con Conchita y Felipe, que lo vieron llegar para nada más entrar al hogar del jubilado, levantarse y darle un beso y un abrazo de hijo bien acogido. Lo notaron distinto para muy bien, porque comió sus dos platos de costumbre rematados por su postre, costándole bastante poco. En esta ocasión y desde ese momento, invitaba el hombre al matrimonio de ancianos, a cambio de guiarlo:

—Esta ciudad se nos puede ir al traste, ¿qué pueden aconsejarme que haga?

—Hijo, si quieres mantener el orden y la prosperidad en la mejor ciudad del mundo que es la nuestra, tendrás que imponer tu criterio; al principio protestarán e irán a buscarte para tener contigo más que palabras unos muy pocos, porque en general los gallardianos somos gente pacífica como ninguna. Pero si el propósito de esa imposición es limpio, es humano, te seguirán como un Dios; recuerda hijo, que por eso no tenemos policía —palabras de Conchita.

—No permitas que los lobos vengan de otros lugares a condicionar nuestra manera de vivir, una especial en todo el país, que no nos pisoteen. Y en cuanto a la única porquería que tenemos que soportar, la quitas a golpe de fuerza; los traficantes no entienden la razón —añadió Don Felipe.

—Descuiden que pienso luchar hasta el último aliento por nuestro lugar.

—Sabemos que lo vas a hacer; nadie salvo nosotros y Don Salvador conoce a la persona que va a dirigir cientos de miles de destinos — respondió Conchita.

Los dejó pasadas las cinco para volver a su piso de soltero bien acompañado, como querían llamarse los dos tortolitos, a fin de mantener su relación viva; Carmelina no se ataba a un hombre, amaba con voluntad, y Porfidio también. Esa noche de domingo le costaba dormir gracias al recuerdo de Silvio, metiéndose uno de los últimos picos de su vida, y no había masajes de la pareja que valieran para hacerle salir de la cama y bebiendo un vaso de agua, pasarse el resto de la noche en el sofá, soñando con los ojos entreabiertos. Era raro verle a la mañana levantado sin agotamiento de camino al despacho a ver a sus amigos; las decisiones importantes las tomaban en una pequeña sala de reuniones, fuera de tecnología; el papel y un bolígrafo para dar ideas y sus ejecuciones les era más que suficiente. Porfidio escuchaba a sus amigos pero callado, y Juan Carlos y Anselmo se mosqueaban al no verlo activo en el juego de la lluvia de estratagemas para gestionar mejor la ciudad; Silvio fue su obsesión ese día. La noche llegó con el Centro de Desatendidos Intelectuales en tensión; la tía Carmela se presentó con un retrato porfidiano paseando por todas las habitaciones, hasta aparecer en la de Eladio, el jefe de la tribu, que vio la imagen y se le enrojecieron las pupilas; pero sabía con quién hablaba:

—Usted es la jefa de todo; yo lo sé.

—Así es querido; y te enseño este retrato porque ahora tienes que protegerlo con tu vida si quieres seguir de regente de este centro. Voy a encomendarte algo.

Carmela mostró fotos de los traficantes de la ciudad, susurrando al oído al tarado de tarados. Estaba el hombre tranquilo en su celda presidencial con televisión por cable, viendo un documental sobre narcos causando estragos en un territorio lejano, y le vino la visita que ni pintado. Salieron en dos furgonetas negras disfrazados de elefante con el maestro Eladio a la cabeza, y uno a uno los fueron metiendo en vereda a palo limpio, con la advertencia de no pisar la ciudad si querían seguir respirando. Los yonquis tuvieron su sustitutivo, ya que PharmaGalla había creado pastillas y jarabes que aliviaban su mono; asistentes sociales se los daban en un centro de desintoxicación construido antes de la coronación porfidiana, para el bienestar de los familiares; asunto solucionado, camellos y droga ilegal apartados de la circulación, aunque suene increíble. Porfidio estaba una de esas tardes después de la siesta con sus amigos en el despacho, viendo qué podían hacer con el asunto de los comercios de toda la vida, que apenas podían competir con las grandes superficies. La idea fue doblar el cobro de impuestos por el suelo que los monstruos pisaban, aparte de por decreto municipal poner un techo mínimo salarial para los trabajadores de estos centros: la pataleta no

tardó en llegar. Carmelina recibió de su secretaria personal un correo electrónico, pidiendo una reunión urgente de los amos de estos centros comerciales:

—¡Vienen de la gran capital a vernos Porfidio, quieren nuestra cabeza!

—No te preocupes mujer; cortaremos la suya si es lo que quieren.

En una sala del ayuntamiento a puerta cerrada, se sentaban con aires de pavos reales tres caballeros de traje impoluto con Carmelina, Porfidio, Anselmo y Juan Carlos; las infusiones armaron a los gallardianos, desarmando a los capitalinos que habían venido con ínsulas de aquí estoy yo y mi poderío empresarial. El pelotazo llegó en un suspiro, firmando lo que Porfidio les pidió, y escribiendo su sentencia de despido mandada por la matriz. Denunciaron al ayuntamiento por malas prácticas, alegando que no se puede negociar en estado catatónico, una ilegalidad inconcebible; ¿qué hizo la casa del pueblo?, pasarse la denuncia por el forro, porque les había tocado una jueza amiga de la infancia de Carmela; ¡lo sentimos chicos! El juicio se celebró un jueves por la mañana, y el domingo estaba Porfidio con la Señora Conchita y el Señor Felipe hablando de lo ocurrido:

—La pobreza trae verdad y la avaricia traición; ¿te acuerdas de lo que te contamos de nuestros hijos?

—Sí señora, me acuerdo perfectamente.

—Pues no quieras más de lo que necesites.

Gallarda hacia el ejemplo de gestión local, una ciudad insignia con unos niveles de bienestar y salud de sus ciudadanos impensables para el resto del globo. La corrupción se luchaba con amiguismo encubierto, adjudicando la construcción de nuevas viviendas a la empresa de Don Agustín, con una filosofía de trabajo que se podía alcanzar con facilidad, no habiendo codicia de por medio: calidades a precio de Gallarda. La planificación urbana a ampliar se hacía con calles rectas y perpendiculares, cuadrados dentro del gran cuadro; ese desarrollo hizo que la gente empezara a preguntarse quién era la persona que estaba mejorando la vida de todos, porque no lograban ponerle rostro. La jugada intachable fue declarar la primera semana de Febrero, semana del padre y de la madre; sus hijos adolescentes y adultos tenían que encargarse de ellos, llevarlos al trabajo y sus salidas con amigos para que se dieran cuenta del egoísmo que habían ejercido durante tanto tiempo; la trifulca en la calle apareció, tras la primera vez que se ejecutó este decreto:

—¡Ayuntamiento, sin conocimiento! —gritaban una enorme tropa de acomodados en una manifestación.

No llegó el asunto a un problema de orden público, porque los esperaban en las puertas de la casa de todos y todas, los locos con ropa de antidisturbios incluyendo su equipo, presentando a Eladio en primera línea de batalla mostrando los puños:

—¡Venid venid, que aquí hay para todos!

Conato de jaleo disuelto con quejas de los hijos en las casas, y respuestas de los padres para zanjar el asunto:

—Os fastidiáis si queréis vivir con paga y comodidades; nosotros también tenemos derecho, que estáis sobrevalorados, por muy hijos que seáis.

Norma aceptada como costumbre una vez al año, a la vez que copiada por otras ciudades que vieron cómo se involucraba a sus ciudadanos en un mayor humanismo. Se restablecía la autoridad del profesorado en centros de enseñanza primaria y secundaria, fueran públicos o privados, habiendo poderes para expulsar a los alumnos irrespetuosos o abusones de los débiles, sin dar explicaciones a sus padres; Porfidio nunca olvidará los partidos de fútbol en el patio con Joselito, padeciendo la ira no querida de Silvio. En menos de dos años, Gallarda iba a ser la ciudad con más zonas verdes y mayor índice de bienestar del continente, incomprensible para albergar a casi quinientas mil personas con un apaciguamiento espiritual insuperable. El resultado daba con la envidia de sus provincias vecinas, y por ello enviaban a emisarios disfrazados de nuevos ciudadanos queriendo instalarse en la ciudad. Intentaban averiguar el nombre del cerebro de todo este éxito sin conseguirlo, porque la guardia personal porfidiana estaba instruida en el espionaje; algo tan simple como poner a Eladio al frente de un escuadrón de seguimiento de estos nuevos contribuyentes, y entregar el informe a manos de Carmelona, que lo enviaba a Carmelina y era pasado a Porfidio, solucionando el intento de robo de información. El entrenamiento era en el propio Centro de Atacados Sensoriales, jugando al escondite en los salones de juegos y pasillos, con Eladio de supervisor; ya era el hombre un Grande de Gallarda, con medalla entregada por la matriarca de toda la metrópoli, en ceremonia institucional incluida y celebrada en los jardines del loquero; Eladio agarrotaba sus pestañas para asombro de sus compatriotas de cabeza ida, y la emoción los embargó:

—Don Eladio, a partir de hoy forma parte de la historia de esta ciudad. Queda usted nombrado Duque de Villa Psiquiátrica; enhorabuena.

Familia no le hizo falta que viniera a apoyarle; los chalados le arropaban silbando y aplaudiendo como locas de atar; fue un acto digno de enmarcar en la historia de la ciudad, agrandando con esplendor su población y estableciendo órdenes de preferencia para

crear patria. Los venidos de otras provincias con certificado civil de buena fe, tenían estatus de ciudadanos de adopción, con casi todos los privilegios de los gallardianos; si los querían al completo, tenían que traer descendencia y empadronarlos como paisanos de primera generación, acatando las leyes locales de comportamiento cívico y respeto a las instituciones y bienes de la ciudad. Porfidio paseaba por las tardes queriendo saborear el cambio de rumbo de la que fue una villa, con una libreta pequeña tomando notas de aquellas cosas que podían mejorar; creyentes de todas las religiones tenían sus templos de culto adecentados para orgullo de sus usuarios, pero faltaba uno. Empezó a construirse con símbolos extraños de corte ditéista; eran dos dioses formados por un hombre con túnica blanca de cabeza gigantesca, abriendo las manos a sus adeptos, con una mujer al lado de él vestida de sacerdotisa, de pechos preciosos por redondos y generosos tapando con la mano izquierda su sexo, y extendiendo la mano derecha en signo de invitación a la fertilidad; bautizada esta nueva religión como Iglesia de la Verdad, tenía un lema irrefutable: mente y carne. Fue votada por referéndum encubierto a través de cartas a los buzones de los habitantes, con un resultado sorprendente a favor de la creación de la nueva creencia. Una vez construido el templo, se invitó a todos los representantes religiosos para un bautizo institucional, con discurso Carmelón de bienvenida (quien se negara a bendecir la iglesia, visitaba a Eladio), agua bendita lanzada por el obispo, y plegarias en distintas lenguas como signo de globalización de la fe. En la entrada a la misma había una placa conmemorativa, definiendo el sentir de sus adeptos: creemos en nosotros mismos ante todo, así que bienvenido. Ni misas ni historias que valgan, el templo se abría de lunes a viernes porque es muy pagana esta religión, y su vicario vestía según le daba el día, sin ningún adorno que incitara a la alienación; es más, a veces venía con ropa de agricultor cabreado, otras con pantalones y camisa de funcionario con insomnio, y en ocasiones especiales parecía una persona cualquiera. En este sitio se debatía e invitaba a los recién llegados a tener fe en sus posibilidades, para conseguir sus objetivos en la vida; eso sí, se nutría como el resto de los hogares de culto, de la limosna de su clientela, y si faltaba, llamaban al consistorio a ver si caía alguna gratificación. Tráfico muy restringido los fines de semana para fomentar la actividad física, y dejar que las ambulancias tuvieran la calle para ellas en exclusividad compartida con los taxistas y autobuses; jornadas de trabajo razonables refrendadas por votación postal, con castigos ejemplares a quienes trataran mal a sus clientes o atendieran maleducadamente a sus ciudadanos, daban con la ciudad más eficiente y sosegada que se pudiera encontrar. La Reina Carmela comenzó toda esta hazaña con necesidad de seguimiento. La mujer no tuvo rey en su vida, pero ahora está centrada en el cuidado del hombre que enamora a su niña, se ha enamorado de su niña y rige los destinos gallardianos con milagroso estreñimiento, acrecentando su ilusión por vivir más para ver el futuro de su sangre en una generación de alucinados geniales. De momento tanto monta monta tanto, Carmelina como Porfi, que son unos depravados noche

sí y noche también en el piso porfidiano que cohabitan para dormir, al pasarse el resto de la jornada trabajando por la gran casona. Sus perversiones son limitadas como manda la lógica amatoria, pero muy enriquecidas en creatividad, pues ven películas de pelo que les inspiran líquidamente de cara a la escenificación guarrindonga, construyendo su querer en una torre sólida y libre de amar, con visos de no terminar ni en el fin del universo: había que crear herederos. A Porfidio le preocupaba el gasto de energía que supone criar cabezonas y cabezones llorones sin horario fijo, pero Carmelina y su perspicacia dieron con la solución, albergada en las pasiones Fligidiana, Pingraliana y Carmelona, consuegros que se llevaban como el agua y la tierra sedienta: de lujo. La pareja de enamorados tenía en sus mentes y a diario la filosofía del disfrute en el trabajo, culminado en dislocaciones íntimas bajo el mismo techo, por lo que embarazos queridos venían de amores no sufridos, y así ocurrió. La noticia fue el acontecimiento social del año para su familia y amigos nada más, que había que llevar el tema con la máxima cautela, teniendo en cuenta que las ecografías daban mellizos:

—Mi sentir ha dado sus frutos hijos míos —le decía Reina Carmela a los dos.

—Sí señora, pero tengo mucho miedo de no estar preparado para esta guerra que es criar —le decía Porfidio con cara de espeso.

—Estás salvando esta ciudad, entonces, podrás salvar a tus hijos —respondió Carmelina sin ambages.

Porfidio anulaba su deseo carnal por un tiempo...¡ni hablar! Carmelina tenía más pasión nocturna que él, y a pesar del embarazo se las arreglaban para apasionarse con un cuidado exquisito bajo recomendación ginecológica. Más no se podía pedir a estas alturas de la historia, ¿o sí? Una noche de primavera se recibía en todos los buzones de pisos y casas de Gallarda, una información sellada por el insigne consistorio, que daría con la respuesta a la constante pregunta de sus ciudadanos, acerca del o la responsable de toda la evolución de la gran villa; los sobres se abrían para leer:

—Próximo sábado, coronación del guía supremo de la ciudad, gerente y amado conductor del porvenir gallardiano, perteneciente a nosotros y nadie más; rogamus su asistencia para expresar el apoyo emocional a nuestro estratega, con especial entusiasmo a su salida al balcón principal de la casa consistorial, que es de todos ustedes.

El viernes por la tarde casi noche quedaron con Joselito a cenar en su mansioncita para lanzar la bomba informativa; Porfidio soñó con un barrio abarrotado de seguidores, en agradecimiento a su buen hacer como ciberlibertador y consejero espiritual chamánico, cuando la escena prometía ser algo diferente y de muchísima más trascendencia histórica. El mosqueo del futuro comandante era

evidente, al ver a sus padres y amigos íntimos en casa del Señor Arzuaga, siendo arropado por sus Carmelas, con la abuela ya sin porros, cambiados por infusiones budistas, y su compañera de armas con un bombo de belleza celestial.

—¿Qué es esto? —preguntó Porfidio con tembleque en la tripa.

—Vamos a explicártelo hijo —dijeron Pingralia y Fligido

Hizo falta una silla de tornero hipermétrope para calmarlo, y dar el sentimiento adecuado a la situación que iba a vivir la mañana siguiente:

—Porfidio; los que estamos aquí sabíamos que algún día ibas a descubrir quién eres realmente; tuvieron que hacértelo ver estas dos señoras tan estupendas que ahora vigilan por tu bienestar, para que no nos abandones; te ha tocado dirigir el futuro de Gallarda, algo que tampoco imaginábamos los que estamos aquí; aunque sí estábamos convencidos que llegarías tan alto que ni ibas a creerlo, y aquí estás. El trabajo que haces desde que ellas te descubrieron, ha producido una sociedad aún más feliz, que en definitiva es lo que cualquier persona busca, luchando contra el exceso y todo lo injusto que nos puede pasar, así que tienes que prepararte porque mañana es tu confirmación como elegido de nuestro camino a seguir. Cuidaste de mi y de Blanca cuando necesitábamos un hombro sobre el cuál apoyarnos, y ese hecho habla y hablará por sí mismo de tu talla como persona; estás dando humanidad a muchas generaciones, y mañana a las doce más o menos, es hora de mostrarte nuestro agradecimiento. Tienes lo que has obrado con mucho corazón y valentía, por lo que prepárate para recogerlo por muchos años que vamos a cuidarte a ti, tu mujer y tus hijos, con los mismos valores que tus padres te han dado. Silvio estaría muy contento de ver en qué te has convertido.

El discurso de Joselito enmudeció el salón para sacar los colores a todos los asistentes; Porfidio contenía su emoción como podía, sin fuerzas para replicar todo lo dicho; se abrió una puerta que daba a otras habitaciones de la casa, para ver salir a un chico que le provocó un grito de sorpresa:

—¡Isidro, mi amigo Isidro, has venido!

Isidro y Porfidio se abrazaban unos segundos; Joselito, y un papel que Porfidio le dio para que lo guardara como oro en paño, con la dirección de la casa de los padres siendo unos monicacos, hicieron el resto.

—No pienso perderme lo de mañana Porfidio; yo también sabía que ibas a triunfar, pero no tanto.

—¿Dónde duermes?

—En casa del Señor Pepe Arzuaga, ¿o qué te creías?

Isidro vino con su mujer y su hijo de cuatro años, que fueron presentados como mandan los cánones:

—Mira hijo; este señor y yo fuimos muy buenos amigos un verano; gracias al Señor José supe de su vida hasta hoy; dale la mano, que va a ser una persona muy importante en esta ciudad.

Isidrito estrechó la mano de Porfidio, cortando el protocolo para pasar directamente a la cena y el reposo con muy poco alcohol. El itinerario a marcar era vestirlo en casa de sus padres, con un traje de emperador diseñado por Floriano. Fue sobre las diez y media cuando estaban todos esperando verlo salir:

—¿Qué parezco?

—Lo que siempre has sido hijo mío, un rey demente rebosante de sensatez, para ser sinceros.

—Bueno, cuando queráis.

Salieron de casa con coche oficioso y una escolta de lujo; los zumbados oficiales flanqueaban la limusina Joselina en sus furgonetas negras, vestidos de guardianes de castillo que pasaban por el centro sin apenas ver un alma; el silencio era desconcertante, y Porfidio iba concentrado, al estar cogido de su mano derecha por la mano izquierda de Carmelina; la razón por la cual no se ponía intranquilo era la fijación hacia los pechos de su mujer, grandes como globos para alimentar a sus retoños:

—Sigue mirándolos mi Porfidio, que también los disfrutarás porque no pienso reducirlos.

—Diosa del deseo sideral, te amo mi Carmela.

Entraron por la parte trasera del edificio escuchando un gentío nunca reunido en la plaza de la ciudad. La comitiva subió las escaleras, con Porfidio andando a paso protocolario, sin más esperanza que saludar a una minoría e irse a casa derrotado por el fiasco de la reunión. Eladio y Carmelina abrieron la puerta del balcón principal a las doce y cuarto justas del medio día, divisando una multitud apabuyante congregada en la plaza del ayuntamiento, con pancartas a la espera de la salida de su ídolo, un gentío que había venido desde todos los barrios, y al que se unieron ciudadanos de las poblaciones que se sentían parte de este acontecimiento de arrope popular. Carteles de lo más variopinto con frases que expresaban el sentir de ciudadanos amantes de su sitio, definían la fiesta narrada por Radio Gallarda, con

los reclusos por delitos menores reclamando protagonismo, que para eso los habían soltado con la promesa de volver ellos solos a sus celdas:

—¡Aquí estamos los de presidio para aclamar a Don Porfidio!

Otros eslóganes eran más escuetos:

—¡Aquí no se vive, se sueña!

Curiosos y anónimos:

—¡Sigue así y nunca vas a morir!

Reveladores del nombre de la ciudad:

—¡Los más autosuficientes digitales, te aclamamos sin tocarnos los genit...!

Salía Porfidio al balcón para saludar a la masa y escuchar un griterío de alegría, por ver a una persona hecha divinidad. Familiares, vecinos y amigos íntimos en el salón de celebraciones lo veían de espaldas, levantando las manos con ademán de querer hablar porque lo pedía el pueblo:

—Que hable, que hable, que hable...

Porfidio agarró un micrófono que tenía preparado para soltar un pequeño discurso, que la palabrería cansa mucho; su mensaje fue una especie de revelación:

—¡Quien quiera infelicidad, que se marche a otra ciudad!

Todos saltaron de alegría celebrando esa sabiduría lingüística que solamente se encuentra en la mente de los gallardianos, con frases cortas pero resolutivas sobre la vida misma, que hasta los llegados de otros países decían, para el regocijo de esta gran explanada multicolor; muestra de ello fue una pancarta que llamó la atención del rey Porfidio Gallarda, apodado el Justo y que sabía desde el primer vistazo de su autoría:

—Glupo Folclórico Confuciano, Amarillos de Alta Alcornia.

La levantaban un grupo de ultramarinos mandarines vestidos de tonadilleras en suspensión de pagos, con peinetas, rizos hechos con rulos con wifi, y labios pintados que no quisieron perderse la fiesta de entronización, coronado con un saludo especial de su amigo Juanjo, diciendo en una cartulina blanca inmensa:

—¡Amigo plesidente!

Porfidio se conmovió al verlo y recordar esos tiempos de despelote logístico en Cash Alegría. Un niño curioso en exceso por la cultura, que de adulto fue salvado por el destino, aguardándole amor verdadero con esperpentos porno- conyugales a mansalva, una familia y unos amigos que creyeron en él pasaran lo que pasaran, una suegra y una mujer que saben de su sentido de la justicia, al ser reconocido como la reencarnación del fundador de este edén, y una generación que será preparada para ejercer la plenitud, llevando las riendas de una ciudad que ha sido rescatada por un desquiciado, con más sentido común de lo que parece: porque a gallardas, Gallarda amó a Porfidio, y Porfidio la salvará.